



**San Buenaventura**  
Patrón de Fuerteventura

**Pregones**  
1980 ≈ 2008















*San Buenaventura*  
*Patrón de Fuerteventura*

*Pregones*  
*1980 ≈ 2008*



*San Buenaventura*  
*Patrón de Fuerteventura*

*Pregones*  
*1980 ≈ 2008*



Fuerteventura, 2009

© de los textos: *los autores*  
© de las fotografías: *Carlos de Saá*  
© de la edición: *Ayuntamiento de Betancuria. Concejalía de Cultura*  
*Cabildo de Fuerteventura. Servicio de Publicaciones*  
*Gobierno de Canarias. Consejería de Educación, Universidades,*  
*Cultura y Deportes. Dirección General de Cooperación y*  
*Patrimonio Cultural*  
© de la cubierta: *Departamento de Imagen del*  
*Cabildo de Fuerteventura*

Diseño y maquetación: *Jorge Cabrera Ruiz*  
Coordinación y cuidado de la edición:  
*Rosario Cerdeña Ruiz, Estrella Morales Chacón*

Depósito legal: G.C. 1017-2009

Imprime: *Imprenta Maxorata*  
Impreso en España



## ***Índice***



## *PRESENTACIONES*

Dña. Milagros Luis Brito, Consejera de Educación, Universidades, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias .....	15
D. Mario Cabrera González, Presidente del Cabildo de Fuerteventura .....	17
D. Marcelino Cerdeña Ruiz, Alcalde del Ayuntamiento de Betancuria .....	19

## *PREGONES*

D. Matías González García (1980) .....	27
D. Francisco Navarro Ariles (1986) .....	43
D. Vicente Sánchez Araña (1990) .....	53
D. Raimundo Domínguez de Vera (1992) .....	75
D. Guillermo Sánchez Velázquez (1994) .....	87
D. Pedro Ravelo Robayna (1995) .....	101
D. Fernando Jiménez Navarro (1997) .....	115

D. Arístides Hernández Morán (1998).....	141
Dña. Elisa Torres Santana (1999).....	169
D. Antonio Peña Rodríguez (2000).....	187
D. Ramón Paniagua Perdomo (2001) .....	203
Centro de Mayores de Betancuria (redactado por Dña. Luz Marina Padilla Ruiz) (2003).....	215
Dña. Rosario Cerdeña Ruiz (2004).....	225
D. Alejandro Coque de Santiago (2005) .....	251
D. Marcial Morera Pérez (2007).....	261
Dña. María Jesús Morante Rodríguez (2008).....	293







## ***Presentaciones***



El acto del pregón, tan arraigado en Canarias, da la bienvenida a propios y foráneos para que disfruten de las fiestas.

En este sentido, podríamos decir que los pregones son el reflejo de las características sociales, históricas y culturales de un pueblo. Pero también, en numerosas ocasiones, expresan las vivencias personales, los recuerdos y anécdotas de quien ejerce las funciones de pregonera o pregonero. Y Betancuria tiene mucho que contar.

Villa histórica de Fuerteventura, que toma su nombre del normando Jean de Béthencourt, nace durante la conquista, allá por 1404. En ella se asientan los primeros colonos europeos, junto con los restos de la población indígena sometida la mayor parte a la esclavitud y al proceso de aculturación provocado por la colonización.

La ubicación de Betancuria, un profundo y estrecho valle entre altas montañas, lejos de la costa y por lo tanto también lejos de los asaltos piráticos, produjo que ya, en el siglo XV, se convirtiera en residencia señorial y en el centro político-administrativo de la isla.

En 1414, misioneros franciscanos abren casa en Be-

tancuria, estableciendo así el único convento con que contará la isla en toda su historia, que funcionará hasta la desamortización en el siglo XIX.

Este convento se coloca bajo la advocación de san Buenaventura, quien en 1625 será declarado patrono de la isla por el Cabildo, honor que comparte con la virgen de la Peña.

A los pregones dictados en los últimos años en sus fiestas se dedica ahora esta publicación. Interesante iniciativa que refleja los recuerdos personales, el arte y el patrimonio cultural que atesora Betancuria; las singularidades lingüísticas de la isla, la literatura creada en ella, la historia o la biografía de un santo.

Nuestra más sincera felicitación por tan loable iniciativa que, sin duda, habla del interés por la conservación de nuestra memoria histórica y de nuestras señas de identidad.

***Milagros Luis Brito***

*Consejera de Educación, Universidades, Cultura y  
Deportes del Gobierno de Canarias*

Las fiestas de san Buenaventura, el patrono de la isla de Fuerteventura, enraízan con los primeros poblamientos europeos y el asentamiento en Betancuria de las comunidades religiosas a comienzos del siglo XV. Se convierten por lo tanto en un relación directa entre la sociedad mayorera del siglo XXI y la que hace más de 600 años comenzó aquí a fraguarse, y que de alguna forma sirvió de ejemplo y avanzadilla para la expansión atlántica.

Con esta recopilación que ahora se presenta se persigue, por lo tanto, contribuir a difundir la importancia de esta celebración a través de sus pregones y pregoneros. Su elaboración ha sido posible gracias a un intenso trabajo de localización de distintos pregones, que sin embargo no se ha podido completar en su totalidad, debido a diversas dificultades.

La publicación forma parte, además, de un planteamiento impulsado por el Ayuntamiento de Betancuria, y que respaldamos desde el Cabildo de Fuerteventura, con el que se persigue poner en valor la importancia histórica que Betancuria ha tenido en la conformación de Canarias, a partir de su consideración como primer asenta-

miento urbano en el Archipiélago. Todo, con una proyección evidente en la sociedad canaria contemporánea, al entenderlo también como llamada de atención sobre el necesario respeto a las singularidades de las distintas islas y sus pueblos.

**Mario Cabrera González**

*Presidente del Cabildo de Fuerteventura*



Pregonar significa difundir algo para general conocimiento, contar aquello que se debe saber. Y esa función han desempeñado, año tras año, los pregones de las fiestas patronales de Fuerteventura, tanto de la virgen de la Peña como de san Buenaventura: difundir aspectos diversos de la cultura generada durante siglos en la isla, especialmente en torno a las devociones de ambos patronos. De este modo, los distintos autores de los pregones han dado a todas las personas que asisten a la lectura de los mismos la oportunidad de conocer mejor nuestro devenir histórico y cultural. Y con la intención de ampliar esa difusión a un público más amplio, se han realizado varias ediciones de esos textos, aunque hasta el momento sólo se han publicado los correspondientes a la festividad patronal de la Peña. Los pregones pronunciados con motivo de la celebración de las fiestas de san Buenaventura se fueron guardando en el ayuntamiento de Betancuria, y aquí estaban sin editar. Su lectura y el convencimiento del interés que tienen nos han impulsado a promover esta edición de los mismos.

Para el Ayuntamiento de Betancuria la publicación de

este libro de pregones de san Buenaventura, patrono de Fuerteventura, supone el logro de un doble objetivo. Por una parte, como ya hemos señalado, difundir diferentes aspectos del devenir histórico y cultural de la isla en general y del municipio de Betancuria en particular, recogidos en esta colección de textos, como forma de contribuir al conocimiento de nuestra realidad cultural. Por otra, dar mayor realce a esta fiesta patronal de la isla, celebrada en la villa de Betancuria desde antes del siglo XVII, y contribuir a la recuperación de la importancia de Betancuria como capital histórica de Canarias. En esta misma línea se enmarcan otras iniciativas como la mejora de la fiesta de san Buenaventura, con la celebración de la romería y la ampliación de los actos culturales; la creación del premio “Betancuria, capital histórica de Canarias”, en cuya primera edición se galardonó al artista Pepe Dámaso; el proyecto de señalización del Conjunto Histórico; la próxima apertura del centro de información cultural y turística, etc.

Desde el Ayuntamiento de Betancuria también deseamos expresar nuestro reconocimiento y felicitación a los diferentes autores de los textos de los pregones, por el esfuerzo que en su día realizaron cada uno de ellos en la elaboración de unos trabajos que han contribuido a que todos conozcamos mejor nuestro pasado, nuestras raíces; así como al autor de las fotografías que contiene el libro, que plasman parte del rico patrimonio histórico y artístico que atesora la capital histórica de Canarias, Be-

tancuria.

Queremos expresar nuestra satisfacción por el esfuerzo patrocinador conjunto realizado por la Consejería de Educación, Universidades, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, el Cabildo de Fuerteventura y el Ayuntamiento de Betancuria, para que esta edición salga a la luz.

Por último, invitamos a todas las personas a la lectura de esta obra de pregones de san Buenaventura que, sin duda, nos ayudará a valorar la relevancia de Betancuria como fragua y torno en los que se comenzó a moldear la Cultura Canaria.

***Marcelino Cerdeña Ruiz***

*Alcalde del Ayuntamiento de Betancuria*







***Pregones***





*Pregón año 1980*

***Matías González García***



Quiero agradecer a la Sra. alcaldesa de esta histórica y noble villa de Santa María de Betancuria, su gentileza al invitarme a pronunciar unas palabras en este recinto de la que fue iglesia del convento franciscano, y en una fecha tan entrañable como esta del día de san Buenaventura, titular del convento y patrón de la isla. También mi agradecimiento al Sr. presidente del Cabildo Insular de Fuerteventura por designarme abanderado del pendón de la conquista durante la procesión y ceremonias que hoy vamos a celebrar. Como comprenderéis, portar el pendón de Castilla, ser por un rato alférez mayor del Cabildo, viejo y honroso título codiciado por los caballeros mayoreros de antaño, es algo que me emociona en lo más hondo del alma. Llevar este viejo y querido pendón morado de Castilla, a quien las fuerzas del Ejército aquí presentes

rendirán los mismos honores que a la bandera nacional pues comparte la gloria y merece el mismo respecto que la enseña roja y gualda, es un honor que afianza y acredita mi fe en España y el compromiso ya adquirido antes de jurar mi reciente cargo de alcalde, hace poco más de un año, de luchar y defender a España al luchar y defender a mi isla y a mi municipio. Luchar por mejorar, por gobernar y administrar mejor a nuestra isla, es lo mismo que luchar por la España grande de la que somos una pequeña parcela y a la que estamos unidos como lo está el hueso de la carne. Tal es la profundidad de nuestra es- pañolidad, inseparable de nuestra canariedad, y que no tendría sentido la una sin la otra. Y en el tafetán morado de este pendón de Castilla, que no es una reliquia de museo sino el testimonio vivo y permanente de nuestra es- pañolidad, debemos reconfortarnos y encontrar nuevos alientos cuando el desánimo a la incomprensión enturbie nuestra fe en nosotros mismos y lleve la duda a nuestras mentes.

Personalmente debo decir que el estar aquí como consejero del Cabildo encargado de la custodia de nuestro histórico pendón de Castilla, me compensa de las amarguras de recientes dificultades y avatares políticos y me da fuerzas para seguir luchando sin abandonar jamás la guardia, como algunos quisieran, en la meta que me propuse al llegar por voluntad popular tanto a la alcaldía de Puerto del Rosario como al Consejo del Cabildo. Perdonarme la digresión: pero a veces, aún en cargos

modestos, hay momentos en que el político se encuentra solo, tremendamente solo, cercado por la incomprensión, el resentimiento o la mezquindad. Todo político tiene su noche triste, todo político se ha tenido que beber en la soledad sus propias lágrimas, que saben a hiel, amarga hiel, pero que sin embargo, si permanecemos fieles a nosotros mismos, estas lágrimas pueden y deben ser el mejor fermento para la levadura que ha de fortalecer nuestros propósitos y acrecentar nuestra firmeza. Manteniendo esta firmeza, siendo fiel a uno mismo, es posible lograr que al desánimo de la noche triste suceda la mañana cálida y radiante en que, vencida la ruindad y la insidia, apartados los zascandiles y mestureros, vuelva a brillar la lealtad y el compañerismo, permanezcan y se renueve la fe y la confianza que parecía peligrar, de todos para uno y de uno para todos. Y la alegría de continuar trabajando juntos, hombro con hombro, por nuestra isla, por nuestro municipio, por España.

Nos encontramos en un recinto sagrado, en esta iglesia de san Buenaventura consagrada por la religión católica y empedrada con los huesos de nuestros antepasados que, siglos atrás, tenían bajo este suelo su enterramiento. A principios del siglo XV, culminada la difícil conquista de Fuerteventura después de la tenaz y heroica resistencia de los majoreros, rendidos los reyes que había en las dos comarcas en que se dividía la isla, Jandía y Majorata, pasada la primera época en que Juan de Bethencourt, el iniciador de la conquista y fundador de esta villa de Santa

María de Betancuria, cedió la isla a los castellanos y se incorpora Fuerteventura a la corona de Castilla con Diego de Herrera, como se fueron incorporando las demás islas, unas de señorío, como Lanzarote, Fuerteventura, Gome-  
ra y Hierro, y otras realengas como Gran Canaria, Tenerife y La Palma, se inicia el proceso de españolización del archipiélago canario, fundiéndose los conquistadores que llegaban de la península, sobre todo de Andalucía, con el noble pueblo de las islas. En un viejo documento que obra en el Archivo de Indias, en Sevilla, hay un informe en el que al referirse al pueblo canario dice que "...es gente piadosa, caritativa y obediente a su rey, y entendida su voluntad no falta a ella". Y al servicio del pueblo majorero se fundó, en 1416, este convento de franciscanos, cuyo prior fue fray Juan de Baeza, y donde estuvo de hermano guardián san Diego de Alcalá, de quien la leyenda cuenta prodigios. Este convento fue, además de centro religioso, el primer centro cultural, no sólo de Fuerteventura sino de las islas, y contribuyó en gran manera a que se afanzara por los siglos la españolidad de Canarias a pesar de las codicias y apetencias de otras naciones. Como bien dice el documento que antes cité, al pueblo majorero, el pueblo canario, "entendida su voluntad no falta a ella". Esta frase de finales del siglo XV, retrata a todo un pueblo. La entendida voluntad del canario, del majorero, fue ser español y leal súbdito del rey. Y no ha faltado a ella. Me acuerdo ahora de aquellos versos del gran poeta canario Tomás Morales, cuando al referirse al viejo marinero que

descansaba en el puerto, decía:

“Entre otras grandes cosas, dignas de su respeto,  
es una, la más alta, ser súbdito español”.

Esta afirmación del viejo marino, es nuestro deber gritarla a los cuatro vientos siempre que sea necesario. Debemos pregonar con orgullo que en el amor a España no hay quien nos gane. Unamuno, que estuvo confinado en Fuerteventura en el año 1924, y a quien le vamos a rendir un homenaje nacional antes de fin de año, captó rápidamente el carácter del hombre majorero y se refiere varias veces a “esta españolísima isla de Fuerteventura” y, como buen catedrático de filología, sabe mejor que nadie el valor de las palabras y distingue entre “confinamiento” y “destierro”. En Fuerteventura estuvo confinado: el confinamiento es la residencia forzosa dentro de la propia patria. El destierro es el castigo a vivir fuera de ella. Y Unamuno nos comprendió perfectamente; a él, al que le dolía España, que llegó a decir que será “español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio”, supo distinguir entre su “confinamiento” en Fuerteventura, -dentro de España al fin y al cabo- y el “destierro” en París o Hendaya, donde echaba de menos a Fuerteventura juntamente con su Salamanca y su Bilbao natal.

Uno de los canarios más ilustres, el gran D. Benito Pérez Galdós, es quien mejor ha sabido unir los conceptos de canariedad y españolidad como inseparables. En un homenaje que le rindieron los canarios residentes en Ma-

drid en diciembre del año 1900, a los dos años de la pérdida de Cuba y Filipinas, en momentos de desaliento nacional, Pérez Galdós decía: “ Habéis visto que ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor de la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes, llevándonos a querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, glorias y desventuras, alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la historia”.

“Pues bien: aquí, en la intimidad del patriotismo regional, familiar, casi doméstico, me permito asegurar, en nombre de todos los que me escuchan, que en nosotros vive y vivirá siempre el alma española, y hoy más que nunca es necesario que así se diga, como remedio comfortable del pesimismo y de las tristezas enfermizas de la España de hoy. Ensanchemos acá y allá nuestros corazones, tengamos fe en nuestros destinos, y digamos y declaremos que no se nos arrancará por la fuerza, como rama frágil y quebradiza, del tronco robusto a que pertenecemos. No creamos ni aún en la posibilidad de que pueda haber una mano con poder bastante para cortarnos y desgajarnos, y hacer de nuestro archipiélago una lanza que no sea española. Ahora que la fe nacional parece enfriada y oscurecida, ahora que en nosotros ven algunos la rama del árbol patrio más expuesta a ser arran-



cada, demos el ejemplo de confianza en el porvenir. No seamos jactanciosos; pero tampoco agoreros, siniestros o fatídicos”.

“Nosotros, los más chicos, seamos los más grandes en la firmeza y vigor de las resoluciones; nosotros, los últimos en fuerza y en abolengo histórico, seamos los primeros en la confianza, como somos los primeros en el peligro; nosotros, los más distantes, seamos los más próximos en el corazón de la patria. Cada cual en su esfera, grande o chica, debe ayudar a formar y robustecer la fe nacional, pues sin esta gran virtud no hay salvación posible para las naciones. Seamos pues los primeros en declarar que el Archipiélago Canario, centinela avanzado de España en medio del océano, conoce bien las responsabilidades de su puesto, y en él permanecerá siempre firme, vigilante, sin jactancia ni miedo, confiando en sí mismo y en su derecho, sintiendo en su alma todo el fuego del alma española”.

Estas palabras dichas por el canario Pérez Galdós hace ochenta años, tienen plena vigencia hoy, cuando dómines pedantes se desasosiegan buscando la que dicen perdida identidad canaria. Y nuestra identidad está perfectamente definida y aceptada desde el momento en que este pendón de Castilla ondeó al claro y limpio cielo de Fuerteventura: somos españoles, somos canarios, tanto más españoles, cuanto más canarios, y tanto más canarios, cuanto mas españoles. Esta españolidad inseparable de la canariedad jamás se ha puesto en duda

seriamente. Canarios de diferente condición y posición, de los más varios ideales políticos, como el último presidente de la Segunda República, D. Juan Negrín, o el fundador del Partido Canario Federal en los años veinte, D. José Franchy y Roca, o el ilustre majorero que lanzó la idea de renovar los Cabildos insulares, D. Manuel Velázquez, jamás renegaron de su condición de españoles al luchar en defensa del archipiélago, cuya identidad nunca fue cuestionada al estar perfectamente definida tal como se expresó Pérez Galdós en el emocionante párrafo citado anteriormente.

Muchas veces el español de la península que nos visitaba se extrañaba de la reciedumbre de nuestro patriotismo, pese al secular abandono de las islas por el poder central. El Conde de Romanones, que acompañó al rey D. Alfonso XIII como ministro de la Gobernación en la primera visita de un rey de España al archipiélago, lo hacía notar en el informe que en abril de 1906 presentó al Consejo de Ministros, donde después de enumerar las necesidades de Canarias, apostilla: “ ...Semejante estado no sólo influye perjudicialmente en los intereses materiales, sino que engendra un sensible aislamiento en el orden moral que no ha producido aún todos los daños que son su consecuencia legítima, gracias al intenso sentimiento patrio y a la inapreciable adhesión con que los habitantes de las Islas Canarias se sienten unidos al resto de España”.

Esta unión, este tirón entrañable de una a otra orilla de

la patria, lo he sentido muchas veces cuando, estando de viaje en la península, me acerco y llego al mar y mi imaginación busca en el horizonte la silueta encantada, el perfil difuso de mis islas. Recuerdo hace años, en la desembocadura del Guadalquivir, después de una impresionante crecida del río, al transitar entre Bonanza, Sanlúcar de Barrameda y Chipiona, ver como las aguas pandas del ibérico río, en el ancho brazo que se funde con el mar, bajaban teñidas del ocre de las tierras que arrastraban, llevando sobre sus aguas ramas del árbol o restos de cañaverales que se perdían más abajo pasados el faro y la punta del Camarón. Al ver el océano inundado de la fértil y generosa tierra andaluza, me acordaba de mis barrancos canarios cuando, al correr sus aguas al mar después de las lluvias, arrastraban asimismo la tierra de nuestros campos al mismo Atlántico donde desemboca el Guadalquivir. Y yo me imaginaba a las tierras de una y otra orilla que, bajo el mar, seguían y seguían hasta encontrarse y unirse en un abrazo largo, cálido y perenne, arrullado por este mar cruzado incansablemente con las naves que nos unen en un eterno ir y volver, a los puertos canarios con Cádiz, con Sevilla, con tantos otros, en constante comunicación, simultaneando la pena de la despedida con la alegría de la llegada entre las dos orillas de la patria.

Quiero terminar con unas palabras de su majestad el rey D. Juan Carlos, que sirvan de brillante colofón a la modestia de mi discurso, palabras que el rey pronunció en Las Palmas de Gran Canaria, con ocasión de presidir

la Fiesta de la Hispanidad el 12 de octubre de 1977. Decía entonces el rey: “Yo deseo hoy señalar ante ustedes la función providencial que cumplieron las Canarias, recalada previa antes del viaje descubridor en el proyecto español que dio América al mundo. Las Canarias pasaron así de ser uno de los archipiélagos del Atlántico, que en la antigüedad habían enardecido la imaginación de cosmógrafos y marinos, a convertirse en el muelle último de España para la primera flota americana, y en la verdadera prefiguración de América cuyos climas, tradiciones, artes y hasta acentos musicales de nuestra común lengua castellana parecen encontrar aquí su eco. De la misma manera el archipiélago es, viniendo de la otra orilla, no la prefiguración, sino la España misma, primer puerto de nuestra tierra. Y siempre, durante siglos, una suerte de puente entre América y la península.

Por estas determinantes razones, nuestras Canarias son doblemente españolas: porque son patria de españoles y porque están originalmente integradas en la mayor empresa española, la empresa que más que ninguna otra justifica a España ante la Historia Universal, es decir, la empresa de América”.

Nada más. Después de las palabras de su majestad, poco queda que decir. Sólo prometernos aquí, cuantos nos encontramos entre estos históricos muros, el luchar siempre por mantener sin desmayos, de pregonar a los cuatro vientos nuestra identidad de españoles, y hacer cuanto esté en nuestra mano, desde el puesto en que nos

toque, servir a España, servir a Canarias, servir a Fuerteventura, hacer todo, repito, para que este viejo y glorioso pendón de Castilla, nunca sea una pieza de museo y todos los años ondee al claro y limpio cielo de esta noble villa de Santa María de Betancuria en la fiesta mayor que hoy celebramos.









*Pregón año 1986*

***Francisco Navarro Artiles***



Ante todo, un saludo de bienvenida para cuantos se han acercado hasta aquí y a cuantos viven aquí, en la antigua villa de Betancuria, para celebrar estas fiestas de san Buenaventura.

Un saludo de bienvenida para los párrocos de esta isla, actuales representantes de los antiguos beneficiados de la Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción, antes única parroquia de Fuerteventura.

Un saludo de bienvenida para el Cabildo insular representante hoy del antiguo Cabildo de la isla, única institución local hasta el primer tercio del siglo XIX.

Un saludo de bienvenida para los alcaldes y concejales de los ayuntamientos de la isla, instituciones que cuentan ya con algo más de 150 años de existencia.

Un saludo de bienvenida para los jueces y notario, re-

presentantes hoy de los antiguos jueces de residencia y escribanos públicos, respectivamente.

Un saludo de bienvenida para las gentes de Fuerteventura, venidas desde todos los pagos, pueblos y aldeas, para celebrar las fiestas de san Buenaventura, antiguo patrón de la isla.

Y, finalmente, un saludo de bienvenida para los representantes de la “Asociación Jean de Bethencourt” que, desde la lejana Normandía francesa, han venido aquí a celebrar con nosotros estas fiestas de san Buenaventura. Y, entre paréntesis, recordar que precisamente hoy, 14 de julio, se celebra la Fiesta Nacional Francesa, lo que les ha supuesto dejar hoy la dulce Francia para estar presentes en la adusta y modesta villa de Betancuria.

Permítanme, señoras y señores, que, como señal de buen acogimiento a nuestros amigos franceses, haga algunas consideraciones acerca de nuestro pasado, en estrecha relación con la historia y la cultura francesa.

Como es sabido, la conquista y colonización de Fuerteventura la llevaron a cabo normandos y castellanos a principios del siglo XV: Jean de Bethencourt, al servicio del rey Enrique III de Castilla, organizó la empresa conquistadora; Gadifer de la Salle y 63 soldados franceses y andaluces, llevaron a cabo la empresa militar.

Consecuencia de esta conquista militar fue la inmediata colonización. Quisiera trazar un rápido esbozo de esta primera etapa de la vida isleña.

Los franceses y andaluces se establecen en el valle

de Betancuria, lo más parecido a Europa que encuentran en la seca isla de Fuerteventura: por el cauce del barranco corre un hilillo de agua; en los márgenes abren pozos de los que obtienen agua potable -aún nos queda una muestra: el pozo de san Diego-; edifican la primera iglesia: la Iglesia de Santa María, y las primeras casas. Las construcciones corren a cargo de Mr. Maçon, el Sr. albañil. Aún quedan restos de estas edificaciones: el primer cuerpo de la torre y las basas de las columnas de la iglesia parroquial. La reciente colonia sigue patrones económicos europeos: se dedica a la agricultura, frente a la exclusiva economía ganadera de los majoreros.

Los cultivos los realizan, barranco abajo, a ambos márgenes.

En Betancuria, en aquellos lejanos y primeros años de la colonia, se hablaba francés y castellano andaluz. La población políticamente dominante era la francesa: Gadi-fer y sus hombres; la población más numerosa, la castellano-andaluza: unos 20 franceses y unos 40 españoles.

Y de aquella época nos queda también una importante reliquia: la imagen de la actual Virgen de la Peña. Al parecer la pequeña escultura de alabastro fue imagen familiar de los Bethencourt en Normandía, traída a Canarias en la expedición inicial; fue puesta al culto en la primitiva Iglesia de Santa María; luego, le perdemos la pista; aparecen, por la Parroquia, la devoción e imagen de Nuestra Señora de la Concepción, que adquiere extraordinario auge en toda España a partir del siglo XVI;

y por parte del convento franciscano se instaura y desarrolla devoción al doctor iluminado san Buenaventura y al angélico san Francisco.

Más tarde, a fines del siglo XVII, reaparece la antigua imagen betancuriana, ahora con la advocación de Nuestra Señora de la Peña, cuyo culto se mantiene hasta hoy como virgen patrona de la isla.

En el primer cuarto del siglo XV se establecen en Betancuria los frailes franciscanos; traen un estilo especial de vida: atienden a las necesidades materiales y a las espirituales del núcleo urbano de Betancuria, y a la conversión al cristianismo de los majoreros naturales; viven en íntimo contacto con la naturaleza, conocen las virtudes de las plantas medicinales, curan a los enfermos y enseñan las primeras letras; cuidan sus huertos y se sostienen de las limosnas de los feligreses. Pero también atienden a los saberes teológicos: el Vble. padre fr. Juan de san Torcaz copia, estudia y resume los tratados teológicos de Raimundo Lulio, innovador en Teología y en Misionología, entonces una novedad, frente a la escolástica tradicional detentada por santo Tomás de Aquino.

Los frailes franciscanos de Betancuria planificaron unas misiones en Gran Canaria, basadas en la enseñanza de técnicas agrícolas: este planteamiento, a principios del siglo XV, resulta verdaderamente novedoso. Quizá no se llevara a la práctica; pero una de las bulas pontificias nos habla de estos planes misioneros (sólo a fines de siglo, y en el recién descubierto mundo americano, se llevó

a la práctica este novedoso enfoque de las misiones de cristianización).

Estos hechos lejanos, sucesos del primer tercio del siglo XV, me llevan a estas meditaciones:

Que Betancuria fue la primera población europea estable de las Islas Canarias: las Canarias se incorporaron a Europa empezando por Betancuria, con una población mixta de normandos y andaluces; que fue una población bilingüe, hablante de francés y castellano; que aquí, en Betancuria, se conservan los únicos restos arquitectónicos del gótico normando. En fin, que los inicios de la vida europea de Fuerteventura están marcados por la confluencia y la convivencia de dos culturas: la normanda y la andaluza occidental.

Más tarde, los avatares históricos, la pobreza de los suelos, la escasez de las lluvias, colocaron a la isla en una situación marginal: Fuerteventura se encerró en sí misma, en su vida tradicional, en el pastoreo intenso y en la pobre y discontinua agricultura.

Pero, cuando Fuerteventura sale de sí misma y se abre al exterior, lo hace con caracteres de cosmopolitismo: la ascendencia de los Iriarte está, por partes iguales, en Fuerteventura y en Vasconia: don Juan de Iriarte fue un magnífico helenista y un perfecto conocedor de la cultura francesa, hasta tal extremo que la traducción castellana de la "Historia Natural" de Buffon pasa por ser más bella que el original francés; y en el siglo XIX, el majorero, de Tetir, conocía a la perfección el francés, el inglés y

el árabe, y escribió sobre múltiples asuntos con espíritu cosmopolita.

Tenemos una tierra pobre y una economía precaria; tenemos virtudes y tenemos defectos. Pero, hay algo que no prospera ni habita entre nosotros: la intolerancia no tiene sitio en esta isla.

El majorero sigue impertérrito su vida, pero, mucho antes de que la frase se inventara, el majorero practica la fórmula que acuñaran los economistas liberales: “laissez faire, laissez passer: dejar hacer, dejar pasar”.







*Pregón año 1990*

***Vicente Sánchez Araña***



Amigos:

Al encontrarme con este público respetuoso, amante de sus tradiciones y costumbres, congregado en este templo para conmemorar la gloriosa efeméride de la incorporación de Fuerteventura a la cultura occidental, de la mano de Castilla, pienso que debería dejar el tema que para esta fecha he confeccionado, cambiándolo por una improvisación alusiva al ejemplar comportamiento que el pueblo de Betancuria y muchos majoreros, de nacimiento y de adopción aquí reunidos, manifiestan sobre el contenido canario-español que en este tradicional acto se conmemora.

Porque aquí están con el pueblo, haciendo pueblo, la corporación municipal presidida por el alcalde de esta vi-

lla centenaria. La España de todos representada por el Sr. delegado del gobierno central en esta Isla. La primera institución insular que es el Cabildo mayorero, en la persona de su presidente en funciones, así como alcaldes de varios municipios de Fuerteventura.

No podía faltar, como todos los años viene haciendo, y por eso está aquí, en selecto número, la gloriosa Legión Española, puntal, indiscutible e insustituible cuando se trata de la seguridad de nuestra nación, siempre dispuesta a defender voluntariamente nuestra patria con su propia vida, frente a cualquier agresión extranjera, más ahora que nuestras islas se han convertido en frontera española en estas latitudes.

Gracias coronel por estar presente en este acto, con vuestro estado mayor y esa bandera de caballeros legionarios pertenecientes al Tercio D. Juan de Austria destacado en Fuerteventura que, con sus mejores galas y desfile marcial se disponen a dar mayor brillantez a este acto ya tradicional que el pueblo aplaude agradecido y entusiasmado, porque sabe que estos soldados de la patria están dispuestos en todo momento a escribir con su sangre generosa, las páginas más brillantes de la historia de la España democrática como así lo hicieron los tercios de Castilla en la España de Isabel y Fernando unidora de reinos, dominadora de mares y descubridora de mundos. En toda época y momento que nuestra patria estuvo en peligro, la Legión Española escribió con letras mayúsculas la página histórica que el destino le tenía reservada.

Todo ello me induce a proponer a la corporación municipal betancuriana y al Cabildo Insular de Fuerteventura que en próximas ediciones se incluya en estos actos una ofrenda floral al heroico pueblo majorero que organizado en compañías de milicias, defendió valerosamente esta isla de ataques e invasiones de piratas europeos y africanos. Adelanto de lo que al transcurso del tiempo sería nuestro ejército, formado con parte de nuestro pueblo organizado e instruido militarmente como garantía de unidad y paz, paz tan deseada y alcanzada por todos los países democráticos de la que tan orgullosos nos sentimos los canarios de ayer y de hoy desde aquella fecha cuyo 585 aniversario hoy celebramos.

Prosiguiendo nuestra intervención damos paso a la proclama festiva.

### *SALUTACIÓN*

Me encuentro con ustedes en este recinto sagrado para exaltar las fiestas de san Buenaventura, patrono de esta isla, antigua Herbania, a la que en muchas ocasiones he llamado isla de la esperanza. En verdad parece haberle llegado la hora de su despegue económico. ¡Bien merecido se lo tiene! Pero cuidado, y esto lo digo en sentido general, a la vista de lo que está pasando en nuestro archipiélago, mucho cuidado con la ocupación desproporcionada de nuestro suelo y las tentadoras ofertas para construcciones, que atentan con nuestro entorno ecológi-

co y paisajístico, pues está en juego el futuro de nuestra isla, responsabilidad que recae en todos nosotros que somos simples administradores de este patrimonio natural y privilegiado ante las generaciones futuras.

En estos fuerteventurosos fastos nos resulta satisfactorio compartir con nuestros hermanos mayoreros, unas horas de alegría en esta villa soledosa y aquietada, donde la amistad se hace más íntima, más cordial, más sincera.

Betancuria está en fiestas, unas fiestas tradicionales en honor a san Buenaventura, y también, obligado es decirlo, históricas, que hoy cobran especial relevancia al albergar a este nutrido grupo de amigos normandos.

Bienvenidos a Canarias hermanos de Grainville-la-Tenturiere, les deseamos a todos feliz estancia en esta villa fundada por vuestro compatriota Juan IV de Bethencourt. Seguro estoy de que los nobles y generosos mayoreros con su proverbial hospitalidad posibilitarán, como es costumbre, unas cada vez más fecundas relaciones entre nuestros respectivos pueblos.

Ese es el deseo de nuestro alcalde y su corporación municipal, así como el de todos los vecinos y de este pregonero que os saluda.

## *EVOCACIÓN*

Vibra de emoción todo mi ser al encontrarme aquí bajo las bóvedas sagradas de este templo centenario y recor-



dar, evocar el noble gesto de aquel pueblo primitivo acaudillado por Guize y Ayose que después de tenaz lucha hubo de renunciar a su libertad, costumbres y religión, para incorporarse a la cultura occidental, siguiendo los consejos de la sabia sacerdotisa Tabiabín y la inspiración de la adivinadora Tamonante.

La feliz fecha del 18 de enero de 1405 en la que Ayose, rey del sur majorero, aceptó voluntariamente llamarse Luis después de recibir la gracia redentora del bautismo. Igual y ejemplar decisión tomó días sucesivos, su homólogo Guise, rey del norte de esta isla, llamado Alfonso, tras receptor, como el resto de la población aborigen, los beneficios espirituales del sacramento del bautismo.

Siguiendo el acontecer histórico, valorar como aceptable la actuación del barón normando, conquistador de las Islas Canarias feudales, Juan IV de Bethencourt, en favor de sus nuevos súbditos; no así la de algunos de sus colaboradores más cercanos y sucesores a los que considero responsables de las páginas negras de la historia de esta tierra. Persecuciones, esclavizaciones, ventas, reventas y presiones fiscales que soportó estoicamente, al transcurso del tiempo, esta sufrida isla y el entrañable pueblo majorero.

Establecida la administración normanda en Fuerteventura con sede en el Valle de Valtarajal, topónimo que el conquistador reemplazó por el de villa de Santa María de "Betancort" según Torriani; Juan de Bethencourt, procedió al reparto de tierras y agua a conquistadores y conquista-

dos que los cronistas estiman equitativo y satisfactorio.

### *RIQUEZA ACUÍFERA Y FORESTAL*

Resulta utópico hablar de repartos de aguas y existencia de bosques en esta tierra más tarde reseca y desolada, pero en los tiempos que nos ocupan Fuerteventura contó con gran cantidad de nacientes y bosques de tarahal, olivos y lentiscos.

Lo confirman las crónicas de la conquista al decir: “hay en este país, arroyos de agua dulce, corrientes capaces de mover molinos y grandes boscajes de tarajales que producen una goma de sal hermosa y blanca, su hoja se parece al brezo. Olivos y lentiscos se pueden contar en gran número”. Describen detalladamente el cardón, exaltando las propiedades de su savia a la que llaman “leche de maravillosa virtud”.

### *INTERCAMBIO DE CONOCIMIENTOS*

La población aborígen se integró fácilmente a la sociedad europea, aportando conocimientos sobre su secular profesión de pastores, costumbres y deportes, perdurando muchos de ellos hasta principios de este siglo, como la curiosa forma de confeccionar la mantequilla, introduciendo la leche de cabra en un zurrón que, suspendido del techo de la vivienda, los aborígenes majorereros lo colgaban de la rama de un árbol, se lo enviaban una perso-

na frente a otra hasta lograr una hermosa y fresca pella de mantequilla, separada de su líquido, al que llamaban tabefe o suero. Noticia que debemos a nuestro amigo D. Carmelo Silvera, alcalde de Betancuria.

Otros han subsistido hasta nuestros días, como el gofio, la técnica de confeccionar la cerámica, el juego del palo, la lucha canaria, aunque se hayan introducido nuevas variantes al transcurso del tiempo, así como algunos vocablos y topónimos de gran pureza prehistórica.

Los europeos cambiaron totalmente el sistema de vida agrícola, comercial y doméstica de los aborígenes, pues sabido es que desconocían el pan y las nuevas formas de preparar los alimentos entre otras.

### *PRIMERA VILLA CAPITAL*

Esta villa puede ufanarse de conservar el primer núcleo urbano, construido al estilo europeo y figurar en la historia como segunda ciudad capital. La anterior fue San Marcial de Rubicón en la hermana isla de Lanzarote, hoy en ruinas.

### *PRIMER CATECISMO DE CANARIAS*

Al barón normando y sus capellanes se debe la redacción e implantación del primer catecismo en las islas feudales. En él, se habla a los canarios de un solo Dios, de la creación del universo, de Adán y Eva, llamada Virago,

que quiere decir mujer de mi costilla, y otras recomendaciones sobre los mandamientos y los sacramentos. De las Tablas de la Ley, de la Virgen María, del nacimiento de su hijo y la crucifixión, muerte y resurrección de Jesucristo, así como de la gracia del Espíritu Santo.

Termina prometiendo un obispo, que consiguió tiempo después en la persona de fray Martín de las Casas, por bula de Martín V, fechada el 20 de noviembre de 1424, elevando además, en la misma bula, a la categoría de catedral la Iglesia de Santa María de Betancuria. Efímera Diócesis que a los seis años de su creación fue anulada por gestión directa de fray Mendo de Viedma, prelado de Lanzarote.

## *LA IGLESIA*

Para cubrir las necesidades espirituales de la comunidad, Juan de Bethencourt encargó a su compadre, el afamado carpintero de Harfleur, conocido por Juan el Albañil, la construcción de un templo digno de la incipiente villa.

Aquella obra, primera en el archipiélago canario resultó ser, al decir de los historiadores, un curiosísimo ejemplar del gótico francés lamentablemente desaparecido por las incursiones piráticas.

Aquel día de gracia del mes de mayo de 1405, del que podemos decir que el templo fue inaugurado oficialmente, se procedió al bautizo de un niño majorero que fue apadrinado por el conquistador, motivo por el cual, y con

arreglo a las costumbres de la época, se le impuso el nombre de Juan.

### *DESPEDIDA DEL NORMANDO*

En el mismo mes y año, mayo de 1405, tuvo lugar en el castillo de Rico-Roque, que los historiadores sitúan en la hoy finca llamada “Rosita del Vicario” y proximidades del Barranco de la Torre, el que sin lugar a dudas fue el primer acto social celebrado en Fuerteventura al estilo europeo, al que asistieron 54 invitados obsequiados por el conquistador con una cena amenizada con música francesa de la época; primeros acordes musicales que invadieron el silencio sepulcral, de aquel valle milenario, ante los sorprendidos y maravillados ex-reyes de la isla, Ayose y Guize que, sentados junto al conquistador, manifestaban su entusiasmo, más por aquella música, oída por primera vez en el ámbito insular, que por la magnificencia del acto y alimentos servidos.

Como dato curioso diremos que los instrumentos tañidos fueron: trompetas, clarines, tambores, flautas, arpas, rabeles y bocines.

Al finalizar el acto Juan de Bethencourt como si presintiera su definitiva ausencia de la isla, pronunció la que sería su última voluntad en Canarias tratando a todos de amigos y hermanos cristianos, recomendándoles cumplieran con las ordenanzas del país y se respetaran mutuamente. Terminó su largo discurso diciendo “aumentad

vuestra iglesia, guardad vuestros derechos lo mejor que sepáis y podáis, hasta tanto Dios os provea de un Obispo que gobierne vuestras almas”.

El 15 de diciembre de 1405, puestos los asuntos de la isla en manos de hombres de su confianza, partió para Normandía, recorriendo antes varias capitales europeas.

Documentos fehacientes nos dan como fecha de llegada a su castillo de Granville-la-Tenturiere, el 19 de diciembre de 1414, y su fallecimiento ocurrido en el mismo lugar lo colocan los historiadores entre 1425-1426. Sus restos mortales como todos sabemos fueron inhumados en la iglesia de su villa.

### *MOTIVOS DE LA CONQUISTA*

Ha sido una preocupación constante de investigadores antiguos y modernos, incluso mía, conocer las verdaderas causas que indujeron al caballero normando a organizar la expedición a Canarias.

Algunos historiadores afirman, y es noticia generalizada, que sólo su espíritu aventurero y deseos de conquistar tierras en manos de infieles fueron las razones que motivaron su arribada a Lanzarote y Fuerteventura.

Otros, con menos suerte, como el escritor portugués Diogo Gómez, y quienes más tarde le secundaron, aseveran que salió de Francia porque padecía de lepra y esta enfermedad imposibilitaba su estancia en la corte o en su casa.

Los menos especulan con la posibilidad de que salió de Normandía huyendo de sus acreedores.

Estudiando detenidamente la situación económica de Bethencourt, en la fecha de su partida hacia Canarias, 14 de mayo de 1402, resulta que el importe de la expedición ascendió a cincuenta y cinco mil francos oro, cantidad aproximada a diez millones setecientos mil francos actuales.

Noticia que desautoriza las anteriores afirmaciones pues nadie emplea esa cuantiosa suma, en aquella época, por simple capricho de correr una aventura, máxime si sabemos que el capital invertido fue el resultado de la liquidación de todos sus bienes raíces, vendidos a su primo Robín de Braquemont. Tampoco justifica esa inversión la necesidad de huir de su país por una enfermedad que, además, podía contagiar al resto de los expedicionarios, y mucho menos emprender un viaje al azar para evadirse de sus acreedores.

Ninguna de las tres hipótesis es válida. La expedición se apoya en una operación mercantil bien estudiada, adornada si se quiere con la pretendida conversión de infieles, y secretamente guardada por el conquistador, que le permitiera convertirse en dueño absoluto de la producción de orchilla de Canarias para abastecer las tintorerías de su país, Grainville la Tenturiere, lugar conocido con este nombre desde 1294 debido a sus actividades tintoreras, dedicadas a colorear hilos y tejidos de lana y lino producidos en los telares de la alta Normandía y región

de Flandes.

Hemos dicho que Bethencourt guardó absoluto silencio sobre la orchilla de Canarias, y en efecto así fue porque sus propios cronistas informan que Gadifer desconocía totalmente la existencia de este liquen tan estimado en Europa y por tanto de un considerable valor.

Quiere decir esto que ni a su propio socio, en la empresa conquistadora, le comunicó su plan comercial.

Más tarde vemos como en las ordenanzas de la isla el conquistador se reservó para sí y sus descendientes toda la producción de orchilla de Canarias.

Queda pues demostrado el carácter mercantil de la conquista betancuriana.

### *EL PATRIÓTICO COMPORTAMIENTO DEL SUFRIDO PUEBLO MAJORERO*

Contemplando la quietud de esta villa declarada conjunto histórico artístico en 1978 y digna de ser reconocida patrimonio de la humanidad, nuestro pensamiento se asocia al sufrimiento del pueblo majorero, cuyas calamidades rayanas en el heroísmo, son dignas de ser perpetuadas en un monumento, aquí en Betancuria, que exalte su acendrado amor a esta tierra luchando heroicamente frente a invasores extranjeros más numerosos en hombres y armas a los que derrotó una y otra vez.

Recordemos la ocupación portuguesa que en 1460 arruinó totalmente esta isla, las persecuciones e incen-



dios de las turbas berberiscas, la más despiadada tuvo lugar el 16 de agosto de 1593 capitaneada por el sanguinario Xarife, Xabán Arráez en la que perdieron la vida muchos majoreros, defendiendo valientemente esta tierra tan nuestra y querida por todos. Muchos vecinos betancurianos, más de sesenta, fueron capturados en aquella razzia y conducidos al continente africano, algunos, al no poder pagar sus familiares las cuantiosas sumas exigidas por su rescate, murieron prisioneros en las mazmorras de Fez.

Así perdió Betancuria sus mejores hijos, sus valiosos archivos, iglesia, convento y bellos edificios de estilo gótico, contruidos todos por albañiles y carpinteros normandos, que hubieron de ser reconstruidos a partir de aquella misma fecha por el propio pueblo.

En todos los casos fue Betancuria el objetivo principal de los ataques e invasiones por su condición le capital de la isla y núcleo poblacional más importante.

Dignas son de reseñar también, las gloriosas victorias del ejemplar pueblo majorero frente al invasor inglés los días 12 y 24 de noviembre de 1740, al que derrotaron valientemente bajo la consigna del coronel Umpiérrez: “Primero la honra que la vida, encomendémonos a Dios y la Virgen de la Peña”.

No sé si algún otro pueblo del Archipiélago Canario tenga en su haber tantos méritos que le hagan merecedor del monumento que propugnamos, si añadimos además, que los patrióticos majoreros soportaron estoicamente la

prepotencia y atropellos feudales de los distintos señores de la isla y sus rapaces mandatarios. Incluso la Iglesia se portó inflexible a la hora de cobrar sus tributos.

El hambre provocada por las persistentes sequías, dio lugar a emigraciones en masa de vecinos angustiados por la dolorosa situación de tener que abandonar sus tierras reseca y sus ganados diezmados por el hambre y la sed. Ninguna isla canaria ha pasado tantas calamidades en tiempos pasados y por eso sus habitantes deben recibir el justo homenaje de las generaciones actuales.

### *DE NUEVO A EMPEZAR*

A partir del último saqueo el 16 de agosto de 1593, la villa betancuriana inicia un nuevo ciclo de recuperación, siendo de carácter prioritario la reconstrucción de esta iglesia, respetando los elementos salvados del incendio, de ahí su pluralidad de estilos. Empezó jurídicamente su actuación parroquial en 1533 y fue desmembrándose desde 1711 hasta 1943, en que quedó como una más de las diez parroquias que con sus correspondientes ermitas forman hoy el Arciprestazgo de Fuerteventura.

### *EL AYUNTAMIENTO*

Betancuria ostentó el poder político-administrativo de la isla a través de los primitivos Cabildos, que desempeñaron la función de Ayuntamientos desde 1405 hasta

1812, que la Constitución española decretó su abolición. De aquel viejo y único municipio se crearon en 1835 los seis que hoy existen.

### *EL GOBIERNO DE LOS ESPOSOS HERRERA-PERAZA*

Confirmado el título señorial de las Canarias a favor de los esposos D. Diego García de Herrera y Dña. Inés Peraza de las Casas, por Enrique IV de Castilla, el 28 de junio de 1454, dichos señores que ya estaban en Lanzarote dedicáronse con urgencia a la restauración de unas islas deprimidas y exhaustas por las continuadas invasiones y la explotación feudal de sus anteriores propietarios, instaurando su propio señorío que perduró en sus sucesivas generaciones a lo largo de tres siglos.

### *SAN BUENAVENTURA*

Contemplando los restos del viejo convento franciscano en la paz de los siglos, que arroja las góticas arcadas y restos de su antigua reconstrucción, realizada en 1460 bajo el patrocinio de los Herrera-Peraza, nos parece percibir los ecos de los venerables pasos de los siete frailes que lo edificaron, portando los materiales sobre sus hombros, ante las miradas de admiración y respeto de los majoreros.

Terminada la edificación, con techumbre de maderos

de tarahal y palmeras, quedó bajo la advocación de san Buena Ventura.

*MOTIVOS POR LOS QUE SAN BUENAVENTURA  
FUE ELEGIDO PATRONO DE LA ISLA*

Al tomar posesión de la isla los esposos Herrera-Peraza se encontraron amotinados a los habitantes de Fuerteventura, cansados de aguantar el acoso de recaudadores insaciables que los tenían económicamente exhaustos, incentivados además, por las secretas intrigas de los portugueses.

Los nuevos señores lograron apaciguarlos prometiendo una justa administración y flexibilizar las ordenanzas.

Este episodio coincidentemente, ocurrió el 14 de julio de 1456, festividad de san Buena Ventura, por cuya razón este santo quedó nominado patrono de la isla. Fecha que además por voluntad expresa de los señores Herrera-Peraza, fue elegida para conmemorar la incorporación de Fuerteventura a Castilla, evento que con todo esplendor, aunque con los altibajos propios de los tiempos, se ha venido celebrando desde entonces.

Entendemos que con esta decisión, bien tomada por supuesto, los señores de la isla refundieron tres fechas y tres episodios distintos en una sola conmemoración, como son la del 18 de enero de 1405, terminación de la contienda normanda-majorera; el 26 de junio de 1412 día en que oficialmente Juan de Bethencourt dio por termina-

da la conquista de las islas feudales prestando vasallaje al rey castellano, en cuyo acto quedaron definitivamente incorporadas al reino de Castilla; y la del 14 de julio de 1456, fecha en que tuvo lugar, no sólo la pacificación de los majoreros sino la retirada definitiva de los portugueses de Canarias, consolidada y ratificada con el tratado de Tordesillas en 1494, por el que se llegó a un acuerdo definitivo entre España y Portugal sobre sus respectivos descubrimientos mediante la división del mundo en dos hemisferios por una mediana de 370 leguas de Cabo Verde.

Por eso la conmemoración de estas fiestas que pregonamos es de una trascendencia histórica de gran magnitud para Canarias, que cobran mayor esplendor con la presencia de ese pendón, que preside estos actos, símbolo de paz y progreso de nuestra amada Fuerteventura y queridos majoreros que con la invicta Legión hoy le rendimos tributo.

Amigos, las fiestas siguen, vivamos las fiestas con alegría y concordia en esta edición de 1990.









*Pregón año 1992*

***Raimundo Domínguez de Vera***



Antes que nada, quiero agradecer a esta alcaldía el que haya fijado en mí el papel de pregonero en este año de 1992, fecha a la que parece debemos prestar una especial atención por todos los acontecimientos que se están realizando en nuestro país, sobre todo aquellos que han nacido con motivo del 500 aniversario del descubrimiento de América y que nuevamente Betancuria, la primera ciudad tras la conquista, primera representante de los asentamientos y conquistas de ultramar que este año se celebra, queda olvidada de los Planes Nacionales para el recuerdo del 5º centenario.

De todas formas, este olvido de la Administración Central, parece que ha conmovido a las distintas instituciones regionales que tras un esfuerzo conjunto hemos querido que Betancuria no quede relegada nuevamente al olvido,

así entre importantes acciones de restauración y adecentamiento, se está finalizando el estudio del único Plan de Organización Urbana que ha conocido Betancuria.

Para su desarrollo hemos querido forzar nuestro interés en el aspecto social, en la historia de las mentalidades, que en su evolución han provocado, sin duda, la concreta definición de un desarrollo socioeconómico que ahora tenemos que tener en cuenta, para que no se produzcan acciones contra natura que generen, como en el pasado, obstáculos para un desarrollo idóneo, que lime diferencias en el desigual reparto de oportunidades entre las zonas urbanas y rurales, intentando corregir aquellas desafortunadas intervenciones que aún pudieran significar una rémora en el bienestar social, cultural y económico de su población.

Desde la antigüedad, la gran parte de los estudios considerados geográficos se orientó a la descripción de lugares y países urbanísticamente, limitándose a describir aquellos elementos que los singularizan, convirtiendo excelentes fuentes en meras guías más o menos detalladas sobre características concretas, sin duda mucho más atractivas, pero que no nos resuelven en definitiva las razones de una evolución forzada que nos obliga ahora a corregir, aprovechando las nuevas características económicas, políticas y administrativas, intentando unificar por fin, aquellos conceptos de regiones históricas desvinculadas de las regiones políticas de creciente valoración que apenas mantenían contacto con poblaciones que queda-

ban olvidadas en el más remoto pasado, que hoy se han de conservar por razones científicas y culturales, pero sin temor, ni prejuicios a la hora de afrontar acciones que pudieran liberar a su población de la carga del simbolismo de otros tiempos.

La villa de Santa María de Betancuria va a conocer desde los primeros momentos una evolución forzada, condicionada por los más diversos motivos, que parten sin duda de la poca o nula intención de los primeros pobladores en permanecer en ella de forma definitiva, como lo demuestran las continuas cesiones del gobierno de la recién conquistada Fuerteventura, de un familiar a otro del normando Bethencourt, consolidándose el sistema señorial con la cesión al matrimonio Herrera-Peraza, a finales del siglo XV, más ocupados en la conquista de Gran Canaria y Tenerife, que en el desarrollo de sus posesiones, hasta que la intervención real definió posesión y mayor protagonismo a las conquistadas islas de realengo, tomando inmediatamente el papel principal en la historia de Canarias, quedando el resto de las islas de señorío relegadas al olvido hasta la actualidad, bajo un régimen de pseudo-feudalismo, ya sin otra dedicación que la explotación y saqueo de hombres y recursos.

Bajo este condicionante, surge la singularidad de una forma de vida válida para hombres de acción decididos a buscar gloria y riquezas, pioneros de una nueva filosofía mercantilista que ha de variar inconscientemente el concepto de espacio, de tiempo y de forma, cuya imagina-

ción creadora no está en modo alguno obsesionada por la búsqueda de nuevas ideas o recursos. Por el contrario, el arte, la forma arquitectónica, el urbanismo, la vida en general, es eminentemente conservadora, obligada ahora a bascular entre formas neolíticas surgidas de la experiencia y la reiteración degradada de una sociedad cargada aún de fórmulas medievalistas que se han de adaptar a un medio desconocido, produciendo en su evolución la noble sencillez a que obliga la dureza del escaso recurso del medio, marcando el carácter recio y sólido de nuestros habitantes, pues a pesar de que algunas crónicas, o mejor dicho, alguna mala interpretación de éstas, pudieran llevar a engaño, con respecto a la fertilidad floral de esta isla, en un pasado de esplendor mitológico, es sabido por las investigaciones geológicas y climáticas de la inexistencia de vegetación, que posibilitara un desarrollo de la actividad humana, diferente al que aún recordamos de medianería y abusos sociales que lamentablemente aún se conservan.

De esta forma, se añan a las dificultades de un nuevo medio hostil, viejas costumbres de unos conquistadores más preocupados en la búsqueda de condiciones físicas favorables y estratégicas, que en aportar fórmulas urbanísticas y formas de vida difícilmente razonadas por hombres de condición humilde y escasa cultura, totalmente ajenos a los nuevos tratados urbanísticos y a la nueva filosofía humanística que llegaban a España difundidos por los tratadistas renacentistas italianos.

Así, al principio, el desarrollo agrupado en este valle debió obedecer a factores físicos, defensivos y de hábito urbano desarrollado en la Península Ibérica, originando por todo lo expuesto un obstáculo que se demuestra a lo largo de la historia en la necesidad a que obliga el territorio, en desarrollar un hábitat disperso para mejor aprovechamiento de los recursos, a pesar de la obstinada intención, contra toda lógica, de las autoridades en mantener, incluso bajo sanción, la concentración demográfica en Betancuria, como lo demuestran numerosos mandatos al respecto, hasta que la villa pierde definitivamente su capitalidad, no sin disputar una dura pugna con la creciente Antigua, que sí reúne condiciones para un desarrollo económico e incluso urbanístico.

Ante toda esta relación de observaciones, debemos concluir, teniendo en cuenta la salvedad de que si en general el periodo de asentamientos fue esencialmente costero, incluso para América en estos primeros momentos, por las ya comentadas razones estratégicas, que perdurarán ante la amenaza de ataques piráticos, incluso en el S. XVIII y por razones de aislamiento político y administrativo, no se dieron las condiciones para el desarrollo de una actividad marítima, que sin duda hubiera influido en el posterior desarrollo social y económico de la isla, aprovechando aquellos recursos que sin duda se ofrecen óptimos para tal actividad, así como para una evolución demográfica distinta a la que se produce bajo un cerramiento geográfico que provocó el olvido de una sociedad

que luchaba por obtener fertilidad a través de actividades no favorecidas por el medio, condicionantes solamente solucionables bajo una estricta organización laboral en la que el trabajo corporativo y obligatorio hubiesen posibilitado el aprovechamiento de un terreno árido con escasos recursos de aguas permanentes y una capa freática profunda.

La villa histórica de Betancuria, tras esta superflua exposición, podría dar la impresión de aspecto desolador, pero también es cierto que conserva, como pocos lugares de Canarias, diversos aspectos donde con mayor fuerza, originalidad y exquisita sencillez se ha manifestado la pujanza del genio creador de nuestro pueblo, pero queda definitivamente demostrada la necesidad histórica de acometer acciones con nuestros propios medios, sólo nuestro esfuerzo nos puede sacar de la penuria y olvido al que hemos estado sometidos durante tantos siglos, pues incluso se ha perdido nuestra última esperanza de que como primera piedra del puente con América, hubiésemos podido ser parte del programa del 5º Centenario.

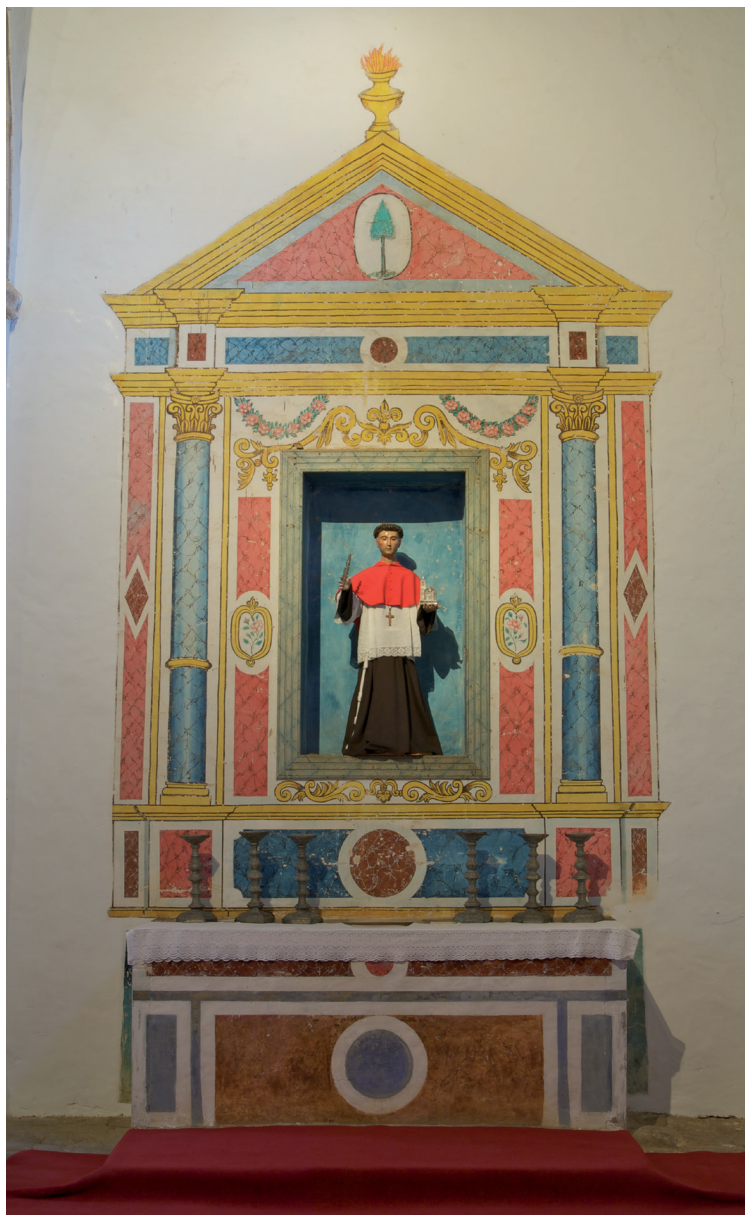
En la actualidad, quienes hemos conocido, padecido y vivido la penuria de los años de olvido, nos vemos obligados no sólo políticamente como representantes del pueblo, sino moralmente como majoreros, a luchar por impulsar, por un lado, la conservación y protección de uno de los referentes históricos más importantes de Canarias, y, por otro lado, mucho más importante, la búsqueda de soluciones para aquellas poblaciones que ven como sus



hijos tienen que buscar trabajo en otros lugares. Tenemos que conseguir, entre todos, la creación de un estado de conciencia que superando el pesimismo habitual en estas áreas, incorpore actitudes y formas de comportamiento positivas frente al futuro.

En estos momentos tenemos claro que a través de las acciones que se están llevando a cabo en esta zona, como es el Plan Especial de Protección y Desarrollo Urbano, no podemos caer en los errores del pasado y estudiar con cautela nuestras posibilidades en el caso de Betancuria, particularmente creo en el aprovechamiento de los recursos culturales, partiendo de las posibilidades frente a las necesidades, es decir, poniendo el acento, no tanto en las carencias sociales de las que la población adolece, sino en los recursos culturales en los que estas comarcas son ricas.







*Pregón año 1994*

***Guillermo Sánchez Velázquez***



Señor alcalde, ilustre corporación municipal, excelentísimos e ilustrísimos señores, señoras y señores.

En los contrafuertes de la cordillera central que divide Fuerteventura, defendida de los alisios atlánticos, de las miradas inquisidoras y piráticas de otros tiempos, bien guardada por los cerros del Morro de las Piedras, Morro de Velosa, Morro de la cruz, Morro de Taganana y Morro de la Atalaya, en este gran anfiteatro, fundó Juan de Bethencourt Betancuria en los primeros años del siglo XV.

Esta villa y capital de la isla guarda, en sus solares, huellas inconfundibles de nuestras señas de identidad, mayoreras, canarias, españolas y europeas.

Dentro de este bosquejo histórico, me van a permitir la libertad de reconocer dos etapas: la primera, desde la llegada de Juan de Bethencourt a principios de siglo XV,

hasta la década de los años 60 de nuestro siglo. Y la segunda desde el año 1960 hasta el año actual.

La historia hispánica de nuestra isla se debe fijar en 1405 cuando, el 18 de enero, Guize que reinaba en Maxorata y, el 25 del mismo mes, Ayoze Rey de Jandía, se presentaban a Juan de Betencourt en el fuerte de Rico-Roque. Desde esta época, toda la isla acudió en tropel a hacerse cristiana en la capilla y bajo la advocación de santa María de Betancuria, en el otro fuerte llamado de Valtarajal.

Creo que todos los majoreros tenemos un compromiso con la historia de nuestra isla. Fuerteventura ha vivido 560 años, de 1400 hasta el 1960, sin un contenido histórico importante, donde la supervivencia era la única preocupación de nuestro pueblo.

Es conveniente conocer la crónica de nuestra isla porque muchas veces el desconocimiento nos lleva a repetir errores o defectos pasados.

Y sobre todo es importante porque estamos viviendo años de riqueza desconocida, y debemos dedicar una parte de nuestro trabajo a la investigación histórica. Como tarea urgente, el convento de san Francisco que edificó D. Diego García de Herrera y donde está sepultado, demanda una labor investigadora importante.

D. Diego García de Herrera, que casó con doña Inés Peraza de las Casas, fue uno de los personajes más relevantes del siglo XV.

D. Diego fortificó en África, el Puerto de Santa Cruz



de Mar Pequeña, para defender a Canarias de las invasiones berberiscas; se le debe reconocer que, establecer una cabeza de puente estratégico en territorio enemigo, es obra de un hombre genial.

En esta primera etapa, la isla vivió siempre con pocas esperanzas, con mucha miseria, con la incertidumbre de las lluvias que nunca llegaban; no hubo en estos cinco siglos una etapa donde se vislumbrase un futuro esperanzador que permitiese no la riqueza, sino la supervivencia de los majoreros ante la constante de la emigración, salida obligada para ellos.

Hasta la década de los 60, para calmar la sed de Puerto de Cabras, era necesario traer el agua desde Gran Canaria en el correillo de los martes y viernes, único nexo de unión con las otras islas y con el mundo, en el que llegaba la correspondencia y los alimentos, además del agua; esta fue la Fuerteventura de 1960, de 18.000 habitantes.

Este compromiso con la historia, debe despertar en cada majorero un interés innato, que nos lleve a completar las muchísimas lagunas existentes en el desarrollo de nuestro pueblo.

La carencia total de medios de subsistencia, en muchísimas épocas de estos cinco siglos pasados, con la incertidumbre de tener que emigrar a otras islas, no dio opción a nuestros antepasados a recoger las crónicas de la vida majorera, ni siquiera a los hechos más relevantes.

Como ejemplo, un hecho importante de enorme trascendencia, ocurrido en la primera mitad de nuestro siglo

XX, fue la figura de D. Manuel Velázquez Cabrera, impulsor de la creación de los Cabildos Insulares, se conoce por un pequeño resumen histórico dado a conocer por su hijo D. Miguel Velázquez García.

Otro hecho importante, ocurrido en la isla en esta primera mitad de siglo, fue el movimiento nacionalista que cristalizó en el Partido histórico Majorero en 1920, fue otro hecho de una gran trascendencia histórica, del cual sólo existen referencias en las bibliotecas particulares.

Nos decía Viera y Clavijo, que habiendo falta de lluvias, siempre seguida de los horrores de la escasez, que se repetían varios años, se renovaba siempre el triste espectáculo de años anteriores, aquellos pobres habitantes como ahuyentados por el azote del cielo, abandonaban la estéril patria y en grupos, se derramaban por las demás islas para buscar el sustento necesario. Se vieron familias, consumidas de sed y hambre, desembarcar como langostas en los puertos de Gran Canaria, Tenerife, La Palma y aún en El Hierro.

Las naves que solían volver de Fuerteventura llenas de trigo y cebada en los años de lluvia, no llegaban en los años de escasez con la misma mercancía, sino cargados de mujeres, hombres y niños expatriados y macilentos.

Habían vendido sus heredades a vil precio, después de haber visto perecer sus mejores ganados y agotar sus reservas de cereales. Era todo un espectáculo ver tantas personas mal vestidas y descarriadas, mendigando a voces el pan por las calles, plazas e iglesias de otras islas.

Esta fue la nota dominante en la historia de la isla hasta las tres primeras décadas del siglo actual.

A esta isla, siempre se la denominó la Cenicienta del Archipiélago.

Se creía que Fuerteventura no tenía ningún futuro, por ello en la visita de tres ministros, presidida por el ministro y general D. Jorge Vigón, en los últimos años de la década de los 50, dentro del siglo actual, se llegó a proponer por las autoridades provinciales, el trasladar y repartir a otras islas del archipiélago, la población de Fuerteventura.

Desde el año 1960 el perfil de la isla cambió su rumbo, cambio su historia, y empezó un futuro claro, lleno de esperanzas, con la desaparición de la miseria, el hambre y la emigración.

La Cenicienta de las Islas Canarias, como se la denominó durante mucho tiempo, encontró la solución de sus males en las infraestructuras básicas que posibilitaron el desarrollo de la isla.

Por fin, la esperanza de los majoreros alcanza a vislumbrar un prometedor futuro desde nuestra propia tierra.

Y esto fue posible a través de la puerta por donde ha entrado la riqueza a la isla. Nuestro Aeropuerto Internacional, terminado en 1968.

Esta puerta al exterior ha permitido que la isla Cenicienta, olvidada, discriminada, sea conocida en todo el mundo y reconocida en este año 1994 como la zona tu-

rística con mayor crecimiento. Sólo treinta años después, dos millones de visitantes confirman nuestras palabras, cien veces la población de la isla de 1960, 18.000 habitantes.

Esta planificación de la década de los 60 ha hecho posible que, por fin, encontrásemos la otra Fuerteventura con la que todos los majoreros soñábamos.

Creemos que la isla precisa de unas coordenadas de planificación y cuidado medioambiental, que la lleven a figurar como valiosa joya en la corona de islas atlánticas.

Nuestra isla alcanzará el techo de progreso y desarrollo que fijen sus hijos de hoy, en la tierra olvidada de ayer.

Es necesario conocer la historia, si a la isla un día se la calificó de Erbania por sus herbajes abundantes, tenemos el deber en los tiempos actuales, con medios económicos suficientes, de cubrir las zonas más estériles y resacas de la isla, empezando por nuestros montes, de un manto verde protector de la erosión que nos haga olvidar las garras del diablo de nuestra tierra reseca y los años calamitosos de un pasado no muy lejano.

La primera potabilizadora con su caudal de agua potable, en 1968, devolvió a nuestro pueblo la seguridad perdida día a día durante siglos, mirando a las nubes, sobre una posible lluvia que nunca llegaba. Desde este año 68, el majorero no pierde su tiempo oteando el infinito y luminoso cielo azul, buscando “las señas” premonitorias de las lluvias, “los empinados”, “el tiempo sur con la lluvia

en las narices”, etc.

Toda una historia poco segura sobre unas probables lluvias.

El progreso de la isla desde 1960 ha sido posible porque nuestros hombres, nuestras mujeres, han vuelto mirar a la tierra, seguros de obtener de ella el sustento, no sólo la supervivencia, sino la riqueza y el progreso.

La fe en nuestra tierra ha hecho posible este cambio espectacular de la isla en sólo treinta años, la misma isla, los mismos hombres y mujeres que, a finales de la década de los 50, se aconsejaba trasladar a otras islas.

La isla reseca, estéril y pobre, sin ninguna posibilidad de obtener medios de supervivencia para su pueblo, ha quedado olvidada. El futuro es nuestro, en la medida en que nosotros queramos, en la dimensión infinita de nuestras playas, sin recortes urbanísticos, en las panorámicas sin horizontes de nuestros campos, en el colorido ocre de nuestra tierra que parece pasar desapercibida bajo una gama bellísima de tonalidades, que nacen con el sol y adquieren su máximo esplendor en el ocaso de cada día, como si la naturaleza no quisiera mostrar una belleza tan extraordinaria todas las horas del día, hay que descubrirla y gozarla en las horas en que el sol la resalta.

Esta es nuestra tierra, sencilla y llana, como nuestras ermitas, pobres, blancas y pequeñas, porque para acercarse a Dios no hacen falta catedrales ni templos majestuosos; el mayorero debe imitar el ejemplo de nuestro campo, de nuestras ermitas, de nuestra arquitectura ru-

ral; las líneas simples, las formas sencillas, los colores puros, con preferencia el blanco, la horizontal que domina nuestros campos, con la excepción a la regla en general, la vertical, la palmera.

Hoy nos cabe diseñar el futuro de la isla, con patrones canarios, auténticos, que respeten y prestigien a nuestros antepasados para ejemplo de nuestros hijos, para admiración de nuestros visitantes.

Aquí existió y existe un pueblo atlántico, canario y español, que no sólo presume de playas y condiciones climatológicas ideales; también hemos heredado unas construcciones rurales, simples, sencillas, pobres, sin adornos, como nuestra propia tierra que debe servir de inspiración a nuestros técnicos, a nuestros artistas.

Hay que realzar lo Nuestro, tenemos que afirmar las huellas de identidad de un pueblo sin recursos, sin medios, que vivió tiempos difíciles con la esperanza de un prometedor futuro.

Estamos obligados a respetar nuestras panorámicas amplias, luminosas, infinitas, donde la horizontal marca la tónica con la excepción de la palmera canaria, vertical, alta, esbelta, que encaja perfectamente en nuestros campos, afirmando que en esta tierra no existen contrastes artificiales, importados, copiados, sino contrastes naturales, nuestros, mayoreros, que sintonizan perfectamente con nuestro campo.

Quisiera cada año, con ocasión de nuestra incorporación a la Corona de Castilla en este día, 14 de julio,

fiesta de san Buenaventura copatrono de la isla, celebrar el progreso de nuestra tierra, dentro de nuestras únicas y bellas fronteras formadas por una cresta de olas que jueguetea sobre el cinturón de las playas que circundan la isla.

La historia, decíamos, es necesario conocerla; en el siglo IX a.C., Homero ya fijó en las Canarias el lugar de delicias y placeres, donde un dogma de teología pagana colocaba las almas de los que en esta vida habían sido héroes y tenían la dichosa conducta de hombres de bien.

También los fenicios la denominaron tierra de placer y alegría.

Aquellos Campos Elíseos del poeta Homero, descritos en el libro 4º de la Odisea, cuando el dios marino Proteo hace el feliz pronóstico a Melenao de que los dioses le enviaban a los Campos Elíseos, sin nieves, ni inviernos rígidos, ni lluvias, sino un perenne aire fresco, sin duda nuestro alisio atlántico.

Hoy, en los albores del siglo XXI, Fuerteventura logra hacer realidad las fantasías de Homero, 2.900 años más tarde.

2 millones de europeos confirman aquellas fantasías de Homero, los verdaderos y auténticos Campos Elíseos de Europa: Canarias.

Nos falta lograr la Erbania de Plinio, por la abundancia de herbajes, nuestros campos esperan una cobertura verde que detenga la erosión y nos haga olvidar las te-

ribles huellas del diablo que adornan nuestros montes como testigos mudos, acusadores, cada día, del abandono y olvido del otro tesoro de Fuerteventura, la tierra.

Y quiero terminar, pidiendo a san Buenaventura y a santa María de Betancuria, que proteja esta tierra nuestra y a todos los que viven en ella, nacidos o no en Fuerteventura.

Feliz san Buenaventura 1994.







*Pregón año 1995*

***Pedro Ravelo Robayna***



La primera referencia testimonial a la celebración de las fiestas en honor a san Buenaventura la encontramos en un acta de los Acuerdos del Cabildo, que con fecha 9 de julio de 1625 recoge de puño y letra del escribano Melchor Durán Armas la petición que hacían los vecinos para que se celebrase la fiesta del santo el día 14 de dicho mes, en conmemoración del mismo día de 1405 en que fue ganada la isla para la Corona de Castilla.

Sin embargo, este documento y su testimonio deben ser tomados como datos bisagra, pues, por un lado se instituyen oficialmente las fiestas con el refrendo de la corporación cabildicia, y se dan las pautas para su celebración:

“... La procesión de la festividad se hará alrededor de la ermita de San Diego; y antes de que se pregone lo

acordado, se dará ciencia al Cabildo Eclesiástico para que asista a la fiesta”, al tiempo que se garantiza la proyección futura del acontecimiento, lo cual estamos demostrando hoy aquí con nuestra presencia, confirmando casi al pie de la letra la voluntad de los majoreros de entonces y la principalidad del Cabildo:

“De hoy en adelante se vaya cumpliendo todo lo aquí acordado”, y por otro lado, nos induce a pensar que 1625 es sólo el año en que se reconocen oficialmente, pero no el primero que debieron celebrarse, pues en la misma acta se dice textualmente:

“Que este Cabildo considera justo lo que se pide y está informado por personas ancianas que solía hacerse fiesta a san Buenaventura, por haberse ganado la isla en su día”.

Así pues, estuvo claro desde el principio que un azar histórico hizo coincidir la incorporación política de Betancuria a los territorios castellanos, dados a la expansión en aquellos tiempos, con la onomástica religiosa de un santo, por lo demás venerado en la orden franciscana, que, para mayor coincidencia, es la que se funda en la isla. De tal modo que, como no podía ser de otra manera, este día 14 de julio quedó sellado como una fecha señalada para Fuerteventura en lo cívico y en lo religioso, y siguió siendo así durante mucho tiempo, casi hasta el otro día, en que las fiestas comenzaron a mermar paulatinamente el boato y la significación de antaño. Tanto creo que es así, que hoy en día, inmersos como estamos en un proceso

conducente a una sociedad cada vez más laica y menos religiosa, unido al hecho de que otras fiestas devocionales le hayan ganado terreno a la del bienaventurado franciscano, el componente cívico ha ido prevaleciendo sobre el de la devoción al santo, de modo que, si bien se sigue considerando patrón de la isla, lo es más que nunca por celebrarse el quinientos noventa aniversario de la fundación de esta villa, a la que dio nombre su conquistador, para que ya nunca pudieran olvidarse las señas de identidad normandas de este pueblo, de tal manera que, incluso en el Real Decreto 2638 de 14 de octubre de 1978, “por el que se aprueba el escudo heráldico del Municipio de Betancuria”, se especifica que “el escudo aparece partido para dar lugar a las armas de Don Juan de Bethencourt... y a las armas de los Saavedra que fueron Señores Territoriales de la Isla de Fuerteventura”.

Es por esto por lo que, cuando se me propuso pregonar este año las fiestas del catorce de julio, pensé destacar lo que ha sido -lo que es- esta vieja villa desde su momento fundacional, a través de un manojo de semblanzas literarias, variadas por su autoría y por los distintos momentos en que sus protagonistas descendieron al fondo de este pueblo, y nos lo representaron en sus obras.

En este sentido me parece curioso al legarles a ustedes la versión esperpéntica con que el escritor lanzaroteño Isaac Viera se figuró el momento de la toma de posesión de la antigua capital, remontándose desde 1904 hasta casi cinco siglos antes:

“El conquistador galo, montado en su corcel de combate recorría las laderas donde hoy se caen a pedazos las desmochadas casas con sus voladizas balconetas, de la histórica villa y dando grandes voces como un loco decía: en nombre de los soberanos de Castilla tomo posesión de este valle para fundar la capital de la isla. Quienquiera que se oponga que salga al frente para medir sus armas con las mías”.

Como los gritos de don Juan el Grande, como lo llama el insigne Viera y Clavijo, se perdían en el vacío, y apenas el eco contestaba allá entre las fragosidades de empinados montes, nuestro héroe desmontóse del rocín y comenzó a cortar yerba con la espada y a lanzar piedras a los cuatro vientos.

Si en los actuales tiempos se le ocurriera al más pintado representar tan quijotesco sainete [...] le declaran orate, pero las costumbres y el formulismo oficial de aquella época eran así, y tenía vicios de nulidad el acta de la toma de posesión de tierras o casas, si el escribano no daba fe de que el interesado había cumplido el risible requisito de desafiar gente y tirar piedras.

Nuestro conquistador, aunque francés, se sujetaba estrictamente al ritualismo y a los usos de Castilla.

Sudado y ronco pero muy satisfecho del cómico entremés que acababa de representar con su ridículo monólogo, y viendo que ningún vivo ni alma en pena aparecía en son de guerra a oponerse a su intento, mandó construir una choza de gran tamaño, la cual habilitó de iglesia y en



ella dijo la misa el capellán Le Verrier, la que oyeron los soldados y peones del caballero normando.

Tal fue el origen del pueblo que ve desaparecer lentamente con la herrumbre de los siglos sus casas y su antiguo convento de san Francisco...

Esta sería la primera estampa de la ciudad recién tomada, si bien, como ya he advertido anteriormente, no se trata en modo alguno de una visión historiográfica ni contemporánea a tales eventos, en este caso imaginados desde una fecha muy posterior, lo cual no indica que no posea una base documental fiable que nos la haga, por lo menos, verosímil.

Pasará bastante más de un siglo desde el nacimiento de Betancuria a la historia moderna hasta que a finales del XVI, el ingeniero italiano Leonardo Torriani nos ofrezca el siguiente cuadro de nuestro pueblo:

“Esta villa está situada en un valle estrecho, que, cuando llueve, se halla atravesado por un pequeño río. Tiene 150 casas, fabricadas rústicamente y sin orden. Hacia la parte de poniente está dominada por una llanura espaciosa y cultivada, y en todos sus demás alrededores tiene montañas ásperas, que sólo sirven para pasto del ganado. Tiene dos iglesias, la parroquial de Santa María de Betancuria, de la cual tomó su nombre, y el convento de la orden de San Francisco, llamado de San Buena-ventura”.

Durante el siglo XVIII, serán las noticias del arcediano mayorero José de Viera y Clavijo, quienes nos ilustren

con mayor detalle de otros tantos aspectos históricos y culturales del caserío, centenario, ya por entonces, varias veces.

Será, como se sabe, a principios del XIX cuando traspase la capitalidad a Antigua, población de la llanura que había adquirido progresivamente una entidad lo suficientemente significativa como para que no se le pudiera negar lo que reclamaba como derecho, pues precisamente en esos primeros años del ochocientos es cuando la villa empieza a conocer el continuado descenso en el número de sus moradores que ha llegado hasta nuestros días. Es este momento de la vida de Betancuria el que se plasma en otro de los fragmentos literarios escogidos, el del viajero francés Bory de Saint-Vincent, a pesar de lo breve, que tan sólo ocupa unas líneas:

“Santa María de Betancuria, capital fundada por Bethencourt, que está en la parte septentrional a igual distancias de las costas, en el fondo de un bonito valle compuesto por más de cien casas bastante limpias”.

Retazo paisajístico de la villa que corresponde al albor del mismo siglo en el que el médico francés René Verneau relata sus cinco años de estancia en las Islas Canarias, de cuyo paso por este lugar, bastante fugaz, por cierto, nos queda también este otro recuerdo, más descarnado y pasajero, tal como lo fue su propia experiencia:

“...es una capital muy pobre. Apenas tiene 400 habitantes. Situada al fondo de un gran barranco, rodeada de altas montañas, posee una pequeña extensión de terre-

nos cultivados. Pero, en cambio, tiene dos edificios que los naturales muestran con orgullo a los extranjeros”.

Son estos dos edificios, los que todos coinciden en señalar casi como emblemas históricos de Betancuria, quizás los que hacen resurgir en el visitante que descien- de en caracol hasta la hondonada del valle, la sensación (parafraseando a Bonaparte) de que desde sus blancas paredes varios siglos de historia callada nos contemplan. Esta certera sensación fue la misma que cristalizó en el libro de viaje de Claudio de la Torre, de cuya limpia prosa descolgamos estas líneas:

“La villa es como una capital en miniatura, pero en una miniatura en la que pudiera apreciarse claramente esa noble traza que no amengua el tamaño. En toda ella se refleja, como en múltiples espejos gastados por los años, que aún parecen brillar en rincones y plazoletas de la antigua Diócesis, y en los amplios caserones nobiliarios hoy abandonados, la imagen blanca de la catedral primitiva. Más que la “enjalbegada tumba” de Unamuno, Betancuria se nos antoja un lugar soñado para seguir viviendo”.

La última referencia, “Enjalbegada tumba es Betancuria,/ donde la vida como acaba empieza”, nos conduce a uno de los más logrados pasajes literarios sobre Betancuria, engarzado en un manojó de sonetos viajeros *De Fuerteventura a París*, que surgió a raíz de la experiencia de Miguel de Unamuno, cuando el 1 de junio de 1924, “en compañía de varios amigos, entre ellos Ramón Castañeyra y Crawford Flitch”, visitó estos lugares:

“...Allí hay olivos, almendros, palmas, una austera tristeza y todo ello blanco, muy blanco. Blancas de jalbegue las casitas, blanca la iglesia, en que rezaban unas majoreras tocadas con sus mantillas blancas”;

tan blanco que se le transfiguraban las sensaciones en un logro de sinestesia, hasta el punto de que las “macetas de geranios”, que “había en las casitas” “ponían su canto rojo en el silencio blanco”. Este es el testimonio más impresionista y vital de cuantos llevo leídos, y por lo mismo más intrínsecamente literario, desde las mismas notas del cuaderno de su destierro; pero se nos desvela mucho más si asistimos al hecho de que encontró acomodo, quizás esa misma tarde, en los versos encadenados de un terceto:

“mas de la tierra en la sedienta llaga  
pone el geranio con su flor el sello  
de la mujer que nuestra pena apaga”,

por no citar sino los tres últimos del único soneto que el poeta bilbaíno dedicó y escribió a un pueblo de nuestra isla, de la que cantó otros aspectos parciales, aunque sustanciosos.

Termino con estos versos el recorrido literario, que empecé no sé ya hace cuanto tiempo, tomando prestada la última impresión de Claudio de la Torre:

“Betancuria se nos antoja un lugar soñado para seguir viviendo”, porque precisamente eso es lo que tiene

que hacer Betancuria, seguir viviendo, más que quedarse con la mirada estañada en su pasado; y si fuera preciso parar un poco para asimilar e integrar todo ese glorioso pasado, se para, pero sólo lo suficiente para vestirse con su pasado como de diario, de modo que siempre lo lleve puesto, pues así no tendrá que volverse atrás para mirarlo, y al mismo tiempo lo llevará como un legado a dondequiera que vaya, que vayamos; porque podemos tener la certeza, si (como dicen) la historia es un libro abierto, que lo que espero sobremanera es que en todo momento nos sorprendamos escribiendo en ese libro a mitad de renglón, con el sentimiento de que nos queda todavía algo por terminar. Y si advirtiéramos por casualidad que estamos escribiéndolo con los renglones torcidos (que hay quien dice que hasta Dios lo hace), no nos dé magua de suspenderlo al instante, para reemprender la vida, esto es, la escritura de nuestra Historia, justo a renglón seguido.

Para contribuir a este propósito he venido, y quisiera irme con la esperanza de que el próximo año estaremos con nuestro renglón a medias, pero satisfechos en la fiesta del catorce de julio.

Muchas gracias

¡Felices fiestas de san Buenaventura 1995!









*Pregón año 1997*

***Fernando Jiménez Navarro***



Parece que los estoy viendo. Con sus caras sonrosadas y sus enormes corpachones como buenos teutones, consumidores de salchichas y degustadores de buena cerveza. Se llamaban Hennecken y Schute y los conocí en Las Palmas de Gran Canaria. Necesitaban un abogado y me ofrecieron acompañarles a Fuerteventura para desarrollar allí mi labor. Fue la primera vez que vine a “estar” en Fuerteventura, pues otras veces había venido de forma esporádica y puntual. Debió de ser en los años 60 largos. Y desde aquel momento, me enamoró su silencio, su sequedad, su... tristeza? En Jandía, empecé a conocer Fuerteventura.

Aquí conocí y estudié personas que fueron verdaderos pioneros e impulsores de la Fuerteventura de hoy, Lagembacher, Volmer, Winter, Hormiga, Velázquez Cabrera

y tantos y tantos otros... Creo que Fuerteventura debe tenerlos también presentes. Fueron creadores ilusionados... utópicos pero, fundamentalmente, hicieron, hicieron muchas cosas, abrieron muchos caminos.

Recuerdo la odisea de llegar en microbús a Jandía. Jable, jable y viento por todos lados. Costa Calma, La Pared, Esquinzo. Una de las veces, paró el coche por la excesiva arena en el camino de tierra y todos, incluidos los turistas, cogimos palas para despejar el camino.

¡Fuerte ilusión! ¡Qué utopía! Cuánta fe en un quehacer, en una meta!

Ilustrísimo señor alcalde y corporación de Betancuria. Excelentísimos e ilustrísimos señores. Señoras y señores:

Pienso que, en cualquier caso, cualquier pregonero se ha de sentir honrado de pronunciar un pregón. Pero mis palabras iniciales han sido para dejar claros mis sentimientos hacia Fuerteventura. Por ello que, aun no siendo hijo de esta tierra, la honra que se me otorgó para hablar, para pregonar a Fuerteventura y para hacerlo ante ustedes sea, ciertamente, doble.

Lo aclaro: vamos a hablar de Fuerteventura en el día de su patrono, san Buenaventura. Y este patronazgo se decidió por acuerdo del Cabildo Ayuntamiento de Betancuria de fecha 13 de julio de 1625 (ya saben ustedes que nuestros primeros ayuntamientos tenían el sugestivo nombre de cabildos); acuerdo que fue refrendado el 14 de julio, mandando, como costumbre, que el día de san

Buenaventura se saque el estandarte con que se ganó la isla. Este estandarte se conserva en la iglesia parroquial y, según dicen las crónicas, pero no confirmado, fue bordado por la propia Isabel la Católica.

Pero, la sorpresa y el doble honor es que, junto con los regidores de aquel Cabildo-Ayuntamiento, actuó en estos acuerdos el personero general de la isla. Y personeros fueron los antecesores del Diputado del Común o Procuradores del Común, que figuran otorgados por los Reyes Católicos el 20 de diciembre de 1494, como fuero especial para las islas y que tenían como misión “procurar las cosas de provecho del concejo e contradecir las que fuesen en su daño e requerir que se guarden las buenas ordenanzas e procurar todo lo que cumple a los propios del concejo de manera que, por su negligencia, no se pierda el derecho del concejo”.

Estos personeros tomaron el nombre de diputados del común, por auto del Consejo de Castilla de 5 de mayo de 1766, que establecía el carácter representativo de los diputados del común y el síndico personero. Y es hoy el diputado del común el que tiene ese honor de mantener, para los majoreros, el estandarte de su pregón. De manera simbólica, naturalmente, pero con todas las fuerzas de que el pregonero, el personero, diputado del común, es capaz, lanza su pregón para propalar la noticia: ¡un año más, celebramos Fuerteventura! ¡Un año más, destacamos a Betancuria, su primera capital! ¡Un año más, la noticia es para los majoreros! ¡Su fiesta grande!

Siempre pensó el pregonero que lanzar a los cuatro vientos su pregón le hacía responsable de su contenido y, por supuesto, ante sus oídos.

Soy consciente, es consciente el pregonero, de que Fuerteventura, el pueblo de la Maxorata, recibe mi pregón con la alegría de lo nuevo, de lo renovado quizás, pero, sobre todo, fío en que sea con la gran ilusión de seguir haciendo historia. Sumar al superado medio milenio (591 años) más y más quehacer. Que las nuevas y futuras generaciones oigan de estos majoreros las mismas tristezas superadas por los mismos afanes, las mismas glorias, los mismos triunfos que hoy nosotros oímos de los antecesores. En todo caso, se mostraría que se cree en ella.

Es cierto, y no hemos de negarlo, que la historia de Fuerteventura, la Erbania de los historiadores de la antigüedad, está llena de pobreza, de sequedad, de emigración. Pudo ser, según Estrabón, una de las trescientas ciudades fundadas por los fenicios, aquellos infatigables navegantes. Llegó a formar parte de las Islas Purpúrnas.

La púrpura era muy apreciada en el comercio de aquella época y no olvidemos que en Fuerteventura la orchilla, planta de la que se extrae la púrpura, nace casi sin cultivo alguno.

Pero no es menos cierto, que la actual Fuerteventura inició un despegue con la fuerza, la ilusionada fe y el trabajo de sus hijos, bien que coordinados y apoyados en

gentes de buena fe que de fuera vinieron a ayudar. Pues bien, hoy, la Maxorata de 1997 espera de sus hijos la misma reacción.

La Fuerteventura que debe de constituir para los majoreros un “conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas, que constituyan su propio hogar tan grande que sus muros ahumados no caben en la historia”. (Definición de patria por Pérez Galdós, en un discurso en Madrid, el 9 de diciembre de 1900).

Fuerteventura, la segunda isla en superficie del archipiélago, con 100 km de largo por 30 de ancho. Sólo se adelgaza su figura allá en el sur, al unirse a Jandía por un istmo de 5 km de cintura. Esa Fuerteventura que, al parecer, estaba dividida en reinos separados por una larga pared de piedra que corría de mar a mar -de lo que existen vestigios importantes en las viviendas de los campesinos majoreros-, tiene que ser hoy una sola en el empuje económico, cultural y social, para dejar una rica herencia, un hermoso legado a sus hijos, los que ahora están naciendo, ciudadanos del siglo XXI. Ellos demandarán en su día, calidad de vida y eficacia de gestión.

Que Betancuria, quizá el más pequeño de sus municipios, al levantar hoy el estandarte de la conquista recuerde a Tuineje, a Pájara, a Puerto del Rosario, La Oliva y La Antigua, toda la historia fraguada con sudor y con trabajo pero, insisto, con ilusionada fe. Que desde aquí, surja el grito de los majoreros, unidos en la voz de su

pregonero actual, para que san Buenaventura, para que la buenaventura riegue de nuevo las gavias y los campos y que la unidad de todos y el esfuerzo de todos conduzca a Fuerteventura por los mejores senderos.

Poco podrían pensar Guize y Ayoze, reyes de Maxorata y de Jandía, que aquellos sus terrenos iban a ser atravesados por los actuales viales, por la red de carreteras que hoy disfruta su isla. Poco pudieron prever que el esfuerzo de sus hijos tuviera hoy esta realidad, propiciada por todos los responsables de la cosa pública del norte al sur y del este al oeste.

Fuerteventura fue siempre una isla tranquila, suave, incluso en la época de la conquista. Y, con excepción de la dura batalla contra los ingleses en 1740, sus gentes mantenían, como, en general, los canarios, un carácter amable.

Fuerteventura, decía Unamuno, ratificándolo, “es un oasis en el desierto de la civilización”.

En 1740, sin embargo, y defendiendo la soberanía española, como un solo hombre, los majoreros arrinconaron a las tropas inglesas hacia la playa haciéndolas embarcar de nuevo y desistiendo de sus afanes conquistadores. Todo ello, dirigido o capitaneado por el coronel Sánchez Umpiérrez en las dos famosas batallas de “El Cuchillete” y de “El Llano Florido”, según relatan minuciosamente Antonio de Bethencourt y Aurina Rodríguez, en la obra “Ataques Ingleses a Fuerteventura”, publicado en 1965.

Los estudiosos como el Dr. Verneau, al hablar de la



raza que, primitivamente, ocupó el suelo de Canarias, hablan de grupos principales, tales como el tipo guanche o el tipo semita, como elementos básicos de la población insular, anterior a la conquista.

El tipo guanche tiene como característica principal una elevada estatura que alcanza y excede, en algunas ocasiones, del 1'80; piel blanca, cabellos rubios o rojizos de clara coloración y cráneo voluminoso, distintivo de la raza cromagnon. El tipo semita es de mediana estatura, cabellos negros y piel oscura, finas facciones y cráneo de óvalo perfecto y, curiosamente, lo definen como el tipo semita que suele encontrarse hoy en el norte de África. Ambos tipos pudieran darse en Fuerteventura.

Lo cierto es que, precisamente por la bonanza de su clima, la suavidad de su terreno y la amabilidad de sus gentes, Jean de Bethencourt sentó sus reales en Fuerteventura y, desde allí, se lanzaba a la conquista de las otras islas, regresando siempre, como base, a Fuerteventura, a la que eligió, después de pacificadas las islas, como su propia residencia, fundando la villa de Santa María de Betancuria, en 1404, en el centro oeste insular, al ser un valle fácilmente protegible. Aquí levantó una iglesia o ermita próxima a la torre de Valtarajal, entre montañas y lejos de su costa oriental, por ser ésta, precisamente, la más expuesta a las incursiones de piratas y, por tanto, con un cierto carácter de inaccesibilidad y de difícil localización.

Decimos, pues, que la villa de Santa M<sup>a</sup> de Betancuria

fue fundada y nominada por Jean de Bethencourt, hacia el año 1404. Su emplazamiento en un valle interior, alejado de la costa y rodeado de montañas, se debe a razones militares y estratégicas, pues esta ubicación garantizaba, en cierta medida, su protección y fácil defensa frente a posibles ataques. Las primeras edificaciones del recién creado enclave fueron de carácter militar y religioso: el fuerte de Valtarajal y una improvisada ermita, en la que Jean de Bethencourt colocó una imagen de la virgen que había traído de Francia. La primera población, compuesta por conquistadores, colonos europeos y aborígenes esclavizados o asimilados por la nueva cultura, fue estableciéndose en ambos márgenes del barranco que divide la villa.

En 1414 se fundó el convento franciscano, bajo la advocación de san Buenaventura, que además fue nombrado patrono de la isla, debido a que en el día en que se celebra su festividad, el 14 de julio, se logró la pacificación definitiva de los aborígenes, según algunas fuentes bibliográficas.

Dos años después de creado el cenobio, una bula del papa Martín V, de 20 de noviembre de 1424, elevó la iglesia de Santa María al rango de catedral y la villa se convirtió en sede episcopal. El único obispo de esta Diócesis fue fray Martín de las Casas, aunque nunca llegó a residir en ella, ya que el Obispado fue suprimido en 1430.

Betancuria fue, además, sede del Cabildo o Ayuntamiento único de la isla y lugar de residencia de los al-

caldes y gobernadores señoriales y de los regidores del Cabildo.

En el siglo XVI Betancuria también fue escenario de los conflictos provocados por la división del señorío de Canarias entre los herederos de Diego García de Herrera e Inés Peraza.

Los enfrentamientos entre los distintos aspirantes al señorío de Fuerteventura finalizaron con un decreto de Felipe II de 16 de junio de 1590, y una sentencia judicial de 1592, que mantenía en el señorío a la familia Saavedra.

Los siglos XV y XVI fueron, asimismo, el período de mayor auge económico-social de la villa. Se produjo un importante desarrollo económico basado en la explotación agropecuaria y se fue consolidando una sociedad fuertemente jerarquizada, en cuya cabeza se situaba el señor territorial, seguido de un reducido número de familias que acapararon los principales cargos del gobierno de la isla. Completaban el tejido social los campesinos, artesanos, mercaderes y esclavos.

Hacia finales del XVI la villa contaba, según Torriani, con unas 100 casas, y un informe diocesano, en el año 1585, cifraba la población entre 400 y 450 habitantes, fecha en que toda la isla contaba con una población que oscilaba entre las 876 y 985 personas.

El desarrollo alcanzado por Betancuria a lo largo de este período se vio truncado cuando “el 16 de agosto de 1593 una flotilla de siete galeotes y varios bergantines,

al mando de un capitán moro, xabán Arraez, se presentó en Fuerteventura y desembarcó en tierra una columna de 230 moros con sus banderas y atabales. Los invasores se dirigieron sobre la villa capital, Santa María de Betancuria, de la que fácilmente se apoderaron”.

El siglo XVII marca el inicio de la decadencia socioeconómica de Betancuria. La ciudad comenzó su lenta reconstrucción después de la destrucción de los berberiscos, pero poco a poco, iba perdiendo población a favor de otros núcleos, que se habían ido formando en zonas que contaban con más y mejores suelos agrícolas, como Vega del Río Palmas, Pájara, Valle de Santa Inés, Antigua y La Oliva. El Cabildo intentó frenar esta dinámica y en sesión de junio de 1631 señalaba que “es costumbre inmemorial que los vecinos vivan en los cuatro meses citados y adecenten sus casas... y asimismo que los mercaderes vendan en la Villa y no tengan tienda puesta en las aldeas...”. Sin embargo, estas disposiciones no tuvieron el efecto deseado. Betancuria continuó perdiendo población e incluso se cerró la escuela conventual, única de la isla, en la que se daban clases de primeras letras y latinidad.

La economía de Fuerteventura, a lo largo de esta centuria, sigue fundamentada en la explotación agrícola y ganadera. En años de abundantes cosechas se exportaban ganados, sus derivados y cereales a otras islas del archipiélago e incluso a Madeira.

En lo político-administrativo Betancuria siguió mante-

niendo su hegemonía, al continuar siendo sede del Cabildo. Esta institución estaba formada por el alcalde mayor y juez ordinario, los regidores, el personero y el escribano.

En el siglo XVIII se inicia la decadencia política de Betancuria, que comienza a perder los elementos que habían determinado su hegemonía en todo el territorio insular. A comienzos del siglo, los coroneles trasladaron su residencia a La Oliva, estableciendo allí el gobierno militar.

También en la segunda mitad del siglo, La Antigua solicita el establecimiento en su territorio de una parroquia independiente de la de Betancuria. Ello dio origen a un largo litigio entre ambas poblaciones, que se zanjó con el Plan de Reestructuración Parroquial de Fuerteventura, culminado en 1792, que añadía a las ya existentes las parroquias independientes de Casillas del Ángel, Tuineje y La Antigua. Con ello Betancuria dejaba de ser parroquia única de la isla.

Pese a esto, Betancuria continuó siendo la capital indiscutible de la isla hasta 1808. En esta fecha se creó la Junta Gubernativa de Fuerteventura, que aunque se constituyó y celebró sus primeras sesiones en Betancuria, posteriormente estableció su sede en La Antigua y solicitó el traslado de la capital a este lugar, pues consideraba que había “cesado la causa para tener sepultada entre montañas y riscos nuestra capital” y que La Antigua reunía mejores condiciones que Betancuria para desempeñar esa función, puesto que había alcanzado un desa-

rollo socioeconómico importante, poseía buenos caminos y estaba situada en el centro de la isla “a casi igual distancia de Puerto de Cabras y Pozo Negro, que son los puertos más frecuentados de barcos extranjeros, porque en ellos se acopia toda la barrilla de la isla”.

Betancuria, obviamente, se oponía a ceder la capitalidad y la cuestión se mantuvo latente durante algún tiempo.

Por otra parte, la aplicación de la Constitución de 1812 suponía la creación de tantos ayuntamientos como parroquias existían en la isla, segregándose del ayuntamiento único que había sido Betancuria. La división municipal estuvo sujeta a los vaivenes políticos que caracterizaron las primeras décadas del siglo XIX y no se consolidó hasta los primeros años de la década de los 30. En este momento comenzaron a funcionar los modernos ayuntamientos, desapareció el antiguo Cabildo, y Betancuria dejó de ser el único municipio de la isla. En 1834 se vuelve a plantear la cuestión de la capitalidad, a raíz de un decreto provisional de 30 de noviembre de 1833 que convertía a La Antigua en sede del Partido Judicial, que hasta entonces había radicado en Betancuria. Con ello La Antigua se considera capital de la isla y Betancuria pierde uno de los elementos que había fundamentado su carácter de capital.

El conquistador Jean de Bethencourt se encontró, pues, con un pueblo amable, prudente, serio zorrocloco,

avisado y astuto, manera ésta de ser que constituye la filosofía del canario, perdido en medio del Atlántico, frente a un monstruo dormido o aletargado y con constantes incursiones de piratas que, las más de las veces, les hacía prisioneros para venderlos o utilizarlos como esclavos.

De estas razzias, de estas incursiones, de estas conquistas, de este pueblo original primitivo que aún sigue entre el mito, la leyenda y la historia, surgió un mestizaje que nos ha dado carácter, categoría y personalidad. Carácter que es uno de los mayores patrimonios que hemos heredado de los nuestros. Categoría que ha elevado nuestra canariedad a las más altas cotas. Personalidad que destaca en cualquier circunstancia y situación.

Aquella prudencia, amabilidad, seriedad y astucia definen, de siempre, al canario. Y creo, honradamente, que este mestizaje nos ha mejorado fundamentalmente y que de la rica variedad de sangres y culturas ha surgido lo canario, tan indescriptible como indefinible, pero cierto, y ahí está.

Pero dejemos ahora lo antiguo, la historia, y acompáñenme a soñar, ¡ilusionadamente! Este pregonero tiene fe en Fuerteventura. Por esto que desee hacer de su pregón algo vivo, lleno de esperanza.

¿A dónde va Fuerteventura? ¿Cuál es su destino?

Aun a riesgo de equivocarnos, solamente movido por sentimientos de afecto y por el conocimiento, posiblemente escaso, que adquirí de esta tierra, pienso que si parte de la diáspora majorera por las islas se concentrase

de nuevo en su tierra, sería el mayor ejemplo de fe en Fuerteventura y de una incalculable ayuda en su mejor desarrollo y evolución.

Creo firmemente que si el patrimonio humano de Fuerteventura se utiliza, a partir de una formación profesional adecuada, dentro del sector terciario, sería factor importantísimo para un futuro claro de la juventud majorera. Casi cuarenta mil habitantes es una cantidad importante para iniciar con éxito cualquier empresa. Fuerteventura necesita de la generosidad de sus gentes, de sus empresarios.

Veó que la ganadería caprina como alternativa, acompañada de pequeñas industrias derivadas: quesos, artesanía, etc., podría dar mayor seguridad a lo que pueda ser una economía inestable con un solo fundamento.

Con absoluta certeza, abogo por potenciar la escuela de capacitación agrícola, por una escuela de hostelería que preparase a nuestras gentes para un turismo como industria de incalculables posibilidades, aprovechando la benignidad de su clima, las excelentes playas de Fuerteventura e, insisto, el capital humano majorero profesionalizado al máximo. Mi principio aquí, es que no es lo mismo ser servicial que ser servil.

Por supuesto, no descarto la formación universitaria, pero adecuada a la demanda social majorera y, naturalmente, dentro de lo posible.

Si la juventud no es rebelde e inquieta, no hay futuro atrayente. Pero me atrevo a decir que el coste universita-



rio para Fuerteventura, a Fuerteventura se devuelva con el trabajo de sus hijos, siquiera sea de manera temporal.

La cultura y la educación nos harán más libres y son el más hermoso patrimonio de un pueblo.

Todo esto, en su conjunto, constituiría un ¡adelante! para, dentro del sector servicios, conseguir una prosperidad que los hijos de esta tierra merecen.

Y comerciar, comerciar con su vecino natural: África. Ser cabeza de puente en todos los negocios con su ribera africana. Hace años se decía en Fuerteventura “De Caleta a Berbería se va y se viene en un día” y es precisamente en el Faro de la Entallada, en Gran Tarajal, el punto más cercano a la costa africana, unos 90 km, aproximadamente 55 millas.

Para todo esto, naturalmente, es importante, fundamental, la fe y la ilusión de los propios majoreros, como motor que impulse la economía de esta tierra.

Atención especial, para mí, merecen el medio ambiente y la calidad de vida. Porque todo lo anterior no ha de hacer nunca que los hijos de la Maxorata pierdan su propia identidad, su idiosincrasia, su personalidad. Que nunca se caricaturicen imitando a quienes no debemos imitar. El ser majorero ya es importante.

Y defiendan su paisaje, su territorio, su estilo de vida, las peculiaridades en la tierra, en su orografía, en su colorido, en sus piedras. Todo ello lo agradecerán ustedes mismos y, naturalmente, sus hijos y los hijos de sus hijos.

Tenemos que superar nuestro tradicional aislamiento. Comunicaciones, el mar nuestro que nos separa, y nos une con el mundo y con el resto de las islas. Este cielo azul que hoy es también camino de unión. Las comunicaciones serán riqueza para Fuerteventura. Potenciarlas equilibradamente y razonablemente será la fuente de su propia economía y motor de su calidad de vida y su renta.

Los puertos generan riqueza y son pulmones de la isla. Puertos ágiles, competitivos, eliminando burocracia; servicios continuos y óptimas instalaciones, previendo la navegación futura, con precios razonables.

Se suele decir que los puertos canarios no son origen y destino, pero el cabotaje y comercio interior, las relaciones con África y el servicio de atención pueden captar clientela en el ininterrumpido flujo Norte-Sur.

Aeropuerto, con balizaje acomodado a sus necesidades. No es de recibo que Fuerteventura deje de operar a las once de la noche. Es cierto que puede haber extensión hasta las doce, pero las compañías españolas necesitarían alguna mayor flexibilidad. En muchas ocasiones, las charters españolas se ven perjudicadas, al iniciar sus vuelos a los países emisores, por las mañanas y regresan con turistas en horas donde no les atienden porque cierra el balizaje y la luz. Precisamente, las charters extranjeras lo hacen justamente al revés y regresan a su país de origen donde son perfectamente atendidos.

La nueva terminal, al parecer, está ya operativa al cien

por cien, con suficientes mostradores de facturación y cintas. Esto es justo que lo digamos así.

Pero si están llegando a Fuerteventura aproximadamente cuatro millones de personas, aunque el dato no sea muy fiable, sí es lo suficientemente ilustrativo para que nos preocupemos, constantemente, por la categoría del aeropuerto y la calidad de los servicios que ofrece.

Y hablo de un crecimiento razonable y equilibrado de las comunicaciones con una anécdota: recuerdo cuando se estudiaba la promoción del puerto de Morro Jable. Se temió por el equilibrio comercial que podría trasvasarse, peligrosamente, del norte al sur; Puerto del Rosario a competir con el puerto de Morro Jable.

Potenciar los puertos deportivos entiendo que puede ser muy rentable y atractivo, ya que es una variedad en el enganche para el turismo, así como el propiciar todos los deportes de mar a niveles internacionales. Ello posibilitaría una oferta variada en ocio, clima, calidad hotelera, precios y profesionales.

No podemos basarnos solamente en el clima y la situación geográfica puesto que hoy la poderosa industria del turismo tiene fuertes competidores y, me atrevo a asegurar, que adversarios desleales. Hay que ofertar bien y serenamente. Confiando en la calidad, pero sabiendo que esta calidad es igual a la satisfacción del cliente.

Naturalmente, en un repaso a vuelapluma y señalando los puntos fundamentales, para propiciar un futuro esperanzador, no pueden ni deben quedar atrás las tradicio-

nales bases de la economía mayorera: la agricultura y la pesca.

Potenciar siempre nuestra tierra que, al final, es agradecida. Que hay que lucharla con sudor. Que hay que regarla con agua. Por ello, que las potabilizaciones, las reutilizaciones del agua, las reservas para la agricultura, sean objeto fundamental de estudio y establecimiento, aunque ello tan sólo propicie lo que yo llamo agricultura de subsistencia. No la podemos abandonar nunca.

Me dicen que uno de los lugares más importantes en el mundo para cultivos hidropónicos es Fuerteventura, y sé que hay canarios estudiosos de estos temas, cuyos trabajos se toman como referencia en revistas y actuaciones agrícolas mundiales. La tierra no la podemos abandonar nunca.

La pesca ha sido fuente de riqueza en Fuerteventura y, si bien, últimamente, nuestros bancos han sido esquilados, es justo el dictar normas para preservar lo que ha sido sustento de muchas de nuestras familias. No caigamos en la filosofía del “pan para hoy y hambre para mañana”. El preservar, el investigar, el estudiar todo lo referente a nuestra plataforma, a nuestro mar y a su fauna irá en beneficio de nuestras gentes.

Tenemos que aprovechar el que Fuerteventura disfrute de una longitud de costa de aproximadamente 265 km y aunque, en zonas, son abruptas -sobre todo al noroeste- la mayoría de ellas son costas placenteras con una magnífica plataforma, dentro de lo que es una isla. Por ello

que, de siempre, se haya hablado de Puerto del Rosario, Gran Tarajal e incluso la propia Bahía o ensenada de Fustes, como buenos puertos para la pesca.

Si tenemos en cuenta la plataforma de Fuerteventura hasta 200 metros de profundidad, se le puede dar una extensión de 3.000 km cuadrados y, posiblemente, muchos fondos de la isla sean propicios para pescas de arrastre.

La flota pesquera de Fuerteventura siempre ha sido pequeña pero es innegable que, dada la posición de la isla frente al banco sahariano y la riqueza pesquera de sus aguas, el impulsar la flota pesquera, la pesca artesanal de litoral y la pesca industrial es también una parte importante para la economía majorera.

Una isla que no tiene otro patrimonio que el mar, y se encuentra en medio del camino de dos puertos pesqueros de primera categoría, como son Arrecife y Las Palmas, debiera poseer una mejor y más adecuada flota.

Es una pena que hombres de tanta tradición marinera que dominan los últimos rincones del banco pesquero no tengan en sus manos unos mejores medios de trabajo. Seguramente es Fuerteventura la isla que más riqueza puede sacar de sus aguas litorales en cuanto a la pesca de fondo, pero hay que dotarlos de embarcaciones modernas y seguras. La costa del oeste de la isla es un venero de riquezas pero su aprovechamiento precisa de embarcaciones cubiertas, capaces de hacer noche en el mar y de poder navegar con tiempos adversos, y aprovechar los refugios de sus distintas costas. (Datos obteni-

dos del libro de don Carmelo García Cabrera “La Pesca en Canarias y el Banco Sahariano”).

Y todo esto que hemos pregonado ¿es realmente un sueño?, ¿puede convertirse en realidad? Los majoreros tienen la respuesta.

Casi sin darse cuenta, el pregonero se ha adentrado, con ustedes, en un futuro en el que cree, y por eso lo está haciendo tan suyo como de ustedes. Perdón, pide el pregonero. Pero, como decíamos al inicio, nos sentimos responsables de nuestro pregón y de sus oidores. Por esto que piense, que hable hoy, en estos momentos pregonando a Fuerteventura como un majorero más, lo hago con toda humildad y, naturalmente, con el permiso de ustedes.

Hemos pretendido, modestamente, dar unos trazos de la historia de esta tierra, del ayer cercano, del hoy y, con todo cariño, destacar un mensaje para los majoreros. Para un deseable futuro. Pero, fundamentalmente, hemos pretendido, quizás ilusoriamente, entretener, visionar, a modo de película, sobre la vida de la Maxorata.

Más aún, hemos querido pregonar, pregonar a los cuatro vientos que hoy es san Buenaventura; que los majoreros están de fiesta; que viven ilusionados por su tierra; y que, con los brazos abiertos, reciben a cuantos con ellos deseamos compartir la alegría, la fiesta y el futuro. ¡Acudamos todos a vivir esta alegría, esta fiesta y este futuro un año más, por san Buenaventura, deseando toda la buena suerte a los majoreros!

Y a ustedes, muchas gracias por su atención y su paciencia.









*Pregón año 1998*

***Arístides Hernández Morán***



Sr. alcalde, dignísimas autoridades, señoras, señores, amigos todos:

Vuelvo hoy, una vez más, a Betancuria, como tantas veces lo hiciera de manera regular, hace ya varias décadas, cuando desempeñaba la plaza de médico titular de esta villa. Y lo hago, como entonces, en cumplimiento de un deber que, para mí, siempre ha sido norma sagrada en la vida: el de servicio a mis semejantes.

La corporación municipal de Betancuria me ha sorprendido con la inmerecida distinción, que agradezco profundamente, de nombrarme este año pregonero de las fiestas patronales de san Buenaventura.

Mi gran preocupación por corresponder a tal invitación se empequeñece al considerar que sólo volcando mi corazón ante ustedes, recordando el itinerario que recorría

antaoño por esta isla para atender a los enfermos, empáñdome día a día en el transcurso de aquella labor, del sentir y ser de sus gentes; conociendo la grande y pequeña historia de sus lugares, personajes y tradiciones; deleitándome naturalmente, como no podía ser menos, con la contemplación de los espléndidos paisajes que se ofrecían a la vista, en ocasiones abruptos, pero en otras de remansadas llanuras; y admirando el patrimonio arquitectónico, cultural y religioso de esta isla.

Vayan pues por delante, y desde el principio, mis disculpas por permitir que mi pensamiento sobrevuele y se detenga en unas vivencias entrañables para mí.

### *FUERTEVENTURA, ISLA*

Pero siendo san Buenaventura patrono de la isla entera parece obligado, al anunciar su fiesta, y antes de iniciar mi corto y emotivo periplo por algunas de sus poblaciones, hacer breve referencia histórica a esta nuestra isla de Fuerteventura.

Una de las primeras cuestiones que atraen la curiosidad es la del lento y progresivo conocimiento histórico de la existencia misma de la isla y de las diferentes denominaciones que se le atribuyeron. Todo ello rodeado de una cierta oscuridad, como lo es la del propio origen de su nombre actual, puerta siempre abierta para la más sugestiva imaginación.

Los geólogos nos dicen que, de todas las Islas Ca-

narias, es Fuerteventura la más antigua, surgida paulatinamente del fondo de los mares desde hace unos 20 millones de años, frente a las más recientes como Gran Canaria (14 millones) o Tenerife con 6 millones (y el Teide que no supera el medio millón de años).

Nace Fuerteventura en un primer momento como dos islas separadas: Maxorata y Jandía, esta última de mayor altura, unidas posteriormente. Y si la actual isla de Fuerteventura es la que primero surgió, es la zona de Betancuria, precisamente, la de mayor antigüedad de esta isla y, por tanto, de las Canarias.

Los etnólogos, por su parte, nos dicen que el ser humano llegó a la isla hace unos 2.000 años, fecha mucho más tardía que la de su aparición en las islas del Mediterráneo o en los continentes.

Pero así como al conjunto de las islas se le atribuyeron nombres variados, algunos incluso mitológicos como “Jardín de las Hespérides”, o consideradas en ocasiones pétreas supervivencias del continente desaparecido de “La Atlántida”, cuya existencia, por cierto, niegan hoy los especialistas, y otras veces como las “Islas Afortunadas”; motivo de títulos concedidos como el de Príncipe de la Fortuna o el del Obispado de la Fortuna; así también la propia isla de Fuerteventura ha recibido nombres muy diversos: Purpuraria, Planaria, Majorata, Erbania, etc., hasta llegar al actual de Fuerteventura. Investigar sobre el origen o razón de ser de este último nombre es tarea bien difícil.

Solo cabe decir, olvidándonos de narraciones antiguas, que es a partir del siglo XIII cuando la pericia y curiosidad de los navegantes nos van dando noticias reales de las nuevas tierras; navegaciones cada vez más distantes y que culminaron en el descubrimiento del continente americano.

En un principio fueron expediciones que aprovechaban los mejores conocimientos náuticos y cartográficos de los pilotos italianos, en el siglo XIII, que fueron seguidas por catalanes, mallorquines y portugueses, en el siglo XIV, y por normandos, andaluces y castellanos en el XV. Estas expediciones dieron lugar a los famosos portulanos medievales, o colecciones de planos de puertos marítimos. Portulanos éstos que, al darnos noticias de las nuevas islas y tierras, sirvieron también para divulgar los nombres con que las conoceríamos, al igual que las divulgaciones del italiano Américo Vespucio hicieron que se aceptara, para todo el Nuevo Continente, el nombre de América, con olvido de su verdadero descubridor.

Así, ya en mayo de 1291 zarpan de Génova, rumbo al legendario archipiélago de Las Afortunadas, los hermanos Vivaldi, genoveses, que dan al primero de los islotes orientales el nombre de una de sus galeras "Allegranza". Este nombre es, en efecto, recogido por los cartógrafos encargados de rotular las islas descubiertas.

Y unos años después, en 1312, el navegante italiano Lancelotto o Lanzalotto Malocello, en busca de las perdidas estelas de aquellos hermanos Vivaldi, llega a la isla



a la que da su nombre de Lanzarote, donde construye un castillo (cuyas ruinas encuentra luego Bethencourt) y en el que vive veinte años. En los portulanos del mallorquín (otros creen que italiano) Angelino Dulcert, del año 1339, se pregona el señorío de Génova sobre Lanzarote.

En este último portulano de 1339 aparece, finalmente, la isla que domina “Forte Ventura”. El origen y razón de ser de esta palabra continúa, como digo, siendo un misterio. En otros portulanos medievales, pendientes todavía de un estudio exhaustivo, se ofrecen otras posibles variantes etimológicas del nombre Fuerteventura. Así, en uno de ellos, aparece grafiada la isla como “Fortezatura”, y en otros como “Fortementera” (de fromentum, hierba, trigo). Dos nombres que, al igual que la otra denominación de “Erbania”, parecen referirse a la pared divisoria de Jandía o a las hierbas que de verdad o en apariencia (líquenes, cosco, barrilla, orchilla) parecen a veces cubrir la isla.

En todo caso ha prevalecido la denominación latina o italiana “Forte Ventura”, incluso sobre la francesa “Fort Aventura”, que usaron redactores de Bethencourt en “Le Canarien”. La predilección por el término “Ventura” sobre el de “Aventura” imprime al actual nombre un sentido de mayor optimismo, de buena suerte, de confianza en el futuro de la isla.

## ITINERARIO DE UN MÉDICO

Y es con este optimismo en el futuro, pero también con nostalgia del pasado, que inicio el anunciado viaje, aunque por caminos menos polvorientos, desde mi primera plaza como médico titular de La Oliva, hasta la villa de Betancuria.

Era el comienzo de mi ejercicio profesional y la acumulación, por ausencia de médicos de la plaza de Betancuria, me obligaba a realizar, partiendo de La Oliva, un recorrido de unos 200 kilómetros por día.

El gran escritor don Pío Baroja, que también fue médico rural, relata en sus memorias publicadas bajo el título “Familia, infancia y juventud”, sus primeras experiencias: *el oficio de médico de pueblo -decía D. Pío- era entonces, y seguirá siendo ahora, difícil, mal pagado y de gran responsabilidad. A mí -añadía- me parece penoso y duro, aunque ciertamente, tenía algunas compensaciones. La vida de médico -precisaba- era dura. De noche, solía ocurrir que en el instante de irme a la cama, o estando ya acostado, sonaba la puerta, y la voz preguntando ¿está el médico? No había más remedio que levantarse y salir. Recorrer las distancias a veces lejanas, para ir a los caseríos, a veces con frío, a veces con lluvia.*

Un tema que obsesionaba a don Pío era el de sus dudas sobre su capacidad para un diagnóstico preciso. Frente a ellas adopta una sabia fórmula, cuando dice: *un tanto de escepticismo y otro tanto de prudencia me evi-*

*taron hacer disparates, que deben ser frecuentes entre personas que comienzan a ejercer, aunque sean sabias y estén bien enteradas.*

La realidad es que el recorrido médico por los pueblos se le fue haciendo más insostenible a don Pío y, a los tres años y medio, renuncia a la plaza y se va junto a sus padres. Años más tarde se dedica a su verdadera vocación, una vocación que le convertiría en una de las glorias de las letras españolas.

Por mi parte, como decía, voy a centrar mi pregón en ese transcurrir desde La Oliva a Betancuria, con pequeñas vivencias personales, extensivas a las apreciaciones a simple vista a lo largo de un trayecto, expresivas también del verídico panorama médico-social de la isla en aquellos años.

Iniciamos el recorrido bisemanal en La Oliva. Al no haber consultorio, era frecuente el ofrecimiento de familias llenas de bondad. En la casa de don Antonio Fleitas y su esposa doña Concha Perdomo, pasábamos nuestra consulta. Allí acudían los enfermos de los diferentes pagos del municipio. Era una casa amplia, de porte señorial y grandes salones perfectamente decorados. Doña Concha nos agasajaba continuamente ofreciendo café, leche y pastas. Me hablaban de la iglesia, de interés artístico, y entablé amistad con el cura párroco, hombre joven y comunicativo, D. José Reyes.

Se trata de una iglesia de amplias naves, del año 1708, que se encuentra bajo el patronato de la Virgen de Can-

delaria, y que puede considerarse como la mayor y mejor conservada de la isla. Allí se encuentran, en su retablo y formando un conjunto, las cinco pinturas del siglo XVIII, entonces en mal estado, posteriormente restauradas.

En este municipio se encuentra también situada la Casa de los Coroneles, del mismo siglo, ya descrita por otros pregoneros.

La economía del municipio se basaba principalmente en la agricultura y la ganadería. En esta fecha de 1953 se iniciaba el cultivo del henequén, encaminado a la obtención de fibras duras para cordelería y otros menesteres. Al presente todos sabemos que la principal economía de este municipio está basada en el turismo, sobre todo en la zona de Corralejo y El Cotillo, por sus magníficas playas, hoy en peligro de deterioro por la mano del hombre.

Seguimos nuestro recorrido hacia Tindaya. Aquí casi siempre me esperaban, al borde de la carretera, padres, hermanos o parientes de tal y cual enfermo, con frecuencia de fiebres paratíficas, para que les acompañe a sus casas y les observe. En este pago de Tindaya nos encontramos con una pequeña ermita, donde se venera a Ntra. Sra. de la Caridad, y en cuyo interior existen pinturas de importante interés artístico.

Continuando nuestra ruta nos acercamos a la altura de Vallebrón, un pueblo atractivo en lo alto de una caldera, eminentemente agrícola y donde hallamos abundantes árboles frutales. Las visitas médicas son más esporádicas. Su problema, al igual que en otros núcleos, eran las

fiebres tíficas y paratíficas y las enfermedades de tipo pulmonar.

Torciendo a la izquierda nos encontramos, a unos tres kilómetros, con el pago de La Matilla. También aquí hay una ermita y en ella se venera a la Virgen del Socorro. Está dotada de un magnífico retablo, similar al que vamos a ver más tarde en Tetir, y que, como la mayoría de los del resto de la isla, pertenece al siglo XVIII.

Tres kilómetros más abajo se nos muestra el bello valle de Tetir, zona eminentemente agrícola, con gavias de grandes dimensiones, que en los años de lluvia, nos cuentan, es inmensamente productivo. Tetir fue sede del Ayuntamiento hasta 1925, en que se traslada a Puerto de Cabras, y se halla hoy en pleno desarrollo económico y como zona residencial. Cuenta con iglesia, declarada parroquia, donde se venera a santo Domingo de Guzmán. Posee en su frontis un campanario y, en su interior, un magnífico retablo, viéndose en el lateral una pintura de la Virgen entregando el rosario a santo Domingo. Hay asimismo una talla de san Andrés.

En dirección a la costa, ocho kilómetros más abajo, llegamos a Puerto Cabras, como entonces se llamaba. En mi pregón, con ocasión de las últimas fiestas de Puerto del Rosario, aludí a su nacimiento como núcleo poblacional, iniciado con el impremeditado traslado a la costa, en 1795, de María Estrada. Fecha ésta la única disponible para hablar de la fundación de la ciudad. Hace un par de años, en 1995, se cumplieron los dos siglos de dicha fun-

dación. En 1835, dijimos, se convierte en ayuntamiento.

Por otra parte, Betancuria había cedido la capitalidad de la isla en favor de La Antigua, en 1834. Y a partir de 1865 Puerto de Cabras va actuando de hecho como nueva capital, hasta que en 1912 encontramos el Cabildo formalmente instalado en ella. Con este motivo, decíamos, Fuerteventura tiene el privilegio de contar con la capital más antigua de Canarias, Betancuria, y también la más moderna, Puerto del Rosario.

A su vez, la advocación popular religiosa a Nuestra Señora del Rosario existe desde el año 1803 y es el 15 de junio de 1812 cuando se obtiene licencia del Obispado para la apertura de la actual parroquia de Nuestra Señora del Rosario.

Pero si por distinta carretera salimos de Puerto del Rosario con dirección al centro de la isla, llegamos a Casillas del Ángel, pueblo que nos llama la atención por sus magníficas construcciones, edificios de esmerado estilo canario, prueba de que ha debido tener una época de gran esplendor económico. Allí tropezamos con la parroquia de santa Ana, que fue segregada de la de Betancuria hacia el siglo XVII. Su frontis recuerda, por su cantería, a la iglesia de La Oliva. La imagen de santa Ana del siglo XVII. El retablo, acaso del siglo XVIII, muy parecido al de otras iglesias de la isla, se encuentra necesitado de restauración. Como en otros lugares también aquí nos esperan al borde de la carretera para la visita de algún enfermo.

A escasos kilómetros, ya por la carretera general, avistamos La Ampuyenta. Magnífico valle de tierras inmejorables. Descubrimos aquí dos edificaciones importantes: una es el Hospital de la Caridad, que en su testamento ordenó construir el Dr. Mena, hijo preclaro de aquel pueblo. Investigador de alto prestigio científico es conocido en América del norte y del sur, viaja a París para presentar sus ponencias de excepcional interés para la ciencia médica, y en la Facultad de Medicina de Cádiz fue profesor, recibiendo las más importantes condecoraciones y nombramientos, figurando en el recinto su estatua representativa. Valgan estas palabras de homenaje a su persona.

La otra edificación importante en La Ampuyenta es la preciosa iglesia de san Pedro Alcántara que aparece en entorno amurallado. En ella se venera la imagen de la Inmaculada, perteneciente al siglo XV. En visita entonces efectuada a la isla por D. Eduardo Tarquis, profesor de Bellas Artes en Tenerife, nos decía que era esta iglesia una verdadera joya, y la más bella de la isla. El campanario está situado a un lado de la ermita, en curiosa disposición. En su interior nos encontramos con estupendas pinturas, entre ellas una de san Pedro Alcántara, que llaman la atención, y que tenemos entendido han sido restauradas últimamente.

Avanzando por la propia carretera llegamos a la capital de otro municipio: La Antigua, situada a 23 kilómetros del Puerto de Cabras de entonces. Está La Antigua, emplazada en una extensa llanura al pie de la cordillera de

Betancuria. Como quiera que era un valle fértil, ideal para todo tipo de cultivos, los propios vecinos de Betancuria se fueron estableciendo en él poco a poco desde mediados del siglo XVI. De este modo La Antigua se emancipa del ayuntamiento de Betancuria, y llega a ser capital de la isla en 1834, que mantiene hasta su traslado a Puerto de cabras hacia 1912. Lo mismo ocurre en el plano eclesiástico, pues la pequeña iglesia dedicada a Nuestra Señora de La Antigua, dependiente de la parroquia de Betancuria, se separa de ésta definitivamente en 1785, convirtiéndose en parroquia.

Si desde La Antigua seguimos unos dos kilómetros hacia el sur, llegamos a Casillas de Morales, con una pequeña ermita dedicada a san Roque.

Y más adelante, en la misma ruta, alcanzamos Agua de Bueyes que, como su nombre indica, era zona en la que, en determinadas épocas, por su barranco corría abundante agua, y en sus márgenes crecían gran cantidad de palmeras. Su tierra fértil daba muy buenas cosechas. Allí podemos ver una pequeña iglesia, muy bien conservada, que guarda una imagen de la Virgen de Guadalupe, al parecer traída de Méjico.

Al continuar nuestro camino, a pocos kilómetros nos encontramos con Tiscamanita, un bello pueblo que llama la atención por el señorío, la inteligencia y la cultura de las personas mayores que allí había. Se ve allí la imagen de san Marcos en una iglesia amplia y cuidada, que se dice fue construida hacia 1699.



Ya en el extremo de nuestra ruta encontramos la capital de otro municipio: Tuineje. Al igual que ocurrió con La Antigua, la pequeña iglesia existente desde 1590 se convierte en parroquia desde 1790, desgajándose de la de Betancuria. Esta parroquia se encuentra bajo la advocación de san Miguel Arcángel.

Tuineje debió tener, asimismo, una época esplendorosa a juzgar por sus construcciones, con frecuencia sin encalar. Muchas veces paraba a descansar en la casa de un gran señor: don Eustaquio Gopar, como me lo recordaba su nieta hace pocos días. Era un hombre excepcional, partícipe de los “Últimos de Filipinas”. Parco en palabras, no le gustaba mucho hablar de su vida, si bien, cuando entraba en confianza, relataba historias muy interesantes de sus viajes y del municipio.

En Tuineje se nos habla de la famosa batalla de Tamasite contra los ingleses, que se representa todos los años. Fue ésta una gran batalla en la que los isleños habiéndose encomendado a la Virgen de la Peña y a san Miguel, y al mando del coronel Dumpiérrez, vencen a los ingleses.

A partir de Tuineje comenzamos a subir en dirección a Pájara, no sin antes pasar por Toto, inmenso valle de estupendas tierras y gran productividad; allí se asienta la ermita de san Antonio, muy bien conservada, de principios de este siglo.

Entramos en Pájara, capital de su municipio, por el mismo lugar donde se adentraban los piratas e invasores de la isla para tratar de llegar a Betancuria. Su economía

más importante es la pesca y la agricultura, existiendo extensas plantaciones de tomate. Pasábamos consulta en una pequeña habitación habilitada a este fin por el ayuntamiento, y allí se reunían pacientes de todos los pagos. Su iglesia, del siglo XVIII, con piezas barrocas, presenta portada con motivos tallados y aparente inspiración azteca.

Desde Pájara comenzamos la ascensión hacia Betancuria, final de la etapa de nuestro viaje, por una carretera llena de vueltas, cuyo único peligro era el probable encuentro con la guagua de las cinco, único vehículo que transitaba aquella ruta, pues no había otro en la villa.

Normalmente almorzábamos un poco antes de llegar a la inmediata Vega de Río Palmas, a la sombra de una palmera o de una higuera. Era curioso ver como su barranco lleva, casi siempre, un flujo de agua que servía de riego al palmeral que le da nombre al pueblo. El número de palmeras entonces era, por supuesto, inferior a la cifra de 800 que daban los conquistadores.

En la Vega de Río Palmas oíamos infinidad de historias acerca de la Virgen de la Peña, pues en esta Vega de Río Palmas se encuentra enclavado el santuario de Nuestra Señora de la Peña, copatrona de la isla junto con san Buenaventura, y que no vamos a relatar por haber sido ya descrita en multitud de ocasiones.

## BETANCURIA

Avistamos, al fin, Betancuria, la otrora capital de la isla, la histórica villa de Santa María de Betancuria, la urbe mayorera más simbólica. Cabría decir de ella, en remendada expresión lorquiana: “Oh! ciudad de raíz normanda ¿quién te vio y no te recuerda?”.

Es inevitable una breve referencia a la siempre emotiva gestación y evolución del núcleo poblacional que hoy tan gratamente nos acoge, Betancuria, con sus casi seis siglos de existencia, que se cumplirán en el ya cercano año 2005. Tiene Betancuria bien ganada, por otra parte, su declaración en 1979 de Conjunto Histórico-Artístico, contando entre sus muchos méritos el ser la urbe más antigua de Canarias, coetánea de la que pudo ser su malograda competidora, San Marcial del Rubicón, en Lanzarote.

En esta referencia histórica cuatro ideas sobresalen: la etapa fundacional de la villa y su evolución posterior, las vicisitudes de la iglesia de Nuestra Señora de Santa María de Betancuria, el monasterio de san Buenaventura, hoy en ruinas, y la ermita de san Diego. Insoslayable es la mención a la Virgen de la Peña y su santuario.

No es difícil encontrar respuesta al por qué de la elección del emplazamiento de esta villa principal, que durante varias centurias sería la capital de la isla. Juan de Bethencourt, el barón normando que la fundara y cuyo nombre perpetuaría su apellido, consideraría sin duda,

en primer lugar, las razones estratégicas, de cara a la defensa y posesión de la isla, tanto frente a ataques de los propios indígenas en los primeros momentos, como de los provenientes del exterior, fuesen moriscos o europeos. Contaba la futura villa con la protección del castillo de Valtarajal, que levantara en sus proximidades Gadifer de La Salle.

La acertada elección de este emplazamiento, en el centro de la isla, la confirmó casi dos siglos después el ingeniero italiano experto en fortificaciones Leonardo Torriani. A él, ante la frecuencia de los ataques, encargó Felipe II los planos de una nueva fortaleza, que nunca llegó a edificarse.

Pero es evidente que también influyó en la elección la belleza del lugar. Uno de los más hermosos parajes de la isla, próximo a la Vega de Río Palmas, con abundancia de vegetación y corrientes de agua, elogiada por los cronistas redactores de “Le Canarien” que acompañaron a Bethencourt.

La villa fue sede administrativa de la isla hasta principios del siglo XIX, y en ella residieron, en una primera etapa de la vida capitalina sus señores territoriales, alojados en notorias casonas, antes de trasladarse a Tenerife, a finales del siglo XVII. Son conocidos los episodios que llevaron al traslado de la capitalidad, ya en el siglo XIX, primero a La Antigua y luego a Puerto de Cabras.

Pese a que en el fondo de toda conquista hay siempre intereses materiales, es lo cierto que Juan de Bethencourt

supo imprimir desde el primer momento un ideal evangelizador a su actuación.

Ya, desde un comienzo, Juan de Bethencourt se hace acompañar de dos religiosos, Bontier y Le Verrier, el primero franciscano, que redactan un catecismo para los nuevos cristianos. En esta improvisada capilla, próxima al castillo de Valtarajal, se realizan los bautizos, recibiendo el primer neófito, en mayo de 1405, el nombre de Juan, de su padrino Juan de Bethencourt.

Y del mismo modo, aquel modesto oratorio será sustituido en 1410 por la primitiva iglesia de Santa María de Betancuria, edificada según los cánones del gótico francés, convertida en parroquia matriz de la isla. Más tarde, el 20 de noviembre de 1424, el Papa Martín V eleva la propia iglesia a la categoría de catedral, nombrando Obispo a fray Martín de Las Casas, si bien su duración fue sólo hasta 1430.

Los ataques periódicos sufridos a lo largo de casi dos siglos y, sobre todo, el más devastador del berberisco Arráez Xabán en agosto de 1593, hizo necesaria la reconstrucción del templo, finalizando las obras en la forma que lo estamos viendo, en la segunda mitad del siglo XVII. Esta nueva iglesia, de tres naves, con elementos góticos, mudéjares y barrocos, constituye una muestra destacada del patrimonio religioso y arquitectónico de la isla. Su sacristía, con un artesonado mudéjar labrado y policromado, es considerada como una verdadera joya artística. En ella se custodia el llamado, quizá impropia-

mente, Pendón de la Conquista.

Pero en Betancuria hay que considerar, además, de modo muy destacado otras vivencias religiosas, traducidas en exponentes arquitectónicos. A poco de la conquista, en 1416, tras gestiones de Bethencourt, se autoriza la fundación de un convento franciscano, el convento de san Francisco. Las obras comienzan en 1417 y el edificio, de estilo gótico normando que contaba con iglesia conventual, se termina rápidamente. En él llegaron a albergarse hasta 30 religiosos. Por desgracia, fue saqueado más de una vez por los invasores. En 1456 lo amplía y enriquece don Diego García de Herrera, quién lo pone bajo la advocación de san Buenaventura patrono de la isla. Desde esa fecha se considera a san Buenaventura patrono de la isla. Un siglo más tarde, en 1593, sufre el saqueo berberisco. Vuelve a ser reconstruido y tres siglos después, por razones diversas, empieza la etapa de abandono y deterioro que conduce al actual estado de ruina.

Es de justicia recordar como en fecha relativamente reciente, en la década de los sesenta, gracias a la diligente y entusiasta gestión de don Roberto Roldán Verdejo, el entorno franciscano fue acondicionado e incluso parcialmente restaurado. La corporación betancuriana, en reconocimiento, rotuló con su nombre una de las calles de la villa, así como el Cabildo Insular le nombró Hijo Adoptivo de la isla.

Junto al convento encontramos la ermita de san Diego. Fray Diego, más tarde canonizado como san Diego

de Alcalá (1588), habitó en el convento por los años 1441 a 1450. El padre Juan de san Torcaz, asimismo franciscano del convento, cae en una charca al ver el resplandor de una pequeña cueva, donde con la ayuda de san Diego encuentran la pequeña imagen que, a partir de entonces es llamada Nuestra Señora de la Peña, y considerada patrona de Fuerteventura.

Su santuario, como vimos, se encuentra en la Vega de Río Palmas, y la imagen, presuntamente, es la misma extraviada y conocida como santa María de Betancuria. La ermita de san Diego de mediados del siglo XVII, de dos naves, deja paso a través de un arco a la “Cueva de san Diego”.

Antes de finalizar mi itinerario de la década de los cincuenta, quiero citar lo que para mí fue importante novedad, originada en la década siguiente, afectante a la ruta que seguía.

Ocurrió que por los años sesenta desempeñaba la presidencia del Cabildo Insular don Roque Calero Fajardo, quien, aparte de su prestigio en el Ejército y de poseer la Medalla Militar Individual, era hijo de esta villa de Betancuria. Conocía, por tanto perfectamente, el largo camino que había que recorrer, procediendo de La Oliva o de Puerto del Rosario, para entrar en Betancuria, pues preciso era bajar hasta Tuineje y Pájara y subir de nuevo. Tuvo entonces el presidente del Cabildo la práctica y magnífica idea de diseñar una nueva carretera que partiendo del Valle de Santa Inés, lugar donde se encuentra la primera

ermita de Fuerteventura, hoy desaparecida, y subiendo por acusada pendiente, a la altura de Montaña Velosa y Morro de la Cruz, llegara a avistar el atrayente valle de Betancuria que, visto desde lo alto del cerro, nos parece un hermoso nacimiento navideño. De esta manera, y en línea recta, se descendía hasta los pies del valle de Betancuria. Más tarde don Guillermo Sánchez Velázquez, siendo presidente del Cabildo, la perfila y termina.

Casualmente por aquellos años, tras breve interrupción y por imperativos de la ley, se me vuelve a asignar la plaza de Betancuria, razón por la que vine a encontrarme entre los primeros que transitaron esta nueva vía abreviada.

En ese segundo periodo que duró uno o dos años, pasaba consulta en la casa de doña Nieves Dumpiérrez, maestra y esposa del entonces alcalde de Betancuria, don Juan González Vega. En mi memoria queda el grato recuerdo de los documentados relatos que doña Nieves, excelente profesora, me exponía acerca de la historia de la villa.

### *SAN BUENAVENTURA*

Pero el término “pregón” no significa sólo el anuncio de las fiestas, sino que implica también el recuerdo y la alabanza del santo que las motiva.

San Buenaventura conecta muy pronto con Betancuria y la isla de Fuerteventura. En 1456, antes de que el Papa



Sixto IV lo canonizara, que tuvo lugar en 1482, la piedad popular lo reconocía ya como santo y los señores de la isla lo proclamaron su patrono, a la par que el convento franciscano se empieza a conocer como convento de san Buenaventura. Más tarde, en 1625, el Cabildo pide y obtiene del Obispado que el día de su patrono, el 14 de julio, sea considerado fiesta de precepto.

Fue san Buenaventura en verdad uno de los grandes santos de la iglesia. Nace en Italia en 1221, casi doscientos años antes de la presencia normanda en la isla y muere en Francia en 1274 a los cincuenta y tres años de su vida.

Siendo todavía un niño conoció a san Francisco de Asís, poco antes de morir éste, el cual, al ver la inteligencia del muchacho, exclamó en italiano: Oh! que buona ventura!, en el sentido de “que buen porvenir le espera”. Este recuerdo influyó en que entrara san Buenaventura en la orden franciscana antes de cumplir los veinte años, escuchando así también los deseos de su madre, y también era alusivo, sin duda, al porvenir verdadero de san Buenaventura, el futuro tras su muerte.

En 1265, a los 35 años de edad, se le nombra general de los franciscanos. Un año antes de morir fue designado Arzobispo y más tarde Cardenal. Cuentan de su humildad que, cuando le fueron a notificar el nombramiento lo encontraron fregando. Él al principio no quería aceptar. Cuando al fin lo hace, el Papa le encarga una difícil tarea durante el II Concilio de Lyon, en el que obtuvo pleno

éxito: la de convencer a los teólogos orientales de sus errores. Fue un gran forjador de paz y concordia. Actuó en ese Concilio como legado pontificio. Sin terminar el Concilio enfermó y murió consolado por el propio Papa.

San Buenaventura fue un teólogo excepcional y un gran místico. Se le conoce como doctor seráfico. Durante sus estudios de joven en París entabló amistad con Santo Tomás de Aquino, más tarde conocido como doctor angélico. Se le elevó a los altares a finales del siglo XV (1482) y cien años después, en 1587, se le proclama doctor de la iglesia. Son numerosos los milagros que se le atribuyen.

San Buenaventura con afán pacificador nos recuerda hoy que, si bien es cierto que siempre tendremos guerras y crueles comportamientos, sin embargo, muchísimas luchas y discordias se han podido evitar y de hecho se evitaron, aunque no figure en la historia, gracias a la caridad y al amor.

Termino con la satisfacción de ver como hoy el municipio de Betancuria se ha incorporado al tren del desarrollo económico de la isla, con buenas carreteras que lo comunican fácilmente con el resto de la isla, con creciente dedicación a sectores como el turismo, tanto el de nuevo cuño, con hoteles de calidad y playas bien acondicionadas, como también el turismo rural. Así se propugna en el magnífico proyecto presentado hace unos meses por el catedrático e ingeniero industrial don Roque Calero Pérez, proyecto que, por su importancia y actualidad, sin duda estudiará con toda atención y el cariño que el tema

merece, la competente corporación municipal de esta villa.

Todo ello, ciertamente, en aras de no desaprovechar la óptima explotación de los recursos naturales y patrimoniales, pero al propio tiempo manteniendo la guardia, vigilando que estos recursos no sufran merma ni deterioro a causa de actividades no planificadas, de atrevidas especulaciones o de propósitos desaprensivos. Antes al contrario, ofreciendo al forastero y al nativo un marco apropiado en el que se conjuguen historia, tradición y evolución, naturaleza, desarrollo y pacífica convivencia, para disfrutar también así, con grandes dosis de alegría, de paz y de felicidad, de una celebración como la que hoy anunciamos, las fiestas del patrono de nuestra isla, la fiesta de san Buenaventura. Muchas gracias.







*Pregón año 1999*

***Elisa Torres Santana***





Decía Cervantes: “En mi vida me he visto en tal aprieto”. Valgan las palabras del insigne escritor español, del siglo de oro, para ilustrar mi situación y estado de ánimo, en estos momentos. Sin embargo, a pesar de mi sufrimiento, merece la pena, sin ningún género de duda, estar aquí, compartiendo con ustedes, habitantes de la isla de Fuerteventura y del municipio de Betancuria, la festividad del patrón de nuestra Maxorata. Y digo nuestra, porque soy una canaria que ejerce como tal, y no puedo menos que sentirme a gusto cuando estoy en cada una de mis islas, pero más aún, en Fuerteventura.

Cuando el Sr. Ildefonso Chacón, presidente saliente del Cabildo mayorero, y el alcalde de éste, su municipio, contactaron conmigo para ofrecerme el honor de pregonar sus fiestas, lo hicieron apelando a su condición de

majoreros, con lo cual ya sabían que tenían buena parte del territorio andado y muchas dificultades subsanadas, pues a la llamada de la Herbania, no podía negarme, pues es, sin duda, la isla que más gratos recuerdos me ofrece, después de la mía propia. Quizás debería haber reflexionado más detenidamente y haber buscado una excusa, pues no deja de ser una osadía, por mi parte, utilizar este foro, dónde tan ilustres pregoneros me han precedido. Sin embargo, ya estamos aquí y la situación no tiene vuelta de hoja, así que lo mejor, utilizando un símil taurino, es que “cojamos al toro por los cuernos”, y sin más preámbulo, iniciemos nuestra tarea.

Nos encontramos aquí, en el convento franciscano que nuestros antepasados levantaron bajo la advocación de san Buenaventura, tras la conquista de la isla, y una vez que su pacificación se había conseguido. Parece ser que esto sucedió un 14 de julio y por ello se eligió dicha advocación, por celebrarse en ese día la mencionada festividad.

Casualmente, casi cuatrocientos años más tarde, en 1789, en ese mismo día, se tomó la Bastilla, hecho cumbre de la Revolución Francesa, y hoy en día se conmemora la fiesta nacional de Francia. Son casualidades de la historia, puesto que también los conquistadores de esta isla procedían de Francia, de la Normandía.

Tanto la elección de la orden que iba a regir el primitivo convento, la franciscana, cuya rectitud y grandeza son reconocidas en toda la cristiandad, por varias razones:

Porque desde la humildad y la pobreza predicaban el amor a los demás, sin distinciones de razas, ni colores, ni posiciones sociales. Porque prendieron en los espíritus medievales, tan necesitados de ello, el amor a la naturaleza, entendida como un reflejo de la obra del Creador. Y porque lo hacían predicando con el ejemplo, y con una gran alegría y optimismo. Como asimismo, la advocación de san Buenaventura, bajo la cual se levantó, fueron sin duda, dos grandes aciertos.

La orden franciscana puede ejemplificar lo que en esas fechas era Fuerteventura, humilde, pero al mismo tiempo grande. En ella se estaban levantando los solares donde los europeos iban a adentrarse en la modernidad, expandiéndose más allá de su propio territorio. La expansión europea, de la que Canarias es uno de sus primeros eslabones, iba a significar la apertura de nuevas rutas de navegación, el cruce de muchos pueblos y culturas, la difusión de una serie de conocimientos técnicos y científicos, etc. Y Fuerteventura, bien es verdad que, con un elevado precio, estaba participando de primera mano en el proceso. Luego hablaremos, con más detenimiento, de precios elevados....

Por su parte, san Buenaventura es, asimismo, uno de los santos más preclaros que ha tenido la religión católica. Fue un hombre humilde, de la orden franciscana, que llegó a desempeñar las más altas magistraturas en la carrera religiosa, hasta el punto que fue nombrado padre de la Iglesia, honor que sólo unos pocos han sido capaces

de alcanzar: san Agustín, Sto. Tomás de Aquino y una mujer, Sta. Teresa de Jesús. Buen conocedor de los clásicos: Aristóteles y Platón, destaca por sus escritos teológicos, filosóficos y religiosos.

Llegó a cardenal de Albiano, y cuenta la tradición que cuando los delegados papales fueron a comunicarle su nombramiento, estaba fregando los platos de su convento. Poco amigo de honores y distinciones, sin embargo, llegó formar parte destacada de varios concilios: Florencia, Lyon, Costanza; como asimismo llegó a conocer a Papas como Gregorio X o Inocencio V, así como también fue coetáneo de Sto. Tomás de Aquino.

Sin embargo, la faceta que más nos interesa destacar hoy es la de hombre de letras, licenciado primero y luego profesor, catedrático en la Universidad de París. Hombre con una gran sensibilidad hacia los demás, y con una gran preparación pedagógica, para que lo que intentaba transmitir llegase de la mejor manera posible, y a la mayor cantidad de oyentes. Llegó a obtener el grado de doctor, y desempeñó el cargo de General de su orden. Por lo tanto, podríamos decir que Fuerteventura posee un patrono de lujo, pues no es un santo cualquiera de la iglesia, sino que a sus condiciones naturales de bonhomía, humildad y a su capacidad de entrega a los demás, une una alta preparación intelectual. Y es a él, y a esa condición suya de intelectual y de maestría, a la que yo quiero invocar hoy, y encomendarme a su protección para llevar esta empresa a buen puerto.

Y es que para eso he venido hasta aquí, para actuar como pregonera, y como tal, e historiadora que soy, no puedo sustraerme a realizar la misma función que un pregonero en la Edad Media, cuando acudía a la plaza del pueblo para “pregonar” todo aquello que importaba a las gentes, bien fueran noticias, avisos o convocatorias, productos o mercancías, así las excelencias o virtudes de un pueblo, o un discurso literario, que se pronunciaba en público, con motivo de una celebración.

Comencemos haciendo historia, que por pura deformación profesional, es lo único que sé hacer. Hace ya muchos años que comenzamos a recorrer las enormes extensiones de Fuerteventura, casi tantos como 24, pues voy a confesar, ya que estamos en territorio sagrado y celebrando fiesta religiosa, y por lo tanto no puedo mentir, que fue en estas tierras donde pasé mis primeros días de casada. Eran los momentos en que Fuerteventura comenzaba su andadura como paraíso turístico. Cuando aún la carretera que atravesaba el jable, paralela a la Pared, aquella que dividió esta isla en dos, no era más que una pista de lo mismo, que llena de camellones, al menor descuido, te podía jugar una mala pasada. ¡Y vaya si nos la jugó!, pues de regreso de nuestra excursión a Morro Jable, saltó la caja de cambios y el coche que llevábamos nos dejó tirados, a la altura de Costa Calma, teniendo que regresar a Gran Tarajal haciendo autostop, con lo cual, del alguna forma, fui pionera del mismo en la isla.

En aquella época, Morro Jable no era más que un pe-

queño refugio de pescadores, con algunas casetas de piedra y muchas barcas, así como un pequeño bar en el medio del poblado dónde, eso sí, se podía comer el mejor queso y pescado del mundo. Como tampoco Jandía, presagiaba, lo que el transcurrir de los tiempos le tenía deparado. No existía ninguna de las urbanizaciones que hoy colonizan su costa, como tampoco Los Gorriones habían hecho aparición, ni la urbanización Mirador del Río, sino sólo: silencio, viento, nubes, jable, mar y arena, entre Tarajalejo y Morro Jable, con un pequeño remanso en La Lajita y el Cortijo de Matas Blancas, (por cierto en la prensa de antesdeayer he podido leer que será un próximo destino turístico). Sin embargo, aún hoy continuamos teniendo una asignatura pendiente con el faro de Jandía y con Cofete.

Tampoco en Jandía, la Playa de la Esmeralda conocía la palabra surfing, y se podía acampar en ella, eso sí con un respeto máximo por el entorno, y pasear a solas por sus orillas, sin sentirse invadido por las huestes del norte.

Luego, unos años después, mi destino soñado durante todo el año, se fue desplazando hacia una zona de menor ocupación foránea, pero más en contacto con el pueblo mayorero: Las Playitas, al lado de Gran Tarajal. Allí, junto al pequeño muelle, por donde se desembarcaba el pescado blanco, a 400 pesetas el kilo..., he gozado de unas maravillosas noches estrelladas, en las que parecía que el cielo no iba a poder soportar tanto peso; de unas im-

presionantes puestas de sol, y de una gran serenidad, a pesar de la humildad del alojamiento. Mis hijos a la sazón niños, entraron en contacto directo con el mundo del mar: ayudaron a desembarcar las barcas, vieron limpiar el pescado, uno de ellos tuvo el placer de tener entre sus manos una gran tortuga, que despistada, había caído en las redes...

Son vivencias todas ellas imborrables, que me acompañarán donde quiera que vaya, porque forman parte indisoluble de mi existencia.

Sin embargo, Fuerteventura no es sólo mar, ni naturaleza, aunque creo no haber visto jamás una luz igual, ni un colorido semejante, cuando al caer la tarde, sus montañas adquieren tonos ocre, azufrados, malvas, rosas e incluso azulados. Esta isla es además cultura, como lo demuestran sus ermitas repartidas por sus valles y vegas: del Río Palmas, Toto, Valle de Sta. Inés; sus oasis, en medio de sus barrancos aterrados; su gastronomía, con los mejores productos lácteos y pescados que uno pueda imaginar. Y aquí debo decirles que, el año pasado en noviembre, por razones familiares fui a Londres y, entre otras cosas, visité los famosos grandes almacenes Harrods, cuya sección dedicada a la alimentación goza de fama mundial; pues bien, en dicha tienda, dos quesos españoles gozaban del privilegio de ofrecerse a aquellos exquisitos clientes, uno era el manchego, y el otro, con estas mismas palabras se anunciaba, era el “queso mayorero”... Creo que huelgan los comentarios, pero en todo

caso, lo quería decir hoy, porque los canarios en general, en muchas ocasiones estamos faltos de autoestima, y solemos sobrevalorar lo que viene de fuera, despreciando, a veces, lo nuestro.

Además, Fuerteventura es la conventual y reparadora Betancuria, segunda capital del Archipiélago Canario, aunque podríamos decir primera, porque la vida de la anterior fue muy efímera, cuyos monumentos, en especial su iglesia matriz, o su convento ya derruido, sobresalen en su perfil, y cuyas construcciones señoriales nos hablan de un pasado glorioso.

Esa Betancuria, que merece ser visitada de día, y luego a la tarde, y entonces nos encontraremos dos mundos distintos. El de la mañana, multicolor, gregario, babélico, producto de los visitantes de medio mundo que la recorren; y el de la tarde, conventual, soñador, retrospectivo, que nos permite atravesar el túnel del tiempo y situarnos en épocas ya pretéritas, al tiempo que añoramos otros mundos.

También es la señorial Pájara, con esa iglesia, en la cual sus motivos decorativos nos están hablando de las dos orillas del Atlántico, que se entrecruzan y nos susurran los ecos de la historia, de uno y otro lado, cuando nuestros antepasados para poder sobrevivir tenían que emigrar a la otra orilla.

O esa Oliva, cuya peculiar iglesia se perfila en su llanura, esas mismas llanuras que tan diferentes se muestran cuando la lluvia las riega y les concede un efímero verdor.



Vestigio, asimismo, de un pasado glorioso, por medio de la Casa de los Coroneles, que no era otra cosa que la residencia de los señores de la isla, y cuya magnificencia no encuentra parangón en toda la arquitectura doméstica de Canarias. Y poseedora de una de las montañas más míticas del archipiélago canario, que nos habla de esa otra parte importante de nuestra historia, que supone la primitiva población insular. Podría seguir enumerando las bellezas de Fuerteventura y los recuerdos que para mí atesora, pues desde esas fechas y durante muchos años ha sido para mí como mi paraíso particular, pero temo cansarles y sobre todo emocionarme.

En esta ocasión he optado por cantar las excelencias de esta tierra, en su conjunto, renunciando a realizar un pregón tradicional en el que los datos históricos y la alusiones a las gestas lugareñas, se repiten, porque creo además que el mejor valor de Fuerteventura es ella misma: sus tierras, sus gentes, sus casas antiguas de alto y bajo, o sobradadas, que muestran todo su esplendor en Casillas del Ángel, o en el recién restaurado pueblo de Tefía, por cierto, claro ejemplo de intervención en el patrimonio, por parte del Cabildo Insular.

Fuerteventura es asimismo sus costumbres, sus leyendas que perviven de generación en generación, la honradez de sus hombres, y el tesón para sobrevivir en una tierra, que en épocas pasadas no se mostraba tan generosa con sus habitantes. En los años buenos, las cosechas eran abundantes y no sólo sobrevivían los ma-

joreros, sino que exportaban sus granos para el resto de las islas, así como su ganado y los frutos del mismo. Mientras que, en los años malos, por desgracia los más abundantes, los majoreros debían emigrar al resto de las islas, sobre todo a Tenerife y Gran Canaria, para huir del hambre y en ocasiones de la muerte, aunque por desgracia esa huida precipitada les empujaba hacia la misma, sólo que lejos de su tierra.

He tratado de resaltar sus valores, pues es la única forma de que aprendamos a amarla y valorarla, y sobre todo a no menospreciarla. Todavía recuerdo aquellos tiempos, no tan lejanos, en los que los propios canarios no valoraban los valores paisajísticos y medioambientales de Fuerteventura, porque no tenía verde. Demostrando una concepción bastante maniqueísta e ignorante de la belleza, pues si sólo fuese bello lo verde, nos perderíamos valores extraordinarios como, por poner un ejemplo, los paisajes desérticos o lunares. Hoy en día el gran valor de futuro de Fuerteventura lo suponen esos paisajes desérticos, tan denostados en otros tiempos, lo cual demuestra, entre otras cosas, la veleidad del ser humano, y la relatividad y subjetividad de todas las cosas.

Hemos venido además, a proclamar a los pies de nuestro patrón, como los antiguos pregoneros:

Que debemos ponderar que tenemos algo más que ofertar que el clima y las playas; que nuestra cultura, folklore y gastronomía, no es peor ni mejor que las demás, es sencillamente diferente, y que nuestra humildad, na-

tural en el canario, no es sinónimo de vasallaje, sino de forma de ser.

Que tenemos que pregonar que nuestros valores radican en la diferencia, en el mestizaje de culturas, de etnias, que podemos aportar y que resumen nuestra historia, desde que los primeros pobladores llegaron a esta isla, hace ya 500 años y decidieron establecerse en el interior, en Betancuria, huyendo del peligro que significaba la cercanía del mar.

Que anunciamos el orgullo de ser canarios, majoreros, conejeros, palmeros, etc., y que juntos, a pesar de nuestras diferencias, debemos mirar hacia delante.

Que proclamamos que durante siglos nos hemos enriquecido culturalmente con lo que ha venido de afuera; que incluso en la actualidad somos capaces de seguir haciéndolo, pero que no por ello renunciamos a lo nuestro.

Sin embargo, la labor de los pregoneros no se limitaba a anunciar las buenas nuevas, sino que también denunciaban los peligros que acechaban a los pueblos y a sus habitantes, por ejemplo relatando los crímenes y sucesos más famosos, para que estuvieran alerta; y dado que estoy haciendo de pregonera, tampoco quiero sustraerme a esa faceta de mi función. Quiero pedirles como habitantes de esta hermosa tierra, aquí a los pies de su patrón, san Buenaventura, porque sé lo que este significa para ustedes:

Que adquiramos el compromiso de velar porque esta isla no se marchite; que pueda crecer y seguir desarro-

llándose, sin perder su identidad.

Que todos tengamos cabida en ella: majoreros, canarios en general, gallegos, extremeños, sin que ello signifique la muerte lenta de nuestras costumbres ni de nuestra cultura, sino un aprovechamiento de lo útil que puedan aportar.

Que la cuidemos, para que podamos entregar a nuestros descendientes una tierra llena de riqueza, con sus valores íntegros, que merezca la pena ser vivida, y no un inmenso erial donde sólo crezcan las urbanizaciones, no siempre bien planificadas, y donde los “idiomas y formas de hablar del extranjero” se impongan a los nuestros.

Que aprendamos a combinar desarrollo y crecimiento, con sostenimiento, no dejándonos deslumbrar por el futuro a corto plazo, sino pensando siempre en las mejores garantías para los que vienen detrás.

Que convirtamos esta isla en un punto de referencia, de paisaje, medioambiente, paz, serenidad, sin renunciar, por ello, a crecer y a un futuro mejor.

Que pensemos todos, gobernantes y pueblo en general, la enorme responsabilidad que adquirimos en el ejercicio diario de nuestra ciudadanía, y que como decían los clásicos “Finis Gloria Mundi est”, o dicho más llanamente, que todo es efímero, y al final se nos valorará por nuestro legado.

Que procuremos una sociedad más solidaria y justa, en la que todos podamos vivir, crecer y desarrollarnos como personas.

Que nos sintamos orgullosos de ser canarios y majoreros, amando, cuidando y respetando nuestro entorno, y en particular nuestra idiosincrasia.

En definitiva, proclamar que todos estos valores no son potestativos de nada, ni de nadie, y que con toda probabilidad, son asumibles por todos nosotros, independientemente de nuestro credo particular. Pidámosle, todo ello, con fuerza a nuestro patrón, que como tal hombre intelectual, mostrará una gran capacidad de comprensión y escuchará nuestras súplicas, más en tal día como hoy, que al conmemorar su festividad, como todos nosotros cuando estamos de fiestas, se mostrará, sin duda, generoso.

¡Majoreros, habitantes de Betancuria, canarios en general!, disfrutemos de la fiesta de san Buenaventura, que hoy comienza.









*Pregón año 2000*  
***Antonio Peña Rodríguez***



Ilmo. Sr. alcalde y corporación municipal de Betancuria

Ilustres autoridades civiles, militares y eclesiásticas

Señoras y señores

Hace algunas fechas me encontraba participando en un acto de la feria del libro de Puerto del Rosario, precisamente escuchando a un hijo de este pueblo, D. Pedro Ravelo Robayna, quien nos deleitaba con su fácil oratoria versando sobre la efeméride del Día del Libro, cuando se me acerca el Sr. alcalde de esta villa de Santa M<sup>a</sup> de Betancuria, D. Ignacio Gordillo Padrón, para invitarme a realizar el pregón sobre la festividad de san Buenaventura, patrono de nuestra isla de Fuerteventura, cuya imagen se venera en este municipio. Ante este ofrecimiento no podía negarme, atendiendo a dos motivos importantes.

Uno de familiaridad y amistad, no en vano, me unen lazos familiares por parte de mi esposa con las familias Padrón, Ruiz, García, Gutiérrez, etc., y un buen sin fin de amigos que se haría largo enumerar; y el otro, razones de vecindad y residencia en los últimos años de la década de los 60, dado que aquí viví y ejercí mi profesión de profesor de EGB.

Entiendo el pregonar como un canto, un gritar a los cuatro vientos de todo aquello relacionado con la festividad de que se trata. Y aquí tenemos que hablar de tres partes totalmente diferenciadas.

En primer lugar hablaremos sobre Fuerteventura, la isla que se incorpora a la Corona de Castilla. En segundo lugar, de Betancuria, y, por último, sobre san Buenaventura, patrono de la isla majorera.

Pues bien, por estas fechas se cumplen 595 años de la incorporación de Fuerteventura a la Corona de Castilla, llevada a cabo de la mano del normando Jean de Bethencourt. La historia hispánica de nuestra isla se debe fijar en 1405, alojándola también un 14 de julio. Pero a pesar de la fecha, cuentan las crónicas que en el mes de enero de aquel año y durante los días 18 y 25, dos grandes figuras de la isla, Guize que reinaba en Maxorata y Ayoze, rey de Jandía, se presentaban a Juan de Bethencourt en el fuerte de Rico-Roque. A partir de aquí, todos los majoreros de la época y habitantes de Fuerteventura acudieron en masa para hacerse cristianos a la capilla y bajo la advocación de santa M<sup>a</sup> de Betancuria, en el otro fuerte

llamado de Valtarajal.

Nuestro conquistador, aunque francés, se sujetaba estrictamente al ritualismo y a los usos de Castilla, pero hay un dato también relacionado con el 14 de julio, y en este caso atendiendo a los conquistadores que procedían de Francia, casi 400 años después de la incorporación de Fuerteventura a la corona de Castilla, en 1789 y ese mismo día en Francia se tomó la Bastilla, hecho cumbre de la Revolución Francesa, y hoy en día, se conmemora la fiesta nacional francesa. Son casualidades de la Historia.

No quiero cansarles con alusiones a las gestas lugareñas, puesto que los datos históricos se vienen repitiendo año tras año, pero sí quiero ubicar el lugar donde Jean de Bethencourt fundó una ciudad, un pueblo cuyo nombre guarda relación con el conquistador, Betancuria. Se encuentra en los contrafuertes de la cordillera central que divide Fuerteventura, defendida de los alisios atlánticos, de las miradas inquisidoras y piráticas de otros tiempos, bien guardada por los cerros del Morro de las Piedras, Morro Velosa, Morro de la Cruz, Morro de Taganana y el Morro de la Atalaya.

Esta villa y capital de la isla guarda en sus solares huellas inconfundibles de nuestras señas de identidad, mayores, canarias, españolas y europeas. En el convento de san Francisco y en la Iglesia de Santa M.<sup>a</sup> de Betancuria, se encuentran sepultadas grandes personalidades de aquellos tiempos, tal como D. Diego García de Herre-

ra, personaje ilustre y tal vez uno de los más relevantes del siglo XV, casado con Dña. Inés Peraza de las Casas, quien fortificó en África el puerto de Santa Cruz de Mar Pequeña, para defender a Canarias de las invasiones berberiscas, consiguiendo con ello establecer una cabeza de puente estratégica en territorio enemigo, lo que le dio carácter de personaje afamado.

La primera referencia testimonial a la celebración de las fiestas en honor de san Buenaventura, la encontramos en un acta de los acuerdos del Cabildo, que con fecha 9 de julio de 1625, recoge de puño y letra del escribano Melchor Durán Armas, la petición que hacían los vecinos para que se celebrase la fiesta del santo, el día 14 de dicho mes, en conmemoración del mismo día de 1405 en que fue ganada la isla para la Corona de Castilla. Ante ello observamos como se instituyen las fiestas con el refrendo de la corporación cabildicia y se marcan las pautas para la celebración, tales como que la procesión se haría alrededor de la ermita de san Diego, con participación del Cabildo Eclesiástico, quedando garantizada la proyección futura del acontecimiento. Aunque este testimonio data de 220 años después de la incorporación, se recoge asimismo que el Cabildo estaba informado por personas ancianas de que con anterioridad solía hacerse fiesta a san Buenaventura, por haberse ganado la isla en su día, por lo que la villa de Santa M<sup>a</sup> de Betancuria, hoy 14 de julio, celebra el 595 aniversario de su fundación a la que dio nombre su conquistador. Prueba de ello y donde

quedan reflejadas estas señas de identidad se recogen en el Real Decreto 2368 del 14 de octubre de 1978, por el que se aprueba el escudo heráldico del municipio de Betancuria, y se especifica que el escudo aparece partido para dar lugar a las armas de D. Juan de Bethencourt y a las armas de los Saavedra que fueron señores territoriales de la isla de Fuerteventura. A través de los tiempos se han escrito varias versiones relacionadas con la conquista de Fuerteventura, desde una escrita en 1904 por el escritor lanzaroteño Isaac Viera, quien se remontó a 499 años atrás y de una manera un tanto jocosa representa la conquista, llevada a cabo en Betancuria, escenificando un retrato del lugar y del conquistador.

Sin embargo a finales del siglo XVI, el ingeniero italiano Leonardo Torriani, escribe sobre Betancuria: “Esta Villa está situada en un valle estrecho, que cuando llueve, se halla atravesado por un pequeño río. Tiene 150 casas fabricadas rústicamente y sin orden. Hacia la parte del poniente, está dominada por una llanura espaciosa y cultivada, y en todos sus alrededores tiene montañas ásperas, que sólo sirven para pasto del ganado. Tiene dos iglesias, la parroquial de Santa M.<sup>a</sup> de Betancuria, de la cual tomó su nombre, y el convento de la Orden de San Francisco, llamado de San Buenaventura”.

Otra versión literaria recogida sobre Betancuria nos la ofrece el viajero francés Bory de Saint-Vicent quien escribe “Santa M.<sup>a</sup> de Betancuria, capital fundada por Bethencourt, que está en la parte septentrional a igual distancia

de las costas, en el fondo de un bonito valle compuesto por más de cien casas bastante limpias”.

Y así podríamos continuar recogiendo datos sobre Betancuria y su entorno, desde los escritos por el acerdiano majorero José de Viera y Clavijo, quien nos relata aspectos históricos y culturales del caserío. El médico francés René Verneau, relata tras cinco años de estancia en las Islas Canarias y también se ocupa de Betancuria: “La Villa es como una capital en miniatura donde se refleja como en múltiples espejos gastados por los años que aún parecen brillar en rincones y plazoletas de la antigua Diócesis, y en los amplios caserones nobiliarios hoy abandonados”.

La última referencia la encontramos en el libro de D. Miguel de Unamuno “De Fuerteventura a París” donde podemos leer: “Enjalbegada tumba es Betancuria / donde la vida como acaba empieza”. Allí hay olivos, almendros, palmas, una austera tristeza y todo ello blanco, muy blanco. Blancas de jalbegue las casitas, blanca la Iglesia, en que rezaban unas majoreras tocadas con sus mantillas blancas.

Decíamos no hay mucho que la conquista de la isla vino acompañada de una interesante orden religiosa, la franciscana, la cual pasó a regir los destinos de aquel primer convento, bajo la advocación de san Buenaventura ubicado en Betancuria.

Supieron los franciscanos desde un primer momento predicar el amor a los demás, sin distinciones de razas,



ni colores, ni posiciones sociales y todo ello desde la humildad y la pobreza, predicando con el ejemplo y con una gran alegría y optimismo, preparando a la población para recibir la cultura necesaria, que poco a poco iría expandiéndose más allá de nuestras fronteras. Y así se originaron nuevas rutas de navegación, el cruce de muchos pueblos y culturas, el aprendizaje de una serie de conocimientos técnicos y científicos que fueron haciendo de la isla todo un baluarte sin perder su identidad.

Por su parte, san Buenaventura ha sido uno de los santos más preclaros que ha tenido la religión católica. Fue un hombre humilde de la orden franciscana que llegó a desempeñar las más altas magistraturas de la carrera religiosa, hasta el punto que fue nombrado Padre de la Iglesia, honor que sólo unos pocos han sido capaces de alcanzar: San Agustín, Santo Tomás de Aquino y Santa Teresa de Jesús.

Fue un estudioso de los clásicos: Aristóteles y Platón, destacando por sus escritos teológicos, filosóficos y religiosos. Llegó a Cardenal de Albano y cuenta la tradición que cuando los representantes del Papa fueron a comunicarle su nombramiento, estaba fregando los platos de su convento. Fue poco amigo de honores y distinciones.

Sin embargo, llegó a formar parte de varios concilios: Florencia, Lyon, Constanza; y asimismo llegó a conocer a papas como Gregorio X o Inocencio V. Sin embargo, la faceta que más nos interesa destacar hoy es la de hombre de letras, licenciado primero y luego profesor, cate-

drático en la Universidad de París. Hombre con una gran sensibilidad hacia los demás y con una gran preparación pedagógica para que lo que intentaba transmitir llegase de la mejor manera posible a la mayor cantidad de oyentes.

Obtuvo el grado de doctor y desempeñó el cargo de general de su Orden. Por lo tanto puedo pregonar que Fuerteventura posee un patrono de lujo, dado que a sus condiciones naturales de hombre de bien, humildad y a su capacidad de entrega a los demás, une una alta preparación intelectual.

Hasta aquí he intentado describir todo aquello relacionado con esta efeméride, esto es la fundación de Betancuria, san Buenaventura y la incorporación de Fuerteventura a la Corona de Castilla, pero en nuestra isla hay dos etapas bien diferenciadas, aquella que va desde la incorporación hasta 1.960 y la otra época desde el 60 hasta nuestros días.

De sobra es conocido que nuestras gentes desde siempre han mirado al cielo en busca de las lluvias que pocas veces han llegado para que nuestros campos, nuestras tierras, diesen el fruto apetecido.

Es por ello que esta primera etapa fue una época de miseria y de incertidumbre y todo por la falta de agua, haciendo que muchos convecinos se desplazaran a otras islas del archipiélago en busca de la supervivencia. Recuerdo estampas no tan lejanas en que buques de la Armada Española nos traían agua para saciar nuestra sed,

así como viejos “correillos” de Transmediterránea que también nos auxiliaban transportando parte de nuestros alimentos y correspondencia.

Nos cuenta Viera y Clavijo que habiendo falta de lluvias que se repetían varios años, se renovaba siempre el triste espectáculo de años anteriores, nuestros pobres habitantes, como ahuyentados por el azote del cielo, abandonaban la estéril patria y en grupos se derramaban por las demás islas para buscar el sustento necesario. Se vieron familias consumidas de hambre y sed, desembarcar como langostas en los puertos de Gran Canaria, Tenerife, La Palma y aún El Hierro. Las naves que solían volver de Fuerteventura llenas de trigo y cebada en los años de lluvia, no llegaban en los años de escasez con la misma mercancía sino cargadas de mujeres, niños y hombres. Habían vendido sus tierras después de haber visto perecer sus mejores ganados y agotar sus reservas de cereales.

Es por ello que a ésta isla se le denominaba cenicienta del archipiélago y fue por los años cincuenta cuando algún que otro ministro y gobernantes se planteaban el trasladar y repartir la población de Fuerteventura a otras islas del archipiélago.

Pero por fin con la llegada de la década de los 60, el perfil de la isla cambió su rumbo, su historia, y comenzó un futuro claro, lleno de esperanzas con la desaparición de la miseria, el hambre y la emigración.

Casi finalizando los años sesenta, dos grandes acon-

tecimientos afloran en nuestra isla y que sería el revulsivo de nuestra Fuerteventura y con ello la anhelada riqueza esperada por todos: la primera planta potabilizadora devolvió a nuestro pueblo la seguridad perdida durante siglos. Y la segunda gran obra: nuestro aeropuerto internacional que gracias a él Fuerteventura hoy es conocida en el mundo entero.

Treinta y pocos años después, varios millones de visitantes deambulan por la isla compartiendo todo lo que tenemos: tranquilidad, paz, buenas y benignas playas, y como no, ese maravilloso sol, que dan esplendor y solemnidad a toda la isla. Ya con las obras anunciadas vinieron otras tales como ampliación de puertos, carreteras, electricidad, cemento, etc., todo ello de suma importancia para el desarrollo y desenvolvimiento de Fuerteventura.

Así es nuestra tierra, sencilla y llana, austera y humilde como nuestras ermitas blancas y pequeñas. Hoy el majorrero pone su vista sobre el horizonte marcando una pauta sin prisa pero sin pausa en busca de un mejor mundo para nuestros hijos y admiración de nuestros visitantes.

Aquí existió y existe un pueblo canario y español, un pueblo atlántico que sabe de miserias y abundancias, y al ser conocedores de lo nuestro tenemos que realzarlo pregonándolo por todas partes pero siempre respetando nuestra identidad e idiosincrasia.

La historia es necesario conocerla. En el siglo IX antes de Cristo, Homero ya fijó en las Canarias el lugar de delicias y placeres. También los fenicios la denominaron

tierra de placer y alegría. Hoy, casi en los inicios del siglo XXI, Fuerteventura hace realidad las fantasías de Homero. Tres millones de europeos confirman éste placer, se alegran y disfrutan de sus playas, de su gastronomía y de todas aquellas delicias que la isla nos ofrece.

Tal vez nos falta algo importante por lograr, que nuestros campos y montes se vean poblados forestalmente evitando con ello la erosión de nuestras tierras y deslizamientos hacia el mar, repoblación forestal que ya se pide a gritos y que yo me uno haciéndola llegar a nuestras autoridades, porque Fuerteventura verde será el otro gran tesoro que podremos ofrecer al visitante.

Que san Buenaventura nos escuche y que los planes que las autoridades tienen para Betancuria se hagan realidad para que Fuerteventura camine en ésta línea de prosperidad que nos hemos marcado.

¡Felices Fiestas!









*Pregón año 2001*

***Ramón Paniagua Perdomo***



Autoridades, señoras y señores, distinguidos vecinos de nuestro querido pueblo de Betancuria.

Quiero presentar mis respetos a la ltma. corporación municipal y en particular a su alcalde, D. Ignacio Gordillo, quien se acordó de mí, invitándome a pronunciar el pregón de las fiestas de Betancuria, san Buenaventura, patrono de la isla de Fuerteventura.

Con la elaboración del texto de este pregón, que marca el comienzo de la celebración del día de san Buenaventura, no sabía como acometer esta ardua tarea. Ahora bien, ha podido más la relación cordial que mantengo con el alcalde, que el miedo a verme ante semejante trance, o el temor a no estar a la altura de celebración de tal magnitud.

Este año celebramos el 596 aniversario de la funda-

ción de esta villa, a la que dio nombre su conquistador.

Betancuria, el término municipal más pequeño de la isla pero más grande en historia, se incorpora en 1405 a la Corona de Castilla, en manos de Enrique III. La seguridad que ofrecía su ubicación dio lugar a que, ya en el siglo XV, fuera elegida como residencia señorial.

Convertida en centro político-administrativo de Fuerteventura y residencia de los sucesivos señores de la casa de Saavedra hasta fines del siglo XVII, imprimieron a la villa cierto auge económico.

Su historia no está exenta de la invasión berberisca de 1593 siendo saqueada por el pirata Xabán. La buena situación estratégica en lo militar contrasta con una reducida extensión de sus tierras cultivables, y a medida que se produce un aumento de la demanda de granos en el mercado interinsular, la población de desplaza a otras comarcas y pueblos que disponen de extensas llanuras cerealistas.

Ya el siglo XVII supone un estancamiento económico-social de Betancuria y el siglo XVIII significará su decadencia política.

La aplicación del decreto de las Cortes de Cádiz, que autorizó la creación de los modernos municipios a partir de la segregación del antiguo municipio-isla, significó que Betancuria dejó de ser el único municipio de Fuerteventura, y con la desaparición del antiguo Cabildo también cederá la capitalidad insular desde 1835.

En cuanto a su historia, en 1414, misioneros francisca-

nos procedente de Castilla se establecen en Betancuria, creando el único convento con que contará la isla a los largo de los siglos. Se coloca bajo la advocación de san Buenaventura, quien en 1625 será declarado patrono de la isla, debido a que el día en que se celebra su festividad, el 14 de julio, se incorpora a la Corona de Castilla.

San Buenaventura nació por el año 1218 en Toscana, Italia, falleciendo la madrugada del 15 de julio de 1274 a los 56 años de edad.

Entre sus virtudes destacan la humanidad y la pobreza y, sobre todo, la caridad pues frecuentaba hospitales para consolar y poder curar hasta con sus propias manos. En el desempeño de su cargo brillaron siempre su prudencia, su llaneza y amor de padre en atender a sus fieles de cualquier categoría que fuesen.

Como anécdota se cuenta que fray Gil, el que fue compañero de san Francisco, preguntó una vez a san Buenaventura si los ignorantes podían amar a Dios tanto como los sabios. Naturalmente – le respondió el santo-. Una mujercilla sin letras puede amar a Dios más que un sabio doctor de la Iglesia.

Encantado con la repuesta, fray Gil corrió a la puerta del convento y empezó a gritar:

-Escuchad, buenas mujeres: ¡Vosotras podéis amar a Dios más que fray Buenaventura!

El Papa Sixto IV lo canonizó el año 1482. En 1588, Sixto V lo proclamó doctor de la Iglesia, asignándole el título de doctor seráfico.

Acercándonos en el tiempo, Betancuria ha sido cuna de personajes históricos como Sebastián Trujillo Ruiz, y lugar de interés y de obligada visita de historiadores, viajeros y personalidades del mundo de las letras.

La observación de su enclave y datos de sus moradores nos lo encontramos a lo largo del siglo XIX y XX, a los que este pregonero quiere hacer referencia con breves pinceladas. Esto nos llevará a demostrarnos que somos un pueblo con pasado, presente y futuro.

Pascual Madoz en su Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico recogía sobre Betancuria hacia 1845-50: “Situada al Norte de la isla en el fondo de un largo barranco coronado de cerros. Tiene más de 100 casas, la mayor parte fabricadas de piedra con puertas y ventanas ojivas. Las calles son angostas y mal alineadas, y todo presenta un aspecto gótico y de antigüedad; hay una escuela de primera educación pagada por los fondos de propios y una iglesia parroquial (Ntra. Sra. de la Concepción), servida por un beneficiado con nombramiento del prelado, un sochantre, un sacristán, un organista y tres monaguillos: el edificio es capaz y hermoso y está fundado sobre el solar de la primera capilla que en las Canarias mandó construir su conquistador en 1410... El aspecto grave y gótico de Betancuria y su aislada situación en un valle solitario, han influido de un modo admirable en las costumbres de sus habitantes; aún se conserva entre ellos el tipo originario de los conquistadores y algunas costumbres antiguas normandas, que Betencourt estableció en

su corte”.

Más tarde la inglesa Olivia M. Stone en su libro “Fuer-teventura 1884”, nos proporciona con una visión más aguda los aspectos cotidianos de la isla: “Montañas bajas limitan el horizonte en todas las direcciones y entre ellas, extensos llanos ondulados. Girando directamente en redondo... la vista cambia de forma, aunque no de color. Justo debajo de nosotros se encuentra la pequeña ciudad de Betancuria, la antigua capital de la isla. Las casas apiñadas al pie, no han trepado nunca por los lados. La vista es restringida, ya que la villa queda entera y casi totalmente cercada por terreno escarpado... Nunca, excepto en dos o tres ocasiones, mantuvimos conversación alguna con las mujeres... y si exceptuamos las casas de aquellos de noble estirpe, nunca se sentaban a la mesa con nosotros. Frecuentemente se formaba una tertulia en la que estaban presentes sólo hombres. Una o dos veces, incluso, ni tan siquiera lográbamos ver a las mujeres hasta que nos retirábamos de noche”.

En 1888 el doctor René Verneau recoge: “Santa María de Betancuria es una capital muy pobre. Apenas tiene 400 habitantes. Situada al fondo de un gran barranco, rodeada de altas montañas, posee una pequeña extensión de terrenos cultivados. Pero, en cambio, tiene dos edificios que los naturales muestran con orgullo a los extranjeros. Son la iglesia y el convento de franciscanos”.

El escritor lanzaroteño Isaac Viera en su visión muy particular sobre Betancuria dirá a principio del siglo, en

1904, lo siguiente: “El pueblo que existe más allá de la Antigua, en medio de altas montañas y avanzado por un profundo barranco cubierto de palmeras y silvestres cañas con vetustas casas de corte genuinamente normando, con una hermosa iglesia de tres naves, claras y amplísimas, cuya sacristía es una verdadera joya artística por su espléndido artesanado que envuelve al alma en un marco de belleza y majestad”.

Miguel de Unamuno durante su estancia en Fuerteventura visitó Betancuria, exactamente el uno de junio de 1924, acompañado de varios amigos, entre ellos Ramón Castañeyra y Crawford Flitch. En su obra “De Fuerteventura a París” recoge: “Está la villa, cuyo nombre recuerda a Juan de Betencourt, el descubridor y conquistador de Fuerteventura, en el fondo de un estrecho y cerrado valle, casi un barranco, y rodeada de escuetas y peladas montañas. Allí hay olivos, almendros, palmas, una sobria tristeza y todo ello blanco, muy blanco.

En las casitas había macetas de geranios, que ponían su canto rojo en el silencio blanco. Sobre una de las montañas, en su cuchilla, se destacaba en el cielo, al volver nosotros, el contorno esquinado de un camello, con el cuello abatido al suelo y buscando acaso una esquelética aulaga para la rumia”.

A mediados del siglo XX comienza a consolidarse el casco histórico-turístico que hoy podemos admirar. Ello ha venido de la mano de una serie de personas que con su labor han hecho posible esta tarea, y que para no can-



sarles menciono someramente. El que fue coronel, D. Roque Calero, a su paso por el Cabildo de la isla, consiguió abrir una pista, por el norte de Betancuria, que une este pueblo con Puerto del Rosario, acortando una distancia de 35 kilómetros, al no tener que dar el recorrido que se hacía dando la vuelta por Antigua, Tuineje y Pájara.

Igualmente, el Museo de Betancuria fue fundado el año mil novecientos cincuenta y cinco por el señor D. Roque Calero Fajardo, natural de Casillas del Ángel, durante los tres años que actuó de presidente del Cabildo. El edificio lo consigue por medio de unos parientes suyos, residentes en Venezuela (Hermanos Martín Fajardo) a quienes pidió, para fundar un museo, una finca que fue de sus difuntos padres. Los terrenos fueron donados con la conformidad de los siete hermanos con la condición de que este centro llevara el nombre de su padre “Eduardo Martín Romero”.

Otras obras, más o menos acertadas, que han dejado huella en el casco histórico de Betancuria son las realizadas por el juez de primera instancia, D. Roberto Roldán Verdejo, natural de Tenerife, y definido en otros tiempos como un enamorado de las cosas antiguas. Es hijo predilecto de Betancuria, donde existe una calle con su nombre.

Hoy, familias como los Méndez, Pérez, Robayna, Silveira, Cerdeña, Ravelo, Fajardo,... etc., conforman la sociedad de la Betancuria actual, con hombres y mujeres de talla que han escrito páginas en nuestra historia reciente.

Tal es el caso de D.<sup>a</sup> Dolores Fajardo Negrín, maestra de profesión, escritora de vocación y madre del que fuera presidente del Cabildo. Otra mujer que merece mención es D.<sup>a</sup> Amparo Torres Pérez, la que fue 1<sup>a</sup> alcaldesa de Betancuria.

Para finalizar, podemos decir que Betancuria es un pueblo turístico, pero sin influencia turística; paso obligado del visitante, que encuentra entre sus muros conventuales una paz, recogimiento y sosiego, difícil de conseguir en este mundo actual cargado de prisas y sobresaltos.

Yo personalmente he podido comprobar y he podido sentir, junto con mi familia, la paz y tranquilidad tan características de esta villa. Muchos de ustedes, que me conocen desde hace tiempo, saben que vengo por aquí como mínimo dos veces al año a pasar algunos días. Mis hijos han recorrido estas montañas desde que empezaron a caminar, conociendo ya cada palmo de tierra de este bonito y entrañable lugar.

Betancuria, éste que te habla, este humilde pregonero, quiere desearte de todo corazón que sigas conservando el silencio de tus paredes, roto acaso por el sonido del viento soplando entre los árboles... Esos lugares entrañables, huella de los antiguos franciscanos que se asentaron en tu seno y que sólo a través de la imaginación podemos evocarlos, reconstruyendo el pasado perdido.

Les deseo a todos, felices fiestas de san Buenaventura 2001.





*Pregón año 2003*

***Centro de Mayores de Betancuria***

*(Redactado por Luz Marina Padilla Ruiz)*



Muy buenos días Sr. alcalde y corporación municipal, autoridades, vecinos y todos los que nos acompañan en este día tan especial. Bienvenidos a este pregón en honor a nuestro patrón san Buenaventura.

Es un orgullo para los mayores de Betancuria que este año, desde la institución municipal, nos hayan invitado a ser los pregoneros de nuestras fiestas. Es por ello que les damos las gracias a toda la corporación municipal por concedernos este honor.

Nos encontramos en este recinto sagrado para exaltar las fiestas en tu honor san Buenaventura, patrono de nuestra isla, antiguamente Herbania, y que nos sentimos dichosos de albergarte en nuestro valle histórico.

Evocar, en primer lugar, el noble gesto de aquel pueblo primitivo acaudillado por Guize y Ayose, que después

de tenaz lucha, hubo de renunciar a su libertad, costumbres y religión, para incorporarse a la cultura occidental siguiendo los consejos de la sacerdotisa Tibiabín.

Continuando con el acontecer histórico, también hablaremos del normando Jean de Bethencourt, el cual estableció su administración en el Valle de Valtarajal, topónimo que el conquistador reemplazó por el de villa de Santa María de Betancuria.

Contemplando los restos del viejo convento franciscano, en la paz de los siglos que arroja las góticas arcadas y restos de su antigua reconstrucción, realizada en 1460 bajo el patrocinio de los Herrera-Peraza, nos parece percibir los ecos de los venerables pasos de los siete frailes que lo edificaron, portando los materiales sobre sus hombros. Terminada la edificación, quedó bajo la advocación de san Buenaventura.

Al tomar posesión de la isla los esposos Herrera-Peraza, se encontraron amotinados a los habitantes de Fuerteventura, cansados de aguantar la persecución de recaudadores insaciables que los tenían acosados económicamente.

Los nuevos señores lograron apaciguarlos prometiendo una justa administración. Este episodio ocurrió el 14 de julio de 1456, festividad de san Buenaventura, por cuya razón este santo quedó nominado patrono de la isla.

Esta fecha, por voluntad de los señores Herrera-Peraza, fue elegida para conmemorar la incorporación de Fuerteventura a la Corona de Castilla. En 1665 Fray An-



drés de la Concepción, franciscano, trae a la isla una imagen de san Buenaventura.

A medida que se va marchando el mes de junio, con el que comienza el preludio veraniego, y da paso a julio, mes que nos proporciona las bendiciones propias de su género: luz, calor y su mejor tesoro, la emblemática fiesta en honor a san Buenaventura.

Consideramos a dicho mes de julio como uno de los más significativos del año, tanto para los vecinos de Betancuria como para los de adopción; es difícil explicarlo, pero se podría resumir en una frase: Betancuria desprende un aire cálido y festivo, en definitiva, diferente.

Es en esta época donde más se hace presente la dualidad de la propia vida. La consideramos dulce por los momentos que han de vivirse, dichosa por la llegada de los familiares que vienen a pasar sus vacaciones y disfrutar momentos entrañables y, como no, compartir una mesa donde el olor a puchero es esencial para llenar esos momentos de gloria. Inconmensurable la ilusión de los niños que corretean por la plaza y calles del pueblo; emocionante contemplar como toda una comunidad vuelve a sentirse protegida bajo la advocación de su patrón; en fin, incomparable marco de luz, color, olor... para todo aquel que en estos días a Betancuria se asoma.

Son unas fiestas entrañables para los que las sentimos de verdad. Te encuentras con los tuyos, con tus raíces, recuerdos y sentimientos.

Son muchas las cosas que me vienen a la memoria,

esas personas caminando por las calles; las convocatorias matutinas para preparar los festejos a celebrar; las reuniones en torno a una mesa, a una plaza o simplemente alrededor de una parranda donde nuestra música inundaba el aire. Esos pasos lentos y cansados de nuestros mayores que también se acercaban a compartir sus fiestas, y donde una ligera brisa acariciaba sus rostros acalorados por el camino, dirigiendo su mirada a la catedral de Santa María de Betancuria, la meta a la cual tienen que llegar.

La villa pone especial empeño en la conmemoración de estos días de fiestas, reflejada en la confección del programa de actos y en la participación de todos los vecinos.

Las personas que nos visitan en estos días reciben el cariño y la hospitalidad que nos caracteriza, y se llevarán una imagen acogedora e impregnada del incomparable sabor de sus rincones y sus gentes.

Sólo nos queda desear que hayan disfrutado desde el comienzo de las fiestas y hasta que finalicen las mismas, y que nuestras calles sean como una gran casa sin puertas, porque no hay mejor hogar que una calle cuando es casa de todos.

Felices fiestas en nombre de todos los mayores de municipio de Betancuria, y esperamos que el próximo año nos encontremos todos nuevamente en este hermoso santuario que acoge a nuestro patrón.

Gracias por habernos acompañado.

## *POESÍA*

*Cuando visito Betancuria  
el alma se me engrandece,  
la agonía de la tarde  
que bonita me parece;  
el recuerdo de mis padres  
lo que más me enorgullece.*

*Como se fueron secando  
en el huerto las higueras,  
se secó el cañaveral,  
se secaron las tuneras.  
¡Como se ha ido quemando  
el corazón de mi tierra!*

*Dicen que Dios nunca duerme,  
pero se que está dormido,  
el campesino rompiendo  
el aire con sus suspiros.  
A este campo majorero  
lo tiene Dios en olvido.*

*Quién tuviera una escalera  
para subir a lo alto,  
¡Dios mío, quien la tuviera  
para romperles el manto  
a esas nubes que se duermen  
debajo del cielo santo!*







*Pregón año 2004*

***Rosario Cerdeña Ruiz***





## *HUELLAS DE LA MEMORIA*

Señor alcalde de Betancuria, ilustrísimas autoridades, señoras, señores, amigas y amigos:

En primer lugar quiero agradecer al Sr. alcalde de Betancuria, don Ignacio Gordillo, que me haya invitado a ser la pregonera de esta edición de las fiestas en honor de san Buenaventura, patrono de nuestra isla. Confieso que ejercer de pregonera de estas fiestas es para mi un honor, al mismo tiempo que supone un gran aprieto, que me he propuesto superar porque, como majorera, no puedo rechazar la invitación que me hace el alcalde del municipio en el que nací y me crié, ni la oportunidad que se me brinda de compartir con ustedes esta celebración.

Como sabemos, la función de los pregoneros, desde

antiguo, ha consistido en comunicar en lugares públicos las noticias, acontecimientos, avisos y convocatorias, así como narrar las gestas de los héroes y de los pueblos, o recitar historias épicas o literarias en las celebraciones; es decir, transmitir todo aquello que interesaba a las gentes.

En esta ocasión, por mi afición al oficio de historiadora, y también por deformación profesional, puesto que me ha tocado trabajar en temas culturales, les ruego que me permitan dedicar este pregón a contar algunas pinceladas sobre nuestro patrimonio cultural; patrimonio cultural que está constituido por una gran diversidad de elementos tangibles e intangibles, que, en su conjunto, constituyen las huellas de nuestra memoria, las huellas que han ido dejando a lo largo de los siglos las mujeres y los hombres que nos han precedido en el tiempo, y que conforman nuestra identidad cultural como pueblo.

Pero antes de comenzar un breve recorrido por las huellas de nuestra memoria considero necesario que repasemos, aunque sólo sea someramente, algunos episodios de nuestro devenir histórico que nos ayuden a enmarcar y a entender las huellas a que me refiero.

Podemos comenzar recordando el origen de la celebración que hoy nos convoca aquí: la fiesta en honor de san Buenaventura, devoción difundida en la isla por los franciscanos.

Hace 379 años, es decir en el año 1625, se reunía aquí, en Betancuria, el Cabildo de la isla -que solía ce-

lebrar muchas de sus sesiones en el coro que podemos observar a los pies de este templo-, para deliberar sobre una representación -que equivale a la actual moción-, presentada por el personero general de la isla, representante de los vecinos en el Cabildo.

En su representación el personero decía que, consultados los vecinos más ancianos, se tenía memoria de que desde antiguo se había celebrado la fiesta de san Buena-ventura, debido a que en su día se había ganado la isla para la Corona de Castilla. El Personero proponía que se institucionalizara la fiesta, y la corporación cabildicia así lo acordó, nombrando patrono al santo franciscano.

Así pues, el acuerdo del Cabildo aludía a un hecho histórico: la conquista de la isla por los normandos, bajo el patrocinio de la Corona castellana, episodio histórico que se desarrolló a comienzos del siglo XV, hace ahora 600 años, y que se enmarcó en el proceso de expansión que había iniciado Europa en la baja Edad Media.

Los conquistadores normandos al llegar a nuestra isla la encontraron habitada por una población de origen africano, con un horizonte cultural neolítico. Aquella población fue la primera formación sociohistórica de la isla y hasta el momento de la conquista había desarrollado una existencia aislada, sólo alterada por esporádicas recaladas de aventureros, traficantes y misioneros europeos.

La conquista, como todas las conquistas de los pueblos, fue cruenta y cruel y supuso un proceso de genocidio y etnocidio de la sociedad indígena. Se produjo un

descalabro demográfico de aquella comunidad debido a factores como el tráfico esclavista, la introducción de enfermedades desconocidas en la isla hasta entonces, las acciones militares y la ruptura de las unidades familiares indígenas. Paralelamente se produjo un proceso de aculturación que significó la aniquilación de los valores sociales y culturales de la sociedad aborígen, que dada su debilidad tecnológica frente al invasor opuso débil resistencia.

A estos procesos se añadió otro de integración, asimilación y sincretismo sociocultural como consecuencia de la llegada de pobladores de diversos orígenes durante el periodo de colonización.

Podemos imaginar la Fuerteventura de entonces; era, al igual que el resto de las Canarias durante el periodo de conquista y colonización, una tierra frontera, la primera frontera ultramarina de Castilla, en la que transitaban indígenas, esclavos de origen bereber y de diferentes etnias negras, y europeos de diversa procedencia y credo.

En definitiva, una sociedad multiétnica y no homogénea en sus valores sociales y culturales, de cuya simbiosis fraguó la sociedad isleña, tras un proceso de sincretismo sociocultural e ideológico, orientado a resaltar los valores que habían de dar uniformidad a aquella comunidad diversa.

La dinámica de este proceso de simbiosis es bastante desconocida y se prolongó en el tiempo al menos hasta el siglo XVIII, con la incorporación y trasiego de gentes,

valores e influencias de Europa, África y América. Pese al desconocimiento a que aludimos, cabe pensar que dicho proceso se basó en la creación de instituciones y mecanismos de control ideológico y sociopolítico, que no pudieron ser otros que los propios de los grupos dominantes. Así, las instituciones creadas fueron las propias de Castilla y más concretamente las de la baja Andalucía, de donde procedían los señores territoriales, muchos conquistadores y buena parte de los colonos.

En el caso de Fuerteventura, aunque inicialmente se implantaron algunos usos y costumbres traídos por los conquistadores normandos, pronto, con la incorporación de la isla a la Corona de Castilla, se impusieron el derecho, las instituciones y costumbres castellanas.

La cohesión en el plano cultural e ideológico correspondió a la Iglesia católica, a través de los misioneros, el clero y las instituciones religiosas: diócesis, parroquias, Santo Oficio de la Inquisición, conventos.

El proceso de sedimentación de aquella sociedad multiétnica, además de lento, hubo de ser necesariamente doloroso y debió estar preñado de tensiones. Coinciden los estudiosos en señalar que a finales del siglo XVI y primeras décadas del XVII, periodo en el que ya se había implantado el nuevo modelo económico y el nuevo ordenamiento jurídico, político, administrativo e institucional, eclosionó la primera sociedad canaria; es decir, los canarios comenzaron a sentirse y a autodenominarse canarios, isleños, en un momento en que ya habían iniciado

la aventura de la emigración a América.

Aquella primera sociedad canaria trató de buscar las señas de su identidad como comunidad en las manifestaciones culturales, realizando un esfuerzo analítico y creador que se debatió entre el indigenismo y el europeísmo. Las gentes de diferentes procedencias llegadas a las islas mantuvieron los contactos con sus zonas de origen, y la actividad mercantil con el exterior también propició la penetración de las corrientes culturales europeas, a las que se añadieron las influencias americanas de retorno como consecuencia del proceso migratorio.

De este modo, se desarrolló en las islas una cultura esencialmente europea, caracterizada por la implantación de las corrientes estéticas y de pensamiento del viejo continente, aunque con la particularidad de que llegaban con retraso y perduraban cuando ya se habían extinguido en sus zonas de origen. También caracterizaron el desarrollo de esta cultura, por un lado, su desigual implantación en todas las islas e incluso dentro de cada territorio insular, dado que obviamente dependió de las circunstancias socioeconómicas y políticas de cada una de ellas; y, por otro lado, su convivencia con una compleja cultura popular, fruto, asimismo, de la síntesis de las tradiciones culturales de los distintos grupos humanos que se dieron cita en el territorio insular.

Las expresiones de esta cultura que han llegado hasta nosotros constituyen el patrimonio cultural canario, las huellas de nuestra memoria colectiva a que me refería

anteriormente y que ya pasamos a reseñar.

Para ello nos vamos a centrar en nuestra isla -pues sería muy pretencioso querer abarcar aquí ahora a todo el archipiélago-, y vamos a hacer un recorrido a lo largo del tiempo para mencionar algunos de los elementos que constituyen las huellas de nuestra memoria colectiva en los diversos ámbitos de la cultura, sin ánimo de realizar un inventario exhaustivo, puesto que ello excedería de nuestra capacidad y del tiempo razonable para un pregon.

En el campo de la arquitectura la comunidad aborígen nos legó sus poblados, sus casas construidas de piedra seca, las casas hondas, las cuevas acondicionadas para vivienda y las construcciones ganaderas como gambue-sas, toriles, goros y corrales, que aparecen en muchos puntos de la geografía insular. Entre los poblados aborígenes podemos mencionar, a modo de ejemplo, el poblado de La Atalayita, en Pozo Negro.

La arquitectura desarrollada en la isla después de la conquista se caracterizó por la adaptación al medio insular de múltiples influencias, de forma que no podemos hablar de estilos arquitectónicos puros, sino de edificaciones que presentan elementos arquitectónicos de diferentes lenguajes artísticos, que conviven en los edificios con un sentido ecléctico.

El estilo artístico en boga en Europa en el momento de la conquista era el gótico y siguiendo sus pautas construyó Jean Le Maçon, la primera iglesia de Betancuria,

por orden del conquistador Jean de Bethencourt. Aquella iglesia fue destruida en 1593 por las hordas berberiscas del arráez Xabán y reedificada a lo largo del siglo XVII. En las obras de reconstrucción intervinieron varios artífices, que aportaron al edificio elementos decorativos de los lenguajes gótico, mudéjar, renacentista y barroco. En las fases iniciales de la reconstrucción trabajó en el templo el maestro Juan de Palacios, al que se atribuyen la proyección del edificio en tres naves, el arco apuntado de la bóveda de crucería del baptisterio y el arco conopial de la sacristía.

También con el lenguaje gótico se relacionan la ventana con arco conopial polilobulado que está en la pared este de esta iglesia, el arco apuntado de la cripta y las ventanas conopiales de la torre.

Además de en este templo en que nos encontramos, en Betancuria hallamos elementos propios del lenguaje gótico en algunas viviendas particulares, en la ermita de san Diego, que cuenta con una puerta de arco apuntado y en las ruinas de la iglesia conventual, donde también podemos contemplar un arco mixtilíneo en una ventana. En la iglesia de Nuestra Señora de Regla de Pájara también se conservan restos de una bóveda de crucería en la capilla bautismal y dos arcos ojivales, que dan acceso a las capillas mayores.

El lenguaje clásico se encuentra reflejado en las portadas de esta iglesia de Betancuria, Ntra. Señora de Regla en Pájara, Ntra. Señora de la Candelaria de La Oliva y



Ntra. Señora de la Peña, si bien a los esquemas clásicos de estas fachadas se añaden elementos decorativos propios del barroco, estilo este último al que también se adscribe la fachada de la iglesia de Casillas del Ángel.

El estilo que constituye una invariante de larga duración es el mudéjar, que formaba parte de la cultura del contingente humano que se asentó en la isla después de la conquista. Este lenguaje aparece reflejado en el esquema constructivo de todas las iglesias y ermitas de la isla y especialmente en las cubiertas, donde es absoluto el predominio de las armaduras mudéjares, en artesa u ochavadas, con mayor o menor decoración, dependiendo de la riqueza de cada templo. Entre ellas destaca por su belleza la cubierta de la sacristía del templo en que nos encontramos.

En cuanto a las tipologías, existe una clara diferencia entre las iglesias cabecera de parroquia y las ermitas de los pueblos. Las primeras presentan mayor envergadura y entre ellas podemos distinguir los templos de triple nave como esta iglesia de Betancuria y la de La Oliva; de dos naves como las de Pájara, Tuineje y san Diego de Betancuria; y de nave única como las de Casillas del Ángel, Tetir, La Antigua y Puerto del Rosario.

La veintena de ermitas históricas con que cuenta la isla presentan un esquema arquitectónico más sencillo, con nave única, sencillas armaduras de tradición mudéjar, puertas de medio punto, cantería en vanos y esquinas, sacristías adosadas y sencillas espadañas. Algunas,

como las de san Diego de Betancuria, Agua de Bueyes, Triquivijate, Tiscamanita, La Ampuyenta y Tefía están rodeadas de recintos amurallados, las denominadas barbacanas, cuya función parece ser que era evitar que los ganados, tan abundantes en la isla, invadieran el espacio sagrado.

En el ámbito de la arquitectura civil podemos diferenciar entre las viviendas campesinas, caracterizadas por su rusticidad y sencillez, con una sola planta de tipología rectangular o bien en forma de L o de U, en ocasiones con sobrado, paredes de piedra vista o enfoscadas y albeadas, pocos vanos y techos de torta; y las casonas de las clases más acomodadas, de mayor envergadura, con plantas cuadrangulares, mayor número de habitaciones, patios, numerosos huecos, una o dos alturas, techumbres de tejas, balcones, cantería, solados de madera, es decir, con unas características semejantes a la casa burguesa rural de Andalucía, Extremadura y Castilla

Las edificaciones de carácter civil más relevantes de la isla son la Casa de los Coroneles y el hospital de La Ampuyenta, construidas en los siglos XVIII y XIX respectivamente y de estilos muy diferentes.

Los ejemplos de arquitectura militar que han llegado hasta nuestros días son las torres defensivas de Caleta de Fustes y del Tostón, en El Cotillo.

La arquitectura de carácter preindustrial está representada por edificaciones vinculadas a actividades económicas como las viejas tahonas; los molinos de gofio, que

aportan una nota singular a nuestro paisaje; los numerosos hornos de cal dispersos por toda la isla; las salinas, de las que sólo se conservan enteras las de El Carmen; y las tenerías, de las que queda un interesante ejemplo en Pájara.

En el campo de las artes plásticas las huellas más antiguas están representadas por los grabados rupestres de los aborígenes, entre los que sobresalen las diversas estaciones de podomorfos localizados en distintos puntos de la isla, cuya significación aún no ha sido definitivamente descubierta.

Las obras de carácter plástico posteriores a la conquista se caracterizan por su sello religioso. En su formulación se observan las directrices del Concilio de Trento, aflorando el sentido devocional y didáctico, ya que se trata de un arte orientado a instruir y enseñar a los fieles. Además se percibe la gran influencia ejercida por la orden franciscana, única que se estableció en la isla, y, en menor medida, la de la orden dominica, cuyos frailes acudían a predicar en los pueblos del norte de nuestra isla, procedentes del convento que tenían en Lanzarote.

En general en Fuerteventura predominan las obras de factura popular, realizadas por artesanos, aunque también existen obras de gran calidad artística, ejecutadas por escultores diestros en el arte de esculpir. En cuanto a los estilos predomina el barroco, si bien también contamos con valiosas obras de otros estilos artísticos. La nómina de obras es muy extensa, por lo que, a modo de

ejemplo, sólo mencionaremos algunas de las más destacadas en cada campo artístico.

Centrándonos en el campo de la escultura, una de las tallas más viejas es la denominada Virgen de la Aldeita hallada en un tubo volcánico en La Oliva, junto a fragmentos de cerámica aborígen, circunstancia que evidencia el proceso de aculturación a que aludíamos al principio. Es una pequeña talla de estilo gótico popular bajomedieval, traída a la isla probablemente por los primeros misioneros o por los propios conquistadores, y, por tanto, una de las primeras imágenes llegadas a Canarias.

Otras obras relevantes son la imagen de alabastro de estilo gótico de la Virgen de la Peña, la talla renacentista de la Inmaculada Concepción de esta iglesia de Betancuria, la imagen manierista de san Francisco expuesta en el Museo de arte Sacro, la bellísima imagen barroca de santa Ana de Casillas del Ángel, la virgen mejicana de Nuestra Señora de Guadalupe de Agua de Bueyes, y la hermosa virgen de Regla de Pájara, también de rasgos mejicanos.

Las tallas populares más hermosas son, entre otras, las imágenes de santa Catalina y Ntra. Sra. del Rosario de Betancuria, san Juan Bautista de Valle de Santa Inés, san Diego y san Antonio de Toto, Ntra. Sra. de Gracia de Vallebrón, la Inmaculada Concepción de los Llanos, etc.

Entre ambas, es decir entre las más relevantes y las populares, en cuanto a calidad artística, están las de Ntra. Sra. del Carmen de Antigua, el Cristo atado a la columna

de este templo, la imagen de santa Lucía de Vega de Río Palmas o el Cristo redentor de Pájara, entre otras.

En el ámbito de la pintura predominan las obras ejecutadas en el siglo XVIII, de estilo barroco y de tema sacro, constituyendo las únicas excepciones la pintura de factura popular de las tablas del retablo mayor de la iglesia de Tuineje, que representan el hecho histórico de la batalla librada contra corsarios ingleses en 1740; y las figuraciones de animales y paisajes que observamos en el banco del retablo mayor de esta iglesia de Betancuria.

Entre las obras más destacadas se encuentran las pinturas murales de la ermita de La Ampuyenta, consideradas de las más importantes de Canarias, que representan arquitecturas fingidas, de estilo rococó; la serie de cuadros sobre la vida de san Pedro de Alcántara de la misma ermita; el cuadro de los Misterios del Rosario de la iglesia de Tetir; el Sueño de san José y La Inmaculada de Tindaya; la Adoración de los pastores de Agua de Bueyes; la serie de cuadros de gran formato con diversas representaciones que se conservan en la ermita de santa Inés; el gran cuadro de la Nave de la Iglesia de este templo; la serie sobre la vida de María y Jesús de esta iglesia de Betancuria; la serie de cinco cuadros que simulan un retablo de la iglesia de La Oliva, representando a san José, san Juan Evangelista, el Bautista, la Dolorosa y la Crucifixión, ejecutados por Juan de Miranda; y los diez interesantes cuadros de ánimas que se encuentran en diferentes templos de la isla, uno de los cuales podemos observar a los

pies de la nave de la epístola de esta iglesia.

En pintura contemporánea podemos destacar a Juan Ismael cuya obra pictórica le convierte en un referente esencial del surrealismo en Canarias, y a Jorge Oramas, natural de Gran Tarajal, que cultivó un realismo casi mágico en sus pinturas de paisajes, escenas costumbristas, retratos y bodegones.

En este campo de las artes plásticas también nos encontramos con los numerosos retablos que adornan nuestras ermitas e iglesias, algunos de ellos con interesantes obras pictóricas en sus calles y áticos. Predominan los de estilo barroco, chinesco y rococó, y la mayoría fueron realizados en el siglo XVIII. El que observamos en la capilla mayor de este templo fue realizado entre 1684 y 1718 por el maestro Francisco Hernández y es de estilo barroco. Como particularidad propia de la isla cabe mencionar la tipología denominada retablo apaisado majorero, en el que predomina la dimensión de lo ancho sobre lo alto, debido a las características arquitectónicas de algunos templos, como los retablos de la iglesia de Pájara y Vega de Río Palmas.

En el capítulo de la orfebrería merecen especial mención el aguamanil de plata del siglo XVI o principios del XVII, de origen portugués, conservado en el Museo de Arte Sacro; el copón de plata sobredorada de estilo manierista de la iglesia de La Oliva, el cáliz mejicano del siglo XVIII de la ermita de la Peña y la custodia renacentista del siglo XVII que se conserva en el Museo de Arte

## Sacro de Betancuria.

Los nombres que podemos citar para la historia del arte, además de los ya mencionados de Juan de Palacios, Juan de Miranda, Juan Ismael y Jorge Oramas, no son muy numerosos puesto que aún se conocen pocos de los autores de nuestro patrimonio artístico. No obstante, los estudios realizados en los últimos tiempos han ido apuntando en el gran libro de nuestro acervo cultural los nombres de Álvaro Ortiz Ortega, aferidor y medidor del Cabildo, que realizó la talla de santa Catalina hacia el año 1716, y que se conserva en esta iglesia; el del maestro pintor Juan Bautista Bolaños, autor de varios trabajos artísticos en retablos, pinturas y esculturas; el de Macario Batista, restaurador y escultor que talló varias imágenes en el siglo XIX, como la Candelaria de Gran Tarajal, las Dolorosas de La Caldereta y La Antigua y la virgen del Carmen de Antigua; el de Juan Pablo Batista, autor del Ecce Homo de Antigua, el arcángel San Miguel de la Caldereta, y la virgen de Dolores de Agua de Bueyes; el de Claudio de Lisle que proyectó los castillos de Caleta de Fustes y de El Cotillo; el de Juan Ruiz, probable autor de la talla de san Francisco anteriormente mencionada; el de Nicolás de Medina autor del cuadro de la Nave de la Iglesia antes mencionado; o los nombres de retablistas como los de Francisco Hernández, autor de este retablo mayor de Betancuria, Joseph Ximenes, autor del retablo mayor de la iglesia de La Peña; los de maestros pedreros y canteros como Andrés Gutiérrez Brito, que trabajó en

los templos de Vallebrón, La Matilla y Triquivijate; Julián Sánchez Carmona, que en el siglo XVII rehizo la iglesia conventual y levantó las paredes de la ermita de Valle de Santa Inés; o el de Pedro de Párraga, autor de la torre de esta iglesia de Betancuria, entre otros.

En el campo de la escritura hemos de mencionar que nuestros primeros textos son las inscripciones que los aborígenes tallaron sobre la piel de la isla y cuya significación continúa siendo hoy un misterio. Con posterioridad a la conquista, y en el ámbito de la creación literaria y la historiografía, hemos de tomar en consideración que las circunstancias de abandono estatal y señorial, la pobreza de la mayoría de la población, el ruralismo y analfabetismo, que caracterizaron la isla hasta prácticamente el siglo XX, no propiciaron el nacimiento de movimientos culturales de carácter literario e historiográfico relevantes promovidos por grupos de intelectuales, como ocurrió en islas como Gran Canaria y Tenerife. Pese a ello debemos recordar que los libros más antiguos escritos en Canarias, que son tres tomos de pequeño formato, conocidos como los Manuscritos Lulianos, atribuidos a fray Juan de san Torcaz, se escribieron, al menos en parte, en nuestra isla, concretamente en el convento franciscano de san Buenaventura de Betancuria, donde permanecieron durante siglos hasta que fueron llevados al Museo Diocesano de Las Palmas.

El convento franciscano de Betancuria desempeñó un relevante papel cultural. En él se estableció la primera y



única escuela que existió en la isla hasta el siglo XIX y ejerció una gran influencia cultural. No son ajenas a esta influencia otras dos obras histórico literarias relevantes como el Diálogo Histórico sobre la aparición de la Virgen de la Peña, que se representó en esta iglesia en el año 1675, cuya autoría se atribuye al personero de la isla Pedro Cabrera Dumpiérrez y fue impreso en Madrid en el año 1700; y las Coplas a la Virgen de la Peña difundidas probablemente desde el siglo XVIII.

Ya en la época contemporánea contamos con varios autores naturales de la isla, muchos de los cuales desarrollaron la mayor parte de su labor creadora fuera de ella, pero que asimismo forman parte de nuestro patrimonio literario. Tal es el caso de Domingo J. Manrique, originario de Tetir, cuya labor creadora está marcada por el indigenismo y europeísmo; de Antonio María Manrique, asimismo originario de Tetir, que descolló fundamentalmente por su producción historiográfica, destacando su obra “Resumen de la Historia de Fuerteventura y Lanzarote”; de Ramón Fernández Castañeyra, impulsor del periódico “La Aurora” y autor de numerosos artículos periodísticos y de una memoria sobre las costumbres de Fuerteventura, entre otros trabajos. Ya en el siglo XX contamos con autores como Josefina Plá, nacida en la Isla de Lobos y emigrada a Paraguay, en cuya extensa obra aparecen algunos poemas y textos en prosa en los que emerge la imagen que la autora se construyó sobre la isla en la que nació por casualidad; Matías González García,

cuya producción poética está fuertemente influenciada por Unamuno, autor que durante su corto destierro en la isla supo captar con maestría el paisaje y la idiosincrasia de nuestra gente, que reflejó en varios sonetos de su diario de confinamiento “De Fuerteventura a París”; Domingo Velázquez Cabrera, nacido en la Rosa del Taro, cuya obra se inscribe en el movimiento regionalista canario; Ángel Acosta, nacido en Casillas del Ángel, autor de una importante obra literaria y periodística, considerado el representante canario de la generación del 27; y Juan Ismael, cuya creación poética se sitúa en el movimiento europeizante del vanguardismo.

A todos los autores reseñados hay que añadir otros que, por diferentes circunstancias, llegaron a nuestra isla y relataron sus impresiones del viaje o describieron nuestro paisaje, costumbres, etc., como son Torriani, Glas, Olivia Stone, Isaac Viera, Mercer, Claudio de la Torre, Jiménez Sánchez, etc., cuyos textos sobre la isla también son elementos constitutivos de nuestro acervo cultural.

Este acervo cultural está integrado, además de por esta cultura escrita y plástica que hemos reseñado, por una rica cultura popular, síntesis asimismo de múltiples influencias, común a la mayoría de la población, muy vinculada a la vida cotidiana de las gentes y cimentada, en algunos aspectos, en la utilización ingeniosa de los recursos que ofrecía el medio natural. Desde la época aborigen las mujeres y hombres de esta isla derrocharon esfuerzo e ingenio para construir con sus propias manos

los útiles que precisaban para su vida diaria, creando diversos tipos de vasijas de cerámica, punzones, molinos, raspadores, etc. La sociedad agrícola y ganadera que se implantó tras la conquista tuvo necesidad de optimizar los escasos recursos hídricos que ofrecía la isla y dio origen a una ingeniería popular conformada por gavias, nateros, caños, maretas, acequias, atajeas, cadenas, aljibes, pozos, galerías, tanques, presas, etc., que ha transformado el paisaje natural. La necesidad de disponer de útiles para las faenas agrícolas, ganaderas y domésticas, dio lugar a una rica artesanía, desarrollada tanto por artesanos especializados en distintos oficios, como por personas que tenían habilidad para fabricar los enseres que precisaban para su vida diaria. Fruto de ello fueron múltiples objetos de alfarería, cestería, tejidos, palma, madera, latón, hierro, cueros, pieles, etc., que estaban presentes en todas las viviendas campesinas. Las propias casas eran fabricadas con piedra, barro y cal, por los mismos campesinos, dando origen a una arquitectura doméstica rústica y sencilla, que por su volumetría y materiales quedaba perfectamente integrada en el paisaje que las circundaba.

La ausencia de servicios sanitarios fue suplida por una tradición de medicina popular basada en hierbas medicinales, rezos y masajes, que conocían la mayoría de los vecinos y aplicaban en el ámbito doméstico a personas y animales, si bien también existían algunas personas especializadas en esta materia como los curanderos y esteleros.

La música folclórica amenizaba las fiestas patronales y las celebraciones familiares y de todo tipo, en las que también se daban cita las coplas, las décimas, los aires de lima, las puyas y diversos cantos populares satíricos y humorísticos, muchas veces improvisados al compás de guitarras, timple y violines. La poesía popular siempre ha gozado de gran aceptación entre la población, existiendo verdaderos expertos en la creación de letras de coplas, cantares, décimas, etc., cuyas temáticas podían ser muy variadas. Los romances también tuvieron una gran difusión y se cantaban, generalmente, mientras se realizaban faenas agrícolas de carácter colectivo como la arrancada de las sementeras.

Otras manifestaciones de la cultura popular son los aberruntos y cabañuelas; los sistemas de marcas del ganado y las apañadas; los nombres de las cabras según el color de su pelaje; refranes; leyendas; cuentos; juegos; creencias; supersticiones; etc.; que constituyen un rico bagaje cultural popular que aún no ha sido suficientemente estudiado.

Concluimos, pues, diciendo que las huellas de nuestra memoria evidencian que somos herederos de un patrimonio cultural rico. Rico por diverso y por mestizo. Nos identifica una cultura mestiza, fruto de un proceso de mestizaje iniciado hace 600 años y que continúa abierto y vivo.

Frente a este legado cultural tenemos hoy dos compromisos fundamentales que no debemos eludir. El primero, conocer, amar, proteger, conservar y transmitir el patri-

monio cultural que hemos heredado. El segundo, crear el patrimonio cultural de nuestro tiempo, dejar las huellas de nuestro paso por la vida, enriqueciendo nuestra memoria colectiva para legarla a las generaciones venideras.

Hoy, que celebramos la fiesta en honor de san Buenaventura y se conmemoran los 600 años del comienzo del mestizaje cultural que nos caracteriza, les invito a asumir estos compromisos y a disfrutar de las fiestas patronales de san Buenaventura de este año.

¡Felices fiestas!









*Pregón año 2005*

***Alejandro Coque de Santiago***



Ilustre Sr. alcalde, ilustre corporación municipal, dignísimas autoridades, señoras y señores, y distinguidos vecinos de Betancuria.

Me siento satisfecho y orgulloso de haber sido designado pregonero de las fiestas de san Buenaventura, y digo pregonero de fiestas.

La función del pregonero es anunciar a todos los vientos el sentido y significación de lo que es una fiesta. ¿Qué es una fiesta? Una fiesta es crear el ambiente propicio, adecuado y familiar, para celebrar unidos y con alegría un acontecimiento que nos recuerda nuestro tiempo pasado, nuestra historia, nuestras raíces y nuestra identidad.

En este caso celebramos el patronazgo de san Buenaventura sobre nuestro pueblo, es decir, que como cristianos hemos encomendado nuestra identidad cristiana a

este santo franciscano: san Buenaventura.

No en vano, en la fundación de nuestro pueblo estuvieron presentes los frailes menores, que tanta gloria y prez dieron a nuestro pueblo y tanto bien nos dejaron con la predicación del Evangelio.

A él le pedimos favor y ayuda en todas nuestras necesidades como patrono que es, pero la misión del patrono no es simplemente la de proteger a sus ahijados, sino la de presentársenos como imagen y modelo, a quien sus protegidos estamos obligados a venerar e imitarle. Por ello, es necesario que hagamos una semblanza del santo para conocerle más y mejor, en profundidad, y hacer que su persona nos sea más cercana a nuestras vidas y nuestra imitación sea humanamente más posible.

San Buenaventura nace en Bagnoregio, cerca de Viterbo, en 1221 y muere en Lyon el 15 de julio de 1274. Era de linaje noble y se llamaba en el siglo Juan de Fidanza. Según se cree el nombre de Buenaventura se lo dio san Francisco de Asís, el cual parece había realizado a su favor cuando era niño un hermoso milagro.

Fuera como fuera, al sonar para él la hora de las grandes decisiones, Buenaventura tuvo presente al santo de Asís y decidió ingresar en el número de sus hijos (1245).

No tardó en distinguirse y a los 27 años ya era maestro y enseñaba en París, en la Universidad de La Sorbona; momento en el que también llegaba a ella el santo Tomás de Aquino como profesor. El ingreso de las órdenes mendicantes en la cátedra no fue bien visto por muchos clér-

rigos seculares, canónigos y conciliares de cátedras que las desempeñaban en aquel momento; así los antiguos pedagogos emprendieron una violenta acometida contra los recién llegados. Tras una intervención pontificia en el año 1254, Buenaventura y Tomás de Aquino quedaron admitidos como enseñantes en la Universidad de París. Sin embargo, el franciscano Buenaventura estaba destinado a misiones mucho más importantes.

En el año 1257 fue nombrado ministro general de los franciscanos, teniendo solamente 37 años.

Durante este periodo de su generalato tuvo que atender a ciertas revueltas entre sus frailes, con pretensiones de reformar la Orden. Todo se apaciguó y volvió la calma a la orden de los franciscanos.

El gobierno de la Orden no le impidió la especulación teológica y filosófica y así, retirado en Auvernia, en el año 1259, compuso su obra maestra: *Itinerario de la mente hacia Dios*.

Contra su modestia fue elevado por el Papa Gregorio X al cardenalato, y en tal condición asistió al Concilio de Lyon, en el que habían de tratarse asuntos muy principales para la iglesia de su tiempo.

Allí, en plena tarea conciliar, fallece. Sixto IV lo canonizó y Sixto V lo nombró doctor de la Iglesia.

Aquí tenéis la egregia figura de vuestro patrón. Todo un prohombre.

Y bien, ¿qué enseñanzas debemos sacar de esta ilus-

tre figura de nuestras vidas?

Él, desde la humilde cátedra de esta histórica catedral, nos continúa enseñando las mismas enseñanzas que sus humildes hermanos, los franciscanos, nuestros evangelizadores.

La historia es larga, ya son 601 años de historia para esta noble villa de Betancuria, cuya efeméride la celebramos dignamente el año pasado en nuestro municipio, recordando a los conquistadores con sus hazañas y avatares del momento, es decir, pretendimos recordar nuestro pasado para afianzar nuestro presente en las mejores notas de nuestra identidad y así lanzarnos a la conquista de nuestro incierto futuro, sabiendo que la historia es maestra de vida, según expresión del famoso padre de la historia, Herodoto.

En este punto, ya somos conocedores de la biografía resumida de nuestro patrón, y nuestra historia en Canarias ha estado entrelazada con la historia de la Iglesia.

¡Cuántas preocupaciones del Papado por la evangelización de estas tierras!

Y esto no quita que se cometieran graves errores humanos en esta tarea. No olvidando que la labor de la conquista no fuera realizada por los mejores cristianos europeos.

Sin embargo, esta tierra de infieles, según se la llamaba entonces, no dejó de recibir buenos tratos e incluso de privilegio, pues ciertos nativos recibieron salvoconductos para ser recibidos por reyes y prelados, y recibir también

asignaciones monetarias eclesiásticas de Benedicto XIII a beneficio del convento franciscano de Betancuria.

Varios papas concedieron bulas con privilegios para estas tierras de Canarias.

Contra las tropelías de los señores y administradores de estos pagos, se alzaron las voces de prelados y de los franciscanos hasta llegar a anular la esclavitud, realidad social contraria a los valores del Evangelio proclamado, en donde se defiende el concepto de persona en el ser humano, el espíritu de la solidaridad, en el concepto de la caridad fraterna, el valor supremo de la libertad, emanado de la verdad que nos libera y no nos permite esclavizar a ningún semejante, sometiéndolo a nuestro capricho.

Estos son y fueron los grandes principios de nuestra evangelización en el devenir de nuestra historia.

Con ánimo de no alargarme demasiado, quiero aquí, para terminar, hacer algunas consideraciones sobre nuestro cristianismo de hoy, si me lo permitís, pues mi misión en esta mañana como pregonero de la fiesta de san Buenaventura, es volver a proclamar los mismos valores que nos dejaron impresos en nuestras vidas nuestros misioneros franciscano, entre otros, san Juan de San Torcaz, san Diego del Alcalá y nuestro patrón san Buenaventura.

Valores que no debemos dejar nunca: amor profundo a la verdad.

Hoy, el hombre desea por todos los medios la felicidad, y las tendencias modernas se la quieren brindar en el concepto de progresismo, y no la encuentra. Se siente

perdido porque busca ésta en el exterior.

La felicidad verdadera se encuentra en el interior del espíritu, viviendo de la verdad que nos hace libres y personas.

Hoy, el hombre opina que todo incremento de poder constituye, sin más, un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía, de plenitud de valores. Lo cual no es cierto; pues por el poder se hace todo e igualmente se puede destruir todo.

El poder mal ejercido elimina, muchas veces, la libertad, y por ello hay que evitarlo para no tener la tremenda responsabilidad de haber subjuzgado al prójimo.

Hoy debemos salvar nuestra libertad en el amor a la verdad. Debemos ser solidarios, por la caridad cristiana, buscando la unión, que no significa que no haya pluralidad, diversidad, libertad de opinión según criterios de verdad.

Este es el legado espiritual que nos dejaron nuestros misioneros. Y sería bueno que hoy, que celebramos la festividad de san Buenaventura, hagamos este análisis profundo de cómo vivimos hoy las verdades de nuestra fe cristiana.

¡San Buenaventura protégenos para poder seguir invocando tu patrocinio en esta fiesta y en las sucesivas!







*Pregón año 2007*

***Marcial Morera Pérez***



## *BETANCURIA EN EL ORIGEN DEL HABLA CANARIA*

Ya se ha dicho muchas veces que para entender bien los orígenes y posterior desarrollo de la vida política, económica, social y religiosa de la isla de Fuerteventura en particular y de todas las Canarias en general, hay que mirar siempre hacia la villa de Santa María de Betancuria. ¿Por qué razón? Pues porque fue esta ciudad (junto con Teguise, en Lanzarote) la primera comunidad europea importante que surgió, hace ya más de seiscientos años, en ese inmenso espacio geográfico del Atlántico que algunos estudiosos han dado en denominar *Romania Nova*.

Pero lo que no se ha señalado nunca hasta ahora es

que, para interpretar de forma coherente la conformación de esa variedad tan particular de la lengua española que se habla en las islas, hay que tener también en cuenta la historia de la Betancuria del siglo XV, que no tenía todavía quien le hiciera sombra por ese entonces en estas soledades oceánicas. Sólo así se puede entender una cosa que, inexplicablemente, nunca ha llamado la atención a las personas que se han dedicado al estudio del español insular: la sorprendente unidad léxica (además de fónica y gramatical) que caracteriza a las hablas isleñas en su conjunto. ¿Por qué usan los tinerfeños, los palmeros o los grancanarios prácticamente las mismas palabras tradicionales que los majoreros o los conejeros, siendo como fue que los actores y el momento de la conquista de sus islas, la conformación de sus sociedades, el sustrato aborigen, sus bases económicas basadas en el cultivo de la caña de azúcar, sobre todo, eran bastante distintos de los de las islas más orientales del archipiélago? Pues, simplemente, porque todos terminaron aceptando en mayor o menor medida las palabras que se habían creado en Betancuria mucho antes de que las islas grandes del archipiélago cayeran también bajo las botas de los conquistadores europeos. Pero vayamos por parte, porque la historia no es tan simple como pudiera parecer a primera vista.

Para empezar, hay que decir que en sus inicios Betancuria desempeña un papel trascendental en la conformación del habla canaria, porque fue al soko de su estrecho

valle delimitado por el llano de Santa Catalina al oeste y las cumbres de Maninubre al este donde empezaron a aclimatarse a los aires del Atlántico y a adquirir semblante nuevo, no solamente los cultivos, los animales, las instituciones, la arquitectura, la gente, etc., que habían traído los primeros conquistadores españoles al archipiélago, sino también su particular forma de usar la lengua de Castilla. Aquí, en tierras de Betancuria, por una parte, palabras de vieja raigambre castellana estiraron por primera vez su significación originaria y empezaron a adaptarse a las necesidades designativas de la nueva sociedad hispano-atlántica que esta villa tuvo el honor de inaugurar. Es el caso, por ejemplo, de la voz *gavía*, que se usaba en el castellano medieval para referirse a una ‘zanja que se abre en la tierra para desagüe o linde de propiedades’, y que pasó a usarse en tierras mayoreras para designar una ‘huerta bordeada por una pared o caballón que se riega por encharcamiento’; de la voz *bernegal*, que significaba originariamente ‘taza de boca ancha que se usaba para beber’, y que pasó a emplearse aquí en el sentido más amplio de ‘tinaja que contiene el agua potable’; de la voz *mojinete*, que significaba originariamente ‘línea horizontal más alta del tejado’, y que pasó a desarrollar el sentido de ‘frontón de la fachada de las construcciones con techo a dos aguas’; de la voz *tablero*, que presentaba originariamente el sentido de ‘conjunto de tablas de huerta’, y que se especializó en el sentido de ‘llanura en terreno erial’; y de la voz *roza*, que tenía el sentido originario de ‘tierra

que se limpia de matas para plantar en ella', y que pasó a entenderse en las resequidas tierras de Fuerteventura en el sentido de 'huerta formada por varias gavias'.

Por otra parte, fue también en la Betancuria del siglo XV donde por primera vez ciertos términos del español como *alberca*, que se usa para designar el 'depósito de agua con muros de fábrica para el riego', *tahona*, que presenta el significado de 'molino de harina cuya rueda se mueve con caballería', *beber*, que significa 'absorber agua', y *apañar*, que significa 'coger, especialmente con la mano', ampliaron su campo gramatical y conceptual y dieron como resultado derivados absolutamente desconocidos en las variedades peninsulares del idioma, como *albercón*, que se especializó en el sentido de 'excavación grande hecha en la tierra para almacenar agua', *tahonero*, que se especializó en el sentido industrial de 'se dice del animal que mueve la rueda de la atahona', *bebedero*, que se especializó en el sentido agrícola de 'gavia pequeña que se construye en el cauce de los barrancos', y *apañada*, que se especializó en el sentido ganadero de 'recogida del ganado de suelta en la gambuesa', respectivamente.

En segundo lugar, también desempeñó la vieja Betancuria que inauguró la historia de la Canarias moderna un papel decisivo en la conformación del habla insular, porque fue precisamente en sus calles y moradas plagadas de gentes de los lugares más diversos del mundo (que también en esto de la convivencia multirracial Betancu-



ria creó escuela) donde entró el español por primera vez en contacto con las primeras lenguas extranjeras del Atlántico que iban a revolucionar pronto su limitado léxico de duros hombres de guerra y de campesinos de tierra adentro: la lengua bereber que hablaban los antiguos moradores de la isla o majos, la lengua francesa que hablaban los colonos que había asentado en este valle el viejo conquistador normando Jean de Bethencourt, el árabe o bereber que hablaban los numerosos esclavos moriscos que habían traído de África los primeros señores territoriales de la isla y la lengua portuguesa que empleaban los cientos de agricultores, comerciantes, ganaderos, marineros, artesanos, etc., lusos que se aventuraron a asentarse en el agostado territorio insular una vez consumada su ocupación europea.

Así, del habla de los viejos pobladores bereberes de Fuerteventura toman los primeros moradores hispánicos de Betancuria y sus numerosos pagos (Vega de Río Palmas, Valle de Santa Inés, Pájara, Tefía, Tetir, Tuineje, etc.) decenas de voces relacionadas con la ganadería, la flora, la fauna, la vida doméstica, etc. Esta población gentil, que había sido cristianizada y castellanizada muy pronto, se mostró desde el primer instante enormemente colaboradora con los conquistadores que destruyeron su lengua y su cultura, enseñándoles la geografía de la isla, sus prácticas ganaderas, sus técnicas de supervivencia, y trabajando denodadamente para los nuevos amos. Como anotan gozosos los mismos capellanes de Bethencourt

en la primera crónica de las islas, la llamada *Le Canarien*, “Los canarios (de Fuerteventura) no dejan de hacer su deber. Llevan piedras, trabajan y ayudan con lo que saben hacer, y tienen mucha voluntad de servir, como se puede observar”. De su sobria lengua africana extrajeron, sin lugar a dudas, los betancurianos de antaño los primeros y más antiguos guanchismos del español de Canarias, como *gambuesa*, que se refiere al ‘corral grande de piedra en que se recoge del ganado de suelta’, *tajorase*, que designa el ‘macho cabrío joven que todavía no cubre a la cabra’, *guanil*, que se aplica al ‘ganado de suelta que no tiene marca’, *tabaiba*, que designa una ‘especie de arbusto euforbiáceo’, *gofio*, que tiene el sentido de ‘harina de granos tostados’, *beletén*, con el significado de ‘leche que da la cabra los primeros días después de parida’, *perinquén*, con el significado de ‘pequeño reptil parecido a la salamanquesa’, *guirre*, con el significado de ‘ave rapaz semejante al buitre’, *baifo*, con el significado de ‘cría de la cabra’, *jaira*, con el significado de ‘cabra doméstica’, etc., etc., que van a contribuir a alterar radicalmente las viejas nomenclaturas españolas trasplantadas entonces a Canarias.

Y no solo esto, sino que también se adelantaron los viejos betancurianos al resto de los conquistadores de las islas en la adopción de nombres propios de lugar prehispánicos, prohibiendo topónimos aborígenes con inconfundible morfología y raíces léxicas bereberes, como *Tabagoste*, *Muley*, *Tegú*, *Tuineje*, *Tindaya*, *Time*, *Tiscamanita*,

*Tetir, Tamasite, Tejuate, Taca, Esquinzo, Tefía, Terife, Te-sejerague, Giniginámar, Jarugo, Chigüiguos, Ugán, Tinojay, Guisguey, Esquén, Goroy, etc., etc.*, que habrían de constituir la primera toponimia no hispánica del español atlántico que empezaba a germinar por entonces en la geografía del archipiélago. Como en todo momento auro-ral o de epifanía de un nuevo mundo, alguien tenía que fijar los nombres de las nuevas cosas y de los nuevos lugares, y ese papel de creación poética le tocó en el caso que nos ocupa a Betancuria. Así inventó o adaptó nuestra villa a los patrones castellanos los nombres propios de los lugares de la isla que incluso hoy seguimos utilizando los mayoreros para sentir (que los nombres no son ruidos, sino sentimientos) nuestros barrancos, montañas, majadas, degolladas, llanos, asomadas, caletas, bajas y pueblos.

En tercer lugar, del habla de los pioneros colonos normandos tomaron y adaptaron también a su lengua y cultura los primeros pobladores españoles de Betancuria (que es lo mismo que decir los primeros pobladores de la Fuerteventura moderna) algún que otro término que igualmente había hecho fortuna ya en el ámbito insular. Que la primera lengua europea que se escuchó en las estrechas barrancas de Betancuria fue el francés está fuera de toda duda, porque normandos fueron los primeros conquistadores en echar raíces en ellas. No se olvide que Jean de Bethencourt, el fundador de la ciudad, como indica su mismo nombre, asentó en esta escondida comarca

de Fuerteventura muchos de los paisanos que había traído con él, entregándoles, como dice la crónica normanda citada, “a cada uno una parte y pedazo de tierras y casas y moradas, a cada uno como mejor le pareció, e hizo tanto, que no hubo ningún descontento”. Hasta tal punto arraigó la lengua de los normandos en nuestra isla, que Sabino de Berthelot sospecha que “es probable que en Betancuria se hablara francés mucho tiempo después de que Fuerteventura pasara a dominación española” (Miscelánea, 136). Pero, independientemente del tiempo que se hablara francés en la primera capital de las islas canarias, lo importante para el asunto que aquí nos ocupa es que el francés antiguo convivió en tierras majoreras con el español durante algunos años, y que en estos años de convivencia fraternal se trasvasaron, como no podía ser de otra manera, determinadas voces galas al español betancuriano. Es el caso de la forma *mauvais pays* que empleaban los normandos para designar el terreno volcánico, y que dio origen a la forma majorera *maipéi* (y a sus variantes de pronunciación *maipé*, *malpéis* y *malpaís*), con el mismo significado. En la misma crónica redactada por los capellanes de Bethencourt aparece varias veces el indiscutible origen de esta voz tan singular. Así, en la página 42 se lee que “Gadifer y los demás no sabían nada de todo eso, aunque sospechasen que en un *malpaís* que veían a cierta distancia en el llano, debía haber gentes”. Lo mismo sucedió con otras formas del viejo léxico majorero, como *mareta*, con el sentido de ‘hondonada grande

hecha en el terreno para recoger el agua de lluvia', que procede del francés *marette*, que tiene el sentido de 'pantano'; *cardón*, con el significado de 'planta euforbiácea de tallos carnosos llenos de picos y látex muy corrosivo', procedente del francés *chardon*, que presenta significado similar; *atriles*, con el significado de 'herramientas o instrumentos de un oficio o arte', procedente de la palabra francesa *outil*, que tiene el mismo sentido que su descendiente española; etc.

En cuarto lugar, también resultó de capital importancia para la cultura campesina que se iba desarrollando poco a poco en la isla el grupito de palabras que tomaron nuestros antepasados de la lengua de la ingente cantidad de esclavos moriscos que, sometidos a rigurosos programas de castellanización y cristianización, pululaban por Betancuria entre la población española. La misma documentación betancuriana de la época indica y manda que "los moriscos vivan en pueblos para que aprendan la doctrina, que no hablen "algaravío", ni la enseñen a sus hijos, y que no entierren a nadie en el campo como si fueran infieles". Pues bien, de este "algaravío" de infieles prohibido por las premáticas cristianas procede, sin duda, un grupito de voces mayoreras íntimamente relacionadas con la actividad de los camelleros, que tanta importancia tuvieron antaño en la economía del archipiélago. Es el caso de formas como *majalulo*, con que se designa el 'camello desde que deja de mamar hasta que puede reproducirse', que tiene su origen en la voz de los esclavos moriscos *Imehlul*, que

significaba ‘camello desde que nace hasta que cumple un año’; *téfana*, con que se designaba el ‘callo de las rodillas de las patas traseras del camello’, procedente de la voz morisca *tefanne*, que significaba ‘callosidad de los muslos del camello’; o *fuchir*, con que se designa la acción de ‘arrodillar el camello echándolo en el suelo para cargarlo’, procedente de la forma también morisca ¡*fuchj*!, que presentaba significado similar.

Por último, del habla de los primeros emigrantes portugueses que llegan a las islas desde principios del siglo XV, tomaron también los antiguos betancurianos un sinfín de material léxico absolutamente inédito en su lengua española, para satisfacer algunas de las necesidades designativas que les imponían las actividades profesionales, la gastronomía, la arquitectura, la geografía, etc., de la nueva sociedad europea que con tanta pertinacia se habían empeñado en construir. Es el caso de voces insulares como *casa terrera*, que posee el sentido de ‘casa de una sola planta’, y que procede de la denominación portuguesa *casa terrestreira*, que presenta el mismo significado; *venta*, que presenta el sentido de ‘tienda de comestibles’, y que procede de la voz portuguesa *venda*, con igual significado; *aljorra*, que presenta el sentido de ‘tizón, enfermedad de los cereales’, procedente de la voz portuguesa *alforra*, de significado similar; *burgao*, que presenta el significado de ‘caracol marino de pequeño tamaño’, procedente de la voz portuguesa *burgau*, con el mismo sentido; *serventía*, que presenta el significado de

‘servidumbre de paso’, procedente de la voz portuguesa *serventia*, con el significado de ‘paso, entrada’; *jable*, que presenta el significado de ‘arena blanca’, procedente de la voz portuguesa *xabre*, con el significado de ‘arena fina’; *lonja*, que presenta el significado de ‘parte accesorio de una casa destinada para varios menesteres domésticos’, procedente de la voz portuguesa *loja*, con el sentido de ‘habitación accesorio’; etc., etc.

La consecuencia más inmediata de la adaptación al español de la ingente cantidad de palabras extranjeras que hemos comentado y del uso particular que hicieron nuestros antepasados betancurianos de ciertas voces generales de la misma lengua española fue que determinados sectores de la realidad material y espiritual de la isla, como el espacio físico, la climatología, la alimentación, la flora, la fauna, las actividades profesionales, la edad de las personas y de los animales, el tratamiento, etc., adquirieron en esta fortaleza natural de Fuerteventura una parcelación distinta de la que poseía en el resto de las variedades del idioma. Así, en relación con la edad de la cabra, que es un animal que aquí lo dominaba todo, mientras que el español general hacía y sigue haciendo solamente dos distinciones conceptuales (*cabra* (*cabrón*), con el sentido de ‘cabra adulta’, y *cabrío* (o *choto*), con el sentido de ‘cría de la cabra’), el español betancuriano estableció cuatro grados distintos, enriqueciendo así considerablemente su campo semántico: *cabra* (*macho*), con el sentido de ‘cabra adulta’, *machorra* (*tajorase*), con el

sentido de ‘cabra joven que todavía no se reproduce’, *bai-fo*, con el sentido de ‘cría de la cabra desde que deja de mamar hasta que le apuntan los cuernos’, y *cabrito*, con el sentido de ‘cría de la cabra desde que nace hasta que deja de mamar’. Fue así como empezó a constituirse esa nueva variedad atlántica de la lengua española que hoy llamamos *habla canaria*, un habla que, a pesar de la mala prensa que, como toda modalidad lingüística periférica, tiene entre nuestros romos cerebros oficiales, contribuyó en el pasado y sigue contribuyendo en el presente de manera decisiva a la modernización y enriquecimiento de la lengua española toda.

Queda, pues, demostrado que fueron los betancurianos o majoreros de antaño los que verdaderamente echaron las bases primeras de nuestra forma particular de usar lo que muy pronto iba a dejar de ser lengua castellana para convertirse en lengua hispana. La empresa no fue, empero, tan sencilla e inmediata como podría parecer a primera vista, porque no se trataba de repetir pasivamente lo que se oía, sino de limar con minuciosidad de orfebre los aspectos fónicos, gramaticales, léxicos y conceptuales del material idiomático de partida, para adaptarlo a las condiciones de la nueva realidad y de los patrones de la lengua española, en tantos aspectos distintos de los de las lenguas guanche, francesa, árabe y portuguesa que tan generosamente nos donaron sus palabras a raudales. Y este ímprobo trabajo de torno idiomático, de forja de nuevas melodías y nuevos contenidos, tuvieron que



realizarlo en la soledad y el aislamiento de Fuerteventura los primeros pobladores hispánicos de esta seis veces centenaria villa.

Y lo más importante de esta proeza lingüística y cultural en que se embarcaron nuestros antepasados de Betancuria es que las palabras de nuevo cuño y las realidades que con ellas se designaban no quedaron confinadas en el ámbito local de la isla de Fuerteventura, sino que volaron como migratorias andoriñas al resto del archipiélago canario, a la par que los caballos, las ballestas y las espadas de Juan Rejón, Pedro de Vera o el adelantado Fernández de Lugo iban sometiendo e incorporando inexorablemente las islas de realengo a la corona de Castilla, muy a finales del siglo XV, casi cien años después de que los majoreros de Betancuria inauguraran la primera habla y la primera cultura hispánicas del territorio insular. En las tierras de realengo no había necesidad de empezar de la nada; había que aprovechar lo ya conseguido con el esfuerzo de los majoreros y los conejeros para seguir construyendo sobre ello; y así lo entendieron y lo pusieron en práctica los grancanarios, los palmeros y los tinerfeños. Ahora bien, ¿cómo exporta la joven Betancuria del XV sus ingeniosas y prácticas creaciones idiomáticas y culturales al resto de las islas? Pues muy probablemente de tres maneras distintas, aunque complementarias.

En primer lugar, mediante los más o menos numerosos contingentes de gente de Fuerteventura que participaron, primero como soldados y después como pobladores, en

la conquista y colonización de las islas de Gran Canaria, La Palma y Tenerife. Es lo que sucedió en el caso de Ginés y Pedro de Placer, Antón Viejo, Juan de Armas, Alonso Sánchez de Morales, Pedro de Padilla, Diego Machín, Diego y Pedro Fernández de Vera, Juan Negrín, etc., etc., de inconfundibles apellidos mayoreros, que se enrolaron en las huestes del adelantado Fernández de Lugo para combatir en la isla de Tenerife, o se establecieron en ella una vez consumada su conquista. “La presencia de *gente de las islas* en la conquista de Tenerife se manifiesta prácticamente desde sus orígenes”, nos dicen Roberto José González Zalacain y Francisco Báez Hernández en su prometedor trabajo “*Gente de las Yslas: movimientos migratorios desde Lanzarote y Fuerteventura en la colonización de Tenerife (primeras décadas del siglo XVI)*” (presentado en las *XIII Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Puerto del Rosario, 2007). Esta gente, que llegó incluso a ocupar cargos de gran responsabilidad administrativa o política en la naciente sociedad tinerfeña (los citados Alonso Sánchez de Morales y Juan de Armas, por ejemplo, ocuparon el importante cargo de personero), tuvieron que ser los primeros mayoreros en proyectar el español gestado un siglo antes en Fuerteventura y Lanzarote más allá de las fronteras de estas dos islas orientales, que, aunque muchos lo ignoren, también en Canarias la luz viene de oriente.

En segundo lugar, favorecieron igualmente la expansión del habla betancuriana por el resto de la geografía

del archipiélago las masivas emigraciones que los laboriosos majoreros tuvieron que emprender hacia las islas de realengo desde el primer momento de la conquista de estas, cuando el espectro de las hambrunas provocadas por las cíclicas sequías que asolaban su tierra mostraban sus fauces más terribles. Por ejemplo, se sabe que, a finales del siglo XVII, Fuerteventura queda casi al borde del despoblamiento, al ser la inmensa mayoría de sus habitantes evacuados a Gran Canaria, como recoge el viejo cabildo insular en un acuerdo que reza así: “fue tan grande la despoblación, que de seiscientos vecinos que la isla tenía no quedaron 130, y hasta hoy no han vuelto ni la mitad, muriendo en Canaria más de quinientos; y al venir de aquella isla, el barco (...) naufragó en la Punta de Jandía, ahogándose 140 personas (...). Murieron muchas personas de hambre en los puertos, y por las calles de Las Palmas pululaban flacos y desvalidos”. El mismo régimen señorial de la isla, que ejercía una abusiva y arbitraria presión tributaria de quintos sobre la mísera población isleña, motivó también que los majoreros más atrevidos decidieran dar el salto a las islas de realengo, donde las cargas fiscales no eran tan sofocantes. Es lo que manifiesta el mencionado cabildo insular en un acuerdo del día 27 de mayo de 1687 que dice así: “Con este pago de quintos están los vecinos con ánimo de embarcarse y vivir en la tierra realenga, donde no se paga sino un seis por ciento, mientras que en esta isla cada arrendador (del cobro de los quintos) altera los aforos según su conveniencia”.

En tercer lugar, también se difunde el primer español de Betancuria por el resto del archipiélago a través de las masas de braceros del resto de las islas que se trasladan a Fuerteventura en las épocas de lluvia, para preparar los terrenos, sembrar los granos, recoger la sementera, etc. Un acuerdo del cabildo fechado en 1719 nos dice que en ese año “la isla tiene más vecinos que nunca, ya que forasteros hay más de 2.000”. Aunque, de todos estos emigrantes, algunos se casaban y se establecían definitivamente en la isla, la inmensa mayoría regresaba a su tierra de origen, llevando sin duda consigo algunas de las voces, leyendas, costumbres, etc., que había oído o visto practicar en la vieja Maxorata, y actuando así de heraldos de las palabras y la cultura betancurianas por toda la geografía del archipiélago.

Fuera como fuera, lo que se constata históricamente es que gran parte de las palabras creadas por los betancurianos y las cosas que con ellas se designaban se desparramaron muy pronto por todo el territorio insular, contribuyendo así a proporcionar una indiscutible unidad de base al vocabulario del español de Canarias.

Por una parte, se difunde desde Betancuria al resto del archipiélago gran parte del vocabulario ganadero que se había construido sobre la ruina de la lengua y la cultura de los majos (piénsese en voces como *baifo*, *beletén*, *guanil*, *gambuesa*, *tajorase*, *teberite*, *puipana*, *jaira*, etc.) y las cosas que con él se designaban. Así, por ejemplo, su especialidad de ganadería de suelta y el sistema de

recogida de reses que implicaba, la llamada *apañada*, se encuentran presentes en principio en todas las islas, como se deduce de la documentación histórica de cada una de ellas. Que se implantaron pronto en Tenerife lo ponen de manifiesto los acuerdos de su viejo cabildo, como el siguiente del 1 de junio del temprano 1547, que dice así: “Platicóse que el ganado de las *apañadas* no se venda en regatones, sino que se venga para las carnicerías de la ciudad como provisión de ella”. Para la isla de Gran Canaria, nos dice José Sosa en su *Topografía de la isla afortunada de Gran Canaria*, de 1678, que “el ganado se saca de los riscos más agrios y peligrosos por tiempos señalados que tienen los labradores y criadores, en que hacían sus *apañadas*”. También La Palma acogió, sin duda, muy pronto este primitivo sistema ganadero de Fuerteventura, como demuestra el siguiente documento de 1554: “mandan que traigan de La Caldera cien carneros de los que allí están, que sean de todos, cada uno como allí tuviere y que sus dueños sean apercebidos por pregón para que vayan a sacarlos luego; y, no yendo, que la guarda tome gente a su costa para los *apañar* y sacar y traer”. Incluso una palabra pastoril majorera tan específica como *guanil*, que se empleaba, como sabemos ya, para designar ‘el ganado de suelta que no tiene marca’, se documenta también en el resto del territorio insular desde los primeros momentos de su conquista y colonización. Así, un documento tinerfeño de 1518 ordena a los comisarios que “dejen de reclamar el ganado *guanil* que

anda por las montañas de Tenerife”. El citado José Sosa nos dice que también en Gran Canaria “*guanil* es el ganado salvaje que se halla sin marca”, exactamente igual que en Fuerteventura.

Asimismo pasan a ser patrimonio común del archipiélago las ingeniosas técnicas agrícolas y el vocabulario específico (*gavia*, *trastón*, *caño*, *bebedero*, *natero*, *alcogida*, etc., etc.) que habían creado para designarlas los viejos betancurianos en los tempranos años del cuatrocientos. Bien es verdad que se trata de formas de cultivo periclitadas ya en Gran Canaria y Tenerife, pero el hecho de que muchos de los nombres citados aparezcan implicados en la denominación de algunos de sus lugares es suficientemente revelador de que se trataba de prácticas más o menos generales en todo el archipiélago. La voz *gavia*, por ejemplo, tan mayorera por los cuatro costados, aparece implicada en los nombres propios de lugares de las dos islas citadas. Concretamente en Gran Canaria ostenta esta denominación un barrio del municipio de Telde. Por su parte, en Tenerife, se denomina *Las Gavias* una zona del barrio de San Benito, en el municipio de La Laguna, prueba de que tanto en una isla como en la otra tuvo vigencia antaño el sistema de la *gavia*, originariamente especialidad agrícola de Fuerteventura.

Por citar un ejemplo más, hemos de decir que también el vocabulario del camello, el animal y la profesión que implicaba fueron trasplantados de Fuerteventura al resto del archipiélago canario, que demandó muy pronto los

servicios expertos de los camelleros de las islas orientales. Es lo que explica que voces en principio mayoreras como *majalulo*, designativa del camello joven que todavía no puede reproducirse, *guelfo*, designativa de la cría del camello mientras mama, *fuchir*, designativa de la acción de arrodillar el camello echándolo en tierra para su carga o montura, *téfana*, designativa del característico callo que tiene el camello en la rodilla de las patas traseras, *tabaquero*, designativa de una glándula que tiene el camello en el cuello, etc., etc., se hayan encontrado hasta no hace muchos años presentes en todo el territorio de nuestra comunidad autónoma.

No cabe, pues, ninguna duda de que Santa María de Betancuria y sus primeros habitantes se encuentran en la base de gran parte del patrimonio léxico regional y de muchos de los objetos, de las técnicas profesionales, etc., que el mismo lleva aparejado, lo que pone de manifiesto el importante papel que ha jugado nuestra villa en la conformación de la identidad canaria.

Y no acaban aquí las influencias léxicas de Betancuria, porque muchas palabras forjadas en su fragua idiomática viajaron también directa o indirectamente a las tierras inmensas del nuevo mundo. Si bien en los primeros tiempos de la colonia ultramarina no fue muy importante el contingente humano salido de nuestras islas para Indias, simplemente porque urgía poblar el territorio canario conquistado en último lugar (Gran Canaria, La Palma y Tenerife), lo cierto es que el elemento isleño participa en

la empresa de Indias desde los primeros momentos de su historia moderna. Como escribe el investigador puertorriqueño Manuel Álvarez Nazario, “así puede explicarse la presencia en Puerto Rico, para 1511, del canario Luis Perdomo, quien forma parte del centenar de españoles que realiza la sujeción militar de Borinquén, bajo las órdenes de Juan Ponce de León, habiendo participado antes en hechos épicos por la costa del golfo de Paria, acaso en compañía de Colón, cuando este desembarca allí en 1498, o en fecha posterior, siguiendo a Pedro Afonso Niño”. El papel de este canario en la gesta americana debió de ser tan importante, que aparece incluso reflejado en las realistas y extensas *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589), del poeta sevillano Juan de Castellanos: “Allegó por allí Luis de Perdomo,/ soldado diestro, suelto y animoso,/ hombre para la guerra de gran tomo,/ y en lances semejantes venturoso,/ natural de las islas de Canarias/ y de los antiquísimos de Paria”. ¿Quién era realmente este arrojado isleño apellidado Perdomo? Pues, sin ninguna duda, un majorero o un conejero (o un descendiente de majoreros o conejeros), porque los Perdomo (como pone de manifiesto el origen normando de su apellido) son oriundos de estas dos islas.

Esta participación de canarios en la conquista y colonización americanas es la que explica la presencia en el español de ultramar de voces originariamente tan majoreas como *malpaís*, que se emplea incluso actualmente en México y en Perú con el sentido de ‘terreno árido, desierto



e ingrato, sin agua y sin vegetación, por lo común cubierto de lava'; *tabaiba*, que se emplea en Cuba, Puerto Rico y Venezuela bajo las formas *tabeiba*, *tamaiba* y *tamaima*, para designar un pequeño arbusto costero; *gofio*, que se emplea en Argentina, Bolivia, Cuba, Ecuador, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela, con el mismo sentido que en Canarias; en Costa Rica, Cuba, Puerto Rico y Venezuela, con el sentido de 'pasta de alfa-jor hecha con harina de millo o de cazabe y papelón'; en Nicaragua, con el sentido de 'pasta ordinaria de pinol con miel de raspadura, plana y cortada en forma de rombos'; en Cuba y Puerto Rico, con el sentido de 'plato de comida que se hace con harina muy fina de millo tostado y azúcar'; y en Argentina, como 'mala comida, plato pésimo por su pobreza o preparación descuidada'; *aljorra*, que se emplea en Cuba con los sentidos de 'tizón u hongo que ataca los cereales', 'enfermedad provocada por este hongo' y 'cualquier desgracia (enfermedad, contratiempo económico, etc.) que sobreviene a una persona y arruina su salud o su hacienda', exactamente igual que en Canarias; *serventía*, que se emplea en Cuba y México con el sentido de 'paso de servidumbre', también como en el habla de las islas canarias. Ni siquiera el más entrañable y emblemático de nuestros nombres (porque es el que designa a los naturales de la isla), el gentilicio *majorero*, pudo resistirse a la tentación de hacer las Américas, y allí adquirió nuevos sentidos, como el sorprendente de 'altanero' con que se emplea actualmente en tierras de

Uruguay.

Pero no se vaya a creer que la importancia lingüística de Betancuria termina a finales del siglo XV o principios del XVI, cuando, una vez conquistadas las islas de realengo, el protagonismo económico, social, cultural y lingüístico del archipiélago pasa definitivamente a las islas de Tenerife y Gran Canaria, sobre todo, y las normas lingüísticas vienen entonces dictadas desde fuera. Nada de eso. Incluso en esta nueva situación de marginalidad regional, Betancuria, como capital de la isla de Fuerteventura, siguió jugando hasta prácticamente el siglo XIX (cuando Antigua, La Oliva y Puerto de Cabras le disputan seriamente la mencionada capitalidad) el relevante papel de catalizador del habla majorera y de su puesta a punto con el resto del habla canaria.

Lo primero que hay que tener en cuenta aquí es que la misma estratificación social de la población de Betancuria se traduciría en la existencia de dos maneras de hablar el español en ciertos aspectos diferenciadas. Por una parte, una modalidad de uso más o menos pulida, que sería la empleada por su capa social más encopetada, la constituida por los dueños de las tierras, los funcionarios, los militares, los clérigos encargados de la enseñanza y de la vida moral, etc., que, siguiendo las pautas del habla gran-canaria, inspirada a su vez en el habla de Sevilla, prestigiosa capital por entonces del mundo Atlántico, desterraría la pronunciación ceceosa de la consonante /s/, vería con buenos ojos la sustitución del antiguo pronombre vo-

*sotros* por el nuevo pronombre *ustedes* y la aspiración de la /s/ implosiva, que habría de revolucionar con el tiempo la fonética insular; lucharía contra la pérdida de la consonante /d/ cuando aparecía en posición intervocálica, la aspiración de la /r/ cuando aparecía ante nasal o lateral y la aspiración de términos como /jigo/, /jablar/, /jaser/, etc.; trataría de eliminar voces obsoletas, como *sosaño*, que tenía el sentido de ‘infección de una herida’, *rejerrear*, que tenía el sentido de ‘discutir airadamente’, *aína*, que tenía el sentido de ‘pronto’, etc., etc. Precisamente, por el prestigio de que disfrutaba el grupo social que la hablaba, hacia esta forma de expresarse más o menos cepillada miraría seguramente el resto de la población de la villa.

Por otra parte, se practicaría en Betancuria una modalidad de hablar mucho más espontánea, que sería la empleada por su capa más popular y llana, la constituida por los pequeños agricultores, ganaderos, artesanos, hombres sin oficio, los residuos de la soldadesca estacionaria que tan buenos servicios le prestaba o le había prestado a los distintos señores territoriales en sus correrías africanas en busca de presas humanas y los mismos esclavos guanches y moriscos ya castellanizados, donde el ceceo conviviría con el seseo y el *vosotros* con el *ustedes*, persistiría la aspiración de palabras como /jigo/, /jumo/, /jablar/, etc., y no se harían melindres a ninguna de las voces tradicionales mencionadas.

¿Cómo se difunden estas dos variedades de español por el resto de los pueblos de la isla? Como corresponde

a la condición social de sus fundadores, el primer español que se lleva a los primeros pagos de Betancuria (Vega de Río Palmas, Valle de Santa Inés, Antigua, Pájara, Tiscamanita, Tuineje, Agua de Bueyes, etc.) no puede ser otro que el habla más popular de la capital, donde, como suponemos, tanto el ceceo como el seseo, la oposición pronominal *vosotros/ustedes*, determinados arcaísmos léxicos, la pérdida de la /d/ intervocálica, la aspiración de /r/ ante nasal o líquida, la aspiración de la /f-/ inicial latina, etc., campaban por sus respetos. Teniendo en cuenta la subordinación religiosa, social, jurídica, etc., de estos asentamientos secundarios a Betancuria, no es ningún disparate imaginar también un férreo sometimiento a sus modas y veleidades idiomáticas. Solamente que las innovaciones que se producían en la capital y aquellas otras que llegaban a ella desde fuera (desde Las Palmas de Gran Canaria, fundamentalmente) alcanzarían a los pueblos más alejados del núcleo capitalino con cierto retraso, lo que explica el carácter arcaizante del habla de zonas como Los Lajares, Tuineje, El Time, Guisgüey, etc. Como afirma Francisco Navarro Artiles con toda la razón del mundo, “Betancuria tuvo, durante siglos, una dinamidad de la lengua como medio de comunicación superior a la del resto de la isla”. Se explica así que, mientras que formas como el pronombre *vosotros*, el futuro de subjuntivo, el pretérito indefinido del tipo *lleguemos*, en lugar de *llegamos*, el interrogativo *cúyo*, arcaísmos léxicos como el citado adverbio *áiña*, con el sentido de ‘pronto’, etc.,

empezaron muy tempranamente a decir adiós en el habla más pulida de Betancuria, en determinados pueblos del interior de la isla, como los citados *Guisquey*, *El Time*, *El Roque*, etc., pervivieran todavía en boca de los hablantes más ancianos hasta prácticamente finales del siglo XX. La conclusión que habría que extraer de todo lo dicho es que, en los primeros siglos de su historia moderna, Fuerteventura presenta una forma de hablar más o menos homogénea, donde el habla más pulida de Betancuria actuaba como modelo hacia el cual miraba el resto de los hablantes de la isla. Las innovaciones surgían en esta villa, o llegaban a ella desde el exterior, y desde aquí se catapultaban al resto del territorio insular.

¿Cómo negar, después de lo dicho, el importante papel que le tocó jugar a Betancuria en la construcción de la identidad majorera y canaria toda? Es verdad que, una vez cumplida su misión histórica, principalmente durante su época dorada, que fue el siglo XV, nuestra villa se fue apartando, no sin cierta resistencia, del mundanal ruido, para llevar una vida casi ermitaña, velando por las reliquias muertas que antaño la habían hecho grande. Sus hijas mayores de Gran Canaria y Tenerife, particularmente, habían desarrollado ya pujanza suficiente para seguir adelante con el compromiso adquirido por ella y Tegui se en la empresa de expandir la civilización indoeuropea más allá de las fronteras de la vieja Europa. El mismo Unamuno, que tan buen ojo clínico tenía para cubicar pueblos, paisajes y paisanajes, llegó a escribir, en su diario de des-

tierra *De Fuerteventura a París*, que la Betancuria que él visitó a principios del siglo XX le parecía una especie de blanco panteón donde el vivir humano se encontraba reducido a lo esencial: “Enjalbegada tumba es Betancuria,/ donde la vida como acaba empieza,/ tránsito lento a que el mortal se aveza,/ lejos del tiempo y de su cruel injuria”. Pero este retroceso, que, si hemos de tomarnos en serio las estadísticas oficiales, ha terminado convirtiendo a Betancuria en “el municipio más pequeño de Canarias”, no quiere decir que Betancuria esté muerta, como han supuesto algunos basándose en una mala interpretación de los versos del poeta. Por un lado, Betancuria no está muerta, sino bien viva, porque es la tierra de Fuerteventura que mejor conserva las raíces de la gente, el tiempo, la arquitectura, la sensibilidad, el alma, en definitiva, mayores, en unos momentos en que los pueblos de mayor empuje de la isla representan ya a otra Fuerteventura, a la Fuerteventura de la fiebre moderna de novedades, de la negación del poder inmemorial del pasado tradicional, con lo bueno y lo malo que ello conlleva. “Cuando quiero sentir la patria –me decía el otro día un paisano de Puerto del Rosario hastiado de la globalización de la capital- tengo que acudir a Betancuria”. Por otro lado, Betancuria no está muerta, sino bien viva, porque parte de las escuetas palabras que ella forjó a lo largo del siglo XV para empezar a iluminar los tenebrosos caminos del Atlántico siguen bullendo todavía en el interior de los que constituimos el pueblo canario actual. Basta con que afloren a nuestra

boca palabras tan empapadas de sobriedades mayoreras como *maipéi*, *guirre*, *gavia* o *gambuesa* para que vuelva a la vida en nosotros el espíritu tradicional de la vieja Betancuria.









*Pregón año 2008*

***María Jesús Morante Rodríguez***



Reverendo párroco, Sr. alcalde presidente de Betancuria, Excmo. Sr. presidente del Cabildo, autoridades, señoras y señores:

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento al Sr. alcalde de Betancuria D. Marcelino Cerdeña Ruiz, y al concejal de cultura D. Enrique Cerdeña Méndez, por haber pensado en mi, por otorgarme el honor de oficiar hoy, en esta fecha tan especial, de pregonera de las fiestas de san Buenaventura, por darme la oportunidad de ser la voz que, aunque sea por unos momentos, resuene en el aire de esta vieja iglesia, anunciando estas fiestas.

Como bien saben, pregonar quiere decir anunciar, difundir, notificar buenas nuevas, en este caso las fiestas de san Buenaventura.

Como tal, quiero pregonar la amistad, la alegría y el

valor de todos los betancurianos, descendientes muchos de ellos de aquellos que formaron y forjaron esta villa, de aquellos que sufrieron razzias e invasiones, incursiones y algaradas. Como aquellas históricas de Xabán Arráez, allá por los años postreros del siglo XVI, que arrasaron y destruyeron gran parte de la villa y de sus alrededores.

Pero Betancuria y los betancurienses supieron renacer de sus cenizas cual ave fénix, ese pájaro victorioso de alas abiertas que se representa en algunos de nuestros púlpitos como símbolo de resurrección y nueva vida. Y fueron capaces de volver, con esfuerzo y tesón, a levantar el templo que en este momento nos alberga.

E hicieron posible que podamos hoy cobijarnos bajo este noble artesonado de 1645, que alcancemos a contemplar este espléndido retablo mayor en donde, en su hornacina central, se exhibe a la titular de este templo, santa María de Betancuria o Nuestra Señora de la Concepción, que de las dos maneras se la llama.

Es esta una de nuestras mejores tallas, que está flanqueada por la esculturas de san Antonio, el santo portugués que murió en Padua y que porta una azucena como símbolo de pureza, y de san Pedro, el apóstol de Cristo de enérgico carácter, cuya imagen aquí, no lleva ya las llaves que son emblema de su labor como guardián de las puertas del cielo, pero sí conserva en cambio, aún, un magnífico estofado que embellece su túnica.

Este gran retablo, que nos hace las veces de extraordinario telón, se remata con un bello ático, donde frutos

exóticos nos murmuran mensajes de otras latitudes... Podemos llegar a embriagarnos observando cada una de las obras de arte que este templo custodia, pisando, eso sí, con el mayor de los respetos, y hasta con cautela, estas losas centenarias que configuran el pavimento, estas losas que mostrándonos su desgaste nos hablan de tiempos pasados y de voces lejanas.

Pocas iglesias en la isla conservan, como esta, sus losas originales, virtud que hace posible acrecentar la sensación que nos va invadiendo cuando llegamos a Betancuria y a su iglesia, la sensación de que penetramos, además de en un lugar sagrado, en un túnel del tiempo que nos lleva a siglos atrás.

Betancuria es fértil. Esta es una de las razones por la que el conquistador Jean de Betancourt se estableció aquí. Y es indudable que de una buena tierra germina una buena gente.

No nací aquí, pero siento que pertenezco a este lugar único y sorprendente, abundante en colores y desbordante de luz. A este lugar cerrado entre sus montes y abierto a los vientos, donde una mezcla de colores canelos, verdes y ocre enmarcan el azul infinito del cielo en donde se recorta la silueta de la torre campanario de la excatedral.

El único mérito que justifica mi presencia aquí es el amor y la pasión que siento por Betancuria y por lo que su historia y sus manifestaciones históricas significan. Amor y pasión que se han ido acrecentando cuando, en repetidas ocasiones, he tenido la oportunidad de trabajar, con

mis propias manos, obras de arte que este templo guarda y custodia. Son estos los momentos de poder alargar por más tiempo la vida de unas obras que artistas de otra época crearon y que los betancurienses han sabido conservar.

Cuando un restaurador, cuando los conservadores de bienes culturales trabajamos una obra de arte, nuestro contacto con ella es un contacto muy cercano, muy íntimo, estableciéndose una relación de diálogo muy personal con la obra e incluso con el autor que la realizó.

El restaurador, cuando interviene una escultura, pintura o retablo, de alguna manera debe anular su temperamento creador, ya que su labor no es, en absoluto, artística. Debe tratar de conservar aquello que de original existe, procurando una correcta lectura de la obra. No debe aportar nada nuevo, nada de su propia cosecha, y de esta manera, uno, en su trabajo, casi siempre solitario, llega a embutirse en el pensamiento del artista que ejecutó la obra, hace ya tanto tiempo, doscientos años quizás.

En esa quietud que sentimos cuando estamos solos, en esa certeza de nosotros mismos en la serenidad de la soledad, el restaurador atento llega a conocer los gestos de aquel lejano autor de la pieza que tiene en sus manos, a reconocer su pincelada, a detectar su estado de ánimo o sus cambios de humor.

Se llega a adivinar, también, cuando se han trabajado distintas obras de un mismo autor, aquéllas que se han



realizado con más cariño, con más dedicación.

Quiero contarles que lo he detectado en un ejemplo cercano, en el retablo de la ermita del Valle de Santa Inés. Un tiempo después de esa restauración, realicé la del retablo de Ntra. Sra. de la Merced.

Antes de comenzar los trabajos busqué documentación que me aportara luz sobre la autoría de estas obras y no encontré nada al respecto. Pero una vez trabajadas, restauradas, de pasar horas y horas muy cerca de ellas, y aún sin la imprescindible documentación que me autorizaría a asegurar esto, tengo la certeza de que ambos retablos fueron ejecutados por la misma persona, por las mismas manos.

Pero voy incluso un poco más allá; este autor, del cual aún no sabemos ni su nombre ni su apellido, cuando ejecutó el retablo de Ntra. Sra. de la Merced lo hizo con mucha más soltura, con más diligencia, que cuando llevó a cabo el de santa Inés, en el que por las razones que fueran, empleó en él más tiempo y cariño, mayor dedicación y entrega. Sin embargo, fue en El Time donde empleó mejores materiales, maderas de mayor calidad. Misterios del pasado, apasionante es el ir desvelándolos con estudio y dedicación.

Con todo esto quiero solamente intentar explicar que la labor de restaurar una obra de arte nos lleva a dejar de lado nuestra propia creatividad, para ponernos a la orden y al servicio de aquel que realizó el objeto bello, el objeto histórico, para así detener los daños, parar los

deterioros y poder hacer llegar a las generaciones venideras estas obras en, al menos, iguales condiciones en las que nos fueron transmitidas a nosotros. Aunque viene bien recordar aquí una frase de Ortega que dice así: “Ni a los hombres ni a las cosas se nos ha dado garantía de vida eterna”, la restauración del arte, es otra forma de tratar de alcanzar la inmortalidad, la inmortalidad, en este caso, de las cosas.

¿Quiere esto decir que es esta otra forma de resurgimiento, de renacer, de triunfo de la vida sobre el tiempo? ¿Tenemos que vivir en equilibrio entre el pasado y el acuciante presente? ¿Persiguiendo la belleza en el momento en que ocurre? Quizás esto sea estar vivo. Como dentro de esta iglesia, vivir un espacio fuera del tiempo, en el tiempo. Celebremos todo ello con alegría porque estamos en fiestas.

Y siento alegría pero confieso también que respeto. Respeto a esta tarea de pregonera, en la que mis predecesores, personajes relevantes de la cultura y vecinos ilustres de esta villa, han puesto año tras año, el listón muy alto. Ellos han dicho mucho y muy bien de estas fiestas. Yo quiero confesaros que, cuando me propusieron ser pregonera, lo primero que se me vino a la mente fue la imagen de la Iglesia Matriz de Santa María de Betancuria. No en vano este edificio es el más importante distintivo de esta villa, un emblema, no solamente para todos los vecinos de Betancuria sino también para todos los hijos de Fuerteventura, del que todos nos sentimos orgullosos.

Los colectivos humanos necesitan referencias y referentes para afirmar y mantener su propia identidad. Betancuria, toda la villa, es nuestra referencia y debe ser y será siempre nuestro referente.

Todos los momentos y ocasiones son adecuados para iniciar proyectos y asaltar al futuro, y mucho más si tenemos, como es el caso de Betancuria, tan rico patrimonio histórico y artístico.

Hace ya mucho tiempo pinté dos cuadros sobre esta villa. El muy heterogéneo creador Loren Mateo Castañeyra hizo un magnífico poema sobre ellos, que, como en un soplo, nos habla también de renovación. Dice el autor:

*Luz rompiente cristalina. Cristal de espejo  
destrozado. Busco la torre de los sueños atrapados  
entre el azul y el rosa de una mañana en claroscuro.*

*De piedra, adobe o arenisca, apoyada en el  
gabro te levantas, minarete cristiano de otros tiempos,  
mirando asombrada a estos espéculos.*

*Como cristales de colores. Como  
caleidoscopio enamorado del misterio,  
atrapado en el blanco cal de tus recuerdos,  
evocados día a día. Muros,  
paredes, huecos y torres. La luz más luz  
es Betancuria. Y en su interior, el oro  
amarillo del retablo.*

*El alma se escapa a borbotones por arcos y*

*ventanas, rompiendo el plano espejo de la vida.  
El cuenco, en la mano, recoge pedazo a  
pedazo, la historia que nos devuelve sin  
mentiras, para darle, una vez más, nueva existencia.*

Hoy comenzamos las celebraciones de la festividad del día 14, san Buenaventura, patrón de la isla. Su nombre era Juan y la historia le dio con posterioridad el apelativo de “Doctor Seráfico”. Nacido en la Toscana italiana en 1221, de adolescente entró en la Orden de los Frailes Menores e impartió enseñanzas en la Universidad de París.

Y su espíritu franciscano encajó y cuajó perfectamente con el sobrio y sensible paisaje de Fuerteventura, y de esta manera la isla se fue sembrando de iglesias y ermitas que, cual cordón franciscano, recorren valles, montañas y llanuras en perfecta conjunción con el misticismo franciscano y la austeridad mayorera.

La fiesta de san Buenaventura es, sin duda, desde antiguo, la fiesta mayor de Fuerteventura. Sabemos que se celebraba ya antes del año 1625, pues fue en esa fecha cuando el personero Blas de Armas Monroy y los vecinos, se dirigen al Cabildo para solicitar la reanudación de la fiesta y la declaración de san Buenaventura como santo patrón de la isla.

Con ese motivo se celebró la fiesta en el convento, pagada por el Cabildo, que acudió en pleno con las milicias insulares y con los vecinos de toda la isla.

Este convento de san Buenaventura, primer convento franciscano de Canarias, y donde estuvo hasta su desamortización, en el siglo XIX, la escultura de san Buenaventura, la misma que el día 14 procesionará las calles de esta villa, nos evoca en su noble ruina a esos primeros franciscanos y a esos dos hombres ilustres que con ellos vinieron a esta tierra, san Diego de Alcalá y al padre Torcaz, franciscanos en la isla austera, en la isla mística.

Betancuria está en fiestas y parece como si hoy, cuando ya ha acabado la primavera y la canícula está en todo su esplendor, el aire es más puro y el sol brilla, durante el día, con mayor intensidad.

Por la memoria de lo que fue en el pasado, por los acontecimientos que la originaron, por las circunstancias que animan a tener un futuro brillante, y con el permiso y la venia del Sr. Alcalde, reivindico desde aquí la capitalidad histórica para Betancuria, pues estoy convencida de que sabrá conjugar perfectamente el verbo progresar con el de acoger, compartir y conservar.

Gracias a todos por haberme permitido ser en esta ocasión la voz que ha pregonado las fiestas de san Buenaventura.



*Este libro se terminó de imprimir  
el día 13 de julio de 2009,  
vísperas de la festividad de san Buenaventura,  
Patrón de Fuerteventura,  
en la imprenta Maxorata  
Fuerteventura  
Islas Canarias*















